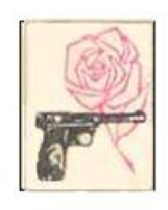


Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Organización Octopus 1 y 2

Aventura propia de la época, con espectaculares villanos motivados por ambiciones desmesuradas que se resumen todas en el llamado Plan Uranio. Para llevar a cabo este plan se precisa (además de grandes medios materiales), un jefe o director capaz de dirigir la acción del mismo. Este jefe ha de estar dotado de ciertas cualidades imprescindibles: valor, inteligencia, audacia, ambición…, y por supuesto una total carencia de escrúpulos y de consideraciones humanas. No resulta fácil encontrar a este jefe, a este cabecilla del grupo que ha de llevar a cabo el Plan Uranio…, hasta que se introduce en la Organización una espía rusa llamada Nina Fedorovna, quien muy pronto demuestra que no hay nada que ella no pueda hacer, y así se va ganando la confianza e incluso la admiración de los jefes de la Organización, incluyendo al mismísimo Octopus, el temido y pavoroso jefe absoluto de la misma.



Lou Carrigan

Organización Octopus, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 44

Brigitte en acción - 45

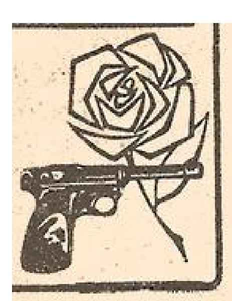
ePub r1.0

Titivillus 29.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

Ciertamente, era un gimnasio un poco especial. Charles Alan Pitzer pudo comprobarlo, con cierto mal humor. En primer lugar, en la puerta de entrada estaba el cartelito que decía, con absoluta claridad: SÓLO PARA SOCIOS. Cartelito que un sujeto de la CIA no tenía por qué tomarse en serio, de modo que abrió la puerta de cristales esmerilados, haciendo caso omiso.

Lo primero que encontró fue un hombre de más de metro noventa y gesto adusto que se lo quedó mirando con una amabilidad en verdad sospechosa. Una amabilidad falsa, por supuesto, fruto únicamente de una obligada cortesía.

—¿El señor es un socio nuevo? —inquirió. Pitzer carraspeó.

—No, no… Soy… un visitante.

—¡Ah…! Seguramente el señor se ha equivocado de puerta. Ahí al lado está el *nightclub* que posiblemente…

—Sé muy bien dónde tengo los pies —gruñó Pitzer—. Es aquí precisamente donde quiero entrar. La sonrisa cortés del gigante de gesto adusto se enfrió considerablemente.

—La salida está justamente en el mismo lugar de la entrada, señor… Buenas tardes. Pero, si lo prefiere, puedo… acompañarle hasta la puerta.

—Quiero ver a la señorita Montfort.

Fue como una palabra mágica. El gesto del gigante cambió por completo, tan bruscamente que Pitzer estuvo a punto de sonreír.

—¿La señorita Brigitte Montfort?

—Exactamente.

La enorme cabezota del gigante se acercó al suelo. Una cabeza completamente pelada, muy redonda, casi simpática.

—Por aquí, señor. Si el señor hubiese dicho antes que…

—No importa. Vamos allá.

—Entiendo que el señor es amigo de la señorita Montfort…

—Muy amigo. Todavía más: puede decirle a la señorita Montfort que tío Charlie ha venido a visitarla.

—Oh… Le ruego que me disculpe, señor. Naturalmente, avisaré a la señorita Montfort de su presencia en el gimnasio. Sígame, por favor, señor.

Pitzer siguió el gigante. Por poco trecho, sin embargo, ya que una vez pasada la puerta de cristales translúcidos, otro gigante de cabeza pelada se los quedó mirando a los dos, expectante. El primer gigante se acercó a él, le dijo unas palabras en voz baja y se alejó hacia la puerta de entrada, mientras el segundo gigante inclinaba ceremoniosamente la cabezota. Pitzer se fue tras él, recorrió un par de pasillos y ambos se detuvieron delante de una puerta de cristal rojo, sobre la cual se veía, encendida, una pequeña bombilla del mismo color rojo.

—Tendremos que esperar, señor.

—Es urgente —mascullió Pitzer—. En verdad urgente, se lo aseguro. Creo que la señorita Montfort preferirá saber inmediatamente el objeto de mi visita.

El gigante se rascó la pelada cabeza. Por fin asintió con la cabeza, empujó la puerta de cristales rojos, y se apartó cediendo el paso a Pitzer, que entró mirando con mucho interés a todos lados, Se encontró en una sala no muy grande, como sumergida en luz ropa muy tenue. Justo en el centro, un tatami, la zona de combate compuesta por varias colchonetas colocadas una junto a otra formando una amplia superficie. Sobre este tatami, en el centro, había dos competidores, uno de los cuales llevaba un bonito casquete azul de nylon recogiendo sus cabellos. Ambos estaban girando estudiándose mutuamente a la espera del ataque del adversario o de la oportunidad de ser ellos quienes atacasen…

El gigante, que había entrado con Pitzer, se inclinó hacia su oído y susurró:

—Ésta es la sala de judo, dirigida por el Maestro Tomaki Kurita, pero la clase de hoy es de Defensa Personal, a cargo del profesor Stewart… Guarde silencio, por favor.

Pitzer asintió, sin mirar a su ahora amable informador, atento a las incidencias de la zona de combate. El ataque se produjo de pronto, contra el contendiente de casco azul: el otro saltó contra él, con una mano en alto y la otra baja, listos los dos golpes mortales

que, naturalmente, en la clase sólo podían ser señalados, no realizados; uno de los golpes pretendía señalar la garganta y el otro el estómago del luchador del casco azul.

Pero éste pareció haber estado esperando precisamente aquello, de modo que se inclinó, apoyó la mano izquierda en el suelo, lanzó el pie derecho hacia las piernas de su atacante, lo derribó, saltó sobre él, le dio la vuelta, cruzó las manos cuando pasaban por encima de la nuca y agarró fuertemente el cuello del adversario. Las manos se separaron inmediatamente, formando una presa de estrangulación (precisamente de judo), mientras una de sus rodillas se clavaba justo en el centro de la espalda de su antagonista. Apretó con las manos hacia arriba, con la rodilla hacia abajo, soltó una de las manos y con ella amagó un golpe en la nuca del adversario, como si fuese a cortarle el cuello con un hacha.

—¡Punto! —gritó el propio luchador vencido.

El luchador del casco azul soltó inmediatamente a su adversario, que se puso en pie como si nada hubiese ocurrido.

—Perfecto —elogió—: una combinación de judo y karate amenizada con una cierta… acrobacia, por decirlo de algún modo. Nada que objetar, pues en la Defensa Personal vale todo, absolutamente todo cuanto se nos pueda ocurrir que sea efectivo en ese momento. Bien, veamos ahora la última presa del día, presa directamente mortal. En ella, el atacante inicia…

—Si no le importa, vamos a dejarlo por hoy, Stewart —sonrió el combatiente del casco azul—. Tengo una visita… inesperada, desde luego, pero le aseguro que no puedo desatenderla. Lo siento.

—No se preocupe. Usted puede distraer parte de su tiempo, considerando el mucho provecho que siempre obtiene de las clases. Y le aseguro que el Maestro Kurita la admira aún más que yo. Pero si me permite un consejo…

—Naturalmente. Para eso vengo aquí, ara aprender.

—Hum —sonrió Stewart—… Pero bueno, el consejo es éste: nunca utilice el golpe que me ha señalado a mí a menos que desee matar al adversario. Estoy hablando ahora, claro está, de una auténtica lucha de supervivencia, no de entrenamientos deportivos. Las vértebras cervicales no admiten bromas. Asegúrese de que en los entrenamientos puede controlar bien esos golpes.

—Lo tendré en cuenta, Stewart. ¿Puede dejarnos solos, por

favor?

—Desde luego.

El luchador del casco azul había señalado de nuevo a Pitzer, que parecía en verdad impaciente. Stewart abandonó la sala de entrenamientos, tras una silenciosa inclinación de cabeza hacia el hombre de la CIA. Éste se acercó al tatami, donde el luchador del casco azul estaba haciendo un ligero ejercicio respiratorio, tendido en el suelo.

—¿De manera que aquí es donde aprende a matar sólo con las manos, querida?

El deportista vencedor se sentó en la lona, se quitó el casco y una hermosa mata de cabellos negros cayó hacia la espalda.

—Usted es siempre tan inoportuno, tío Charlie… —reprendió.

—¿De veras? Pues usted perdone, señorita Montfort —ironizó Pitzer—. Ocurre que la CIA la reclama a usted, con toda urgencia, en Washington. Pero si está muy ocupada, puedo pasar esa respuesta al Departamento de…

—Me gusta que esté de buen humor —rió la divina espía internacional—. Cuando una persona saca a relucir su ironía es que, generalmente, está de un humor excelente… ¿Tengo que matar a alguien?

—Usted sabe hacerlo, querida. Y, por lo que he oído, le bastarían sus lindas manitas inocentes para desnucar a un hombre casi doble de grande que usted.

—Habladurías de la gente —sonrió Brigitte como un angelito—. ¿Quiere que probemos a ver si es cierto que puedo matar a un hombre de un solo golpe?

—Lo dejaremos para otra ocasión, si no le importa —musitó seriamente Pitzer—. La están esperando en Washington.

—Okay, amor. Entonces, iré a ducharme. Y mientras lo hago, y usted intenta ver mis encantos, dígame qué nuevo lío internacional tengo que resolver. A veces, tengo la impresión de que la CIA habría perdido ya su potencia mundial si no fuese por mí.

—No sea presuntuosa.

—Tío Charlie, es usted un grosero. ¿Vamos a la ducha?

La ducha estaba en un cuartito privado, decorado con láminas en las que se explicaban los golpes básico de karate y las diferentes presas y proyecciones de judo según el sistema Kodokan. Había un

armario metálico, un banco, radio, un pequeño televisor, un biombo decorado con motivos japoneses, dos sillones rojos y una camilla para relax, sobre la cual se cernían dos lámparas, una de rayos infrarrojos y otra de ultravioletas.

—Siéntese, tío Charlie. Y vaya hablando mientras me ducho y me visto. Si le es posible, mire hacia aquella pared, mientras esté hablando. No es qué me importe que me vea desnuda, pero quiero evitarle a usted impresiones demasiado fuertes.

Pasó detrás del biombo, se quitó el judogi (equipo de judoka) y salió tan pimpante hacia la ducha. Charles Pitzer se tragó la lengua, o así lo pareció al menos, y enrojeció violentamente cuando la vio pasar hacia el departamento cerrado por cristales.

—Hija de mi vida… —jadeó.

—Ya le dije que mirase hacia aquella pared. Hable tranquilo; aquí no hay micrófonos.

Entró en la ducha, cerró la media puerta de cristales y se volvió, sonriendo, con el guante de clin en una mano y la espuma de gel en la otra. Empezó a enjabonarse, pero, de pronto, chascó dos deditos y rió.

—¡Despierte, tío Charlie! ¿Ha visto un fantasma?

—Hija de mi vida…

—No soy su hija, amor. Si lo fuese, no me miraría así… ¿Qué es lo que está pasando en Washington?

—Emm… Bueno, quieren que usted salga para allá inmediatamente. Un avión especial la está esperando en el aeropuerto.

—Magnífico. ¿De qué se trata esta vez?

—Parece ser que han capturado a una agente de la MVD.

—Oh. Una muchachita que espía a favor de Rusia… ¿Qué tengo que hacer yo? ¿Traducir sus palabras?

—Hay muchos agentes que hablan ruso en la CIA —gruñó Pitzer —. No creo que la necesiten para eso.

—¿Entonces…?

—No lo sé. Las órdenes que he recibido son muy simples y escuetas, querida: Baby debe presentarse en Washington a la mayor brevedad.

—Pues Baby irá a Washington, llevando con ella toda su hermosura femenina… ¿No puede anticiparme algo del asunto? ¿De

verdad?

—Todo lo que sé es que, según parece, han matado a uno de nuestros agentes.

Brigitte dejó de enjabonarse y se asomó más por encima de la puerta de cristal. Sus maravillosos ojos azules parecieron cambiar de color hacia un tono más oscuro, más frío.

—¿Entiendo que han matado a uno de mis muchachos? —susurró.

—Eso parece.

—¿Dónde?

—En Miami.

—Bonita ciudad… Precisamente, hace tiempo que tengo ganas de pasar una temporada en Miami. Y a lo mejor, con un poco de suerte, encuentro a quien ha matado a ese querido muchacho de la CIA.

—La cosa está más complicada de lo que parece.

—¿En qué sentido?

—Ese agente estaba en tratos con Nina Fedorovna.

—¿Quién es Nina Fedorovna?

—La espía rusa que tienen en Washington esperándola a usted.

—¿Lo mató ella?

Pitzer encogió los hombros.

—Las evidencias dicen que no. Sin embargo, en la CIA aprendimos hace ya tiempo a no fiarnos de nadie…, aunque ese alguien diga que está deseando trabajar para nosotros.

—¿Nina Fedorovna dice que quiere trabajar para la CIA?

—Sí.

—¿Y ella estaba en contacto con ese chico que nos han matado?

—Sí.

—¿Y ella se ha… entregado voluntariamente?

—En efecto.

Baby Montfort salió de la ducha, caminando hacia el biombo, chorreando agua y hermosura, con lo que el pobre Pitzer estuvo de nuevo al borde del colapso emocional. Luego sólo pudo ver la cabeza de Brigitte, mientras ésta se secaba con una gran toalla azul, fruncido el ceño.

—Vaya, tío Charlie… Me gustará hablar con esa mujer llamada Nina Fedorovna. ¿Tiene el coche afuera?

—Claro. Podemos pasar por su apartamento, recoger algunas cosas y…

—Querido tío Charlie, usted me conoce bien; si hay algo que me ponga en inmediato movimiento es la noticia de que alguien ha tenido la desdichada idea de… liquidar a uno de mis muchachos. Saldremos hacia Washington inmediatamente. De mi equipaje ya hablaremos en el momento oportuno… ¿Okay?

—Okay.

—Una última pregunta: ¿deberé entenderme con *Mr*. Cavanagh para este asunto?

—Él la mandó llamar a usted, precisamente. Parece que *Mr*. Cavanagh tiene un magnífico recuerdo de la dulce, simpática, cariñosa, magnífica, bellísima… y mortífera Brigitte Montfort.

—¡Qué amable es *Mr*. Cavanagh! ¿Verdad, tío Charlie?

* * *

Mr. Cavanagh no se puso en pie cuando Brigitte apareció en su despacho, en la sede de la CIA. Sin embargo, su mirada era suficiente para expresar, con toda claridad, una gran satisfacción. Brigitte se acercó a la mesa, tendió su manita derecha y Cavanagh la besó delicadamente.

—Bien venida, Brigitte.

—Muchas gracias, señor. De nuevo frente a frente.[1]

—De nuevo frente a frente —casi sonrió Cavanagh—. Sólo que esta vez no habrá champaña.

—No lo aceptaría, señor —musitó sombríamente la divina—. No, al menos, hasta que haya degollado a quien mató a mi muchacho. ¿Tendré que esperar mucho para ver a esa Nina Fedorovna?

—No demasiado. En primer lugar, vea este expediente. Pertenece a Matthew Evans, el contraespía que teníamos destinado en Miami y que nos han matado.

—¿Cómo lo han matado?

—Dos balas en el corazón, simplemente.

—¿Sin ensañamiento?

—En absoluto.

—Entonces, el asunto es de espionaje… ¿Tenemos que sospechar

que lo hizo Nina Fedorovna?

—Por mi parte, no. Creo firmemente que ella no fue. Pero no voy a influir en usted en ese sentido, Brigitte. Deberá obtener sus propias conclusiones.

Brigitte asintió con la cabeza, lentamente, mientras examinaba con espíritu crítico la fotografía de aquel agente de la CIA que había sido muerto de dos balazos en Miami.

—Parece un chico simpático —musitó. Cavanagh casi volvió a sonreír.

—Tengo entendido que usted considera simpáticos a todos sus compañeros de servicio…, lo cual me parece magnífico. ¿Quiere ver la fotografía de Nina Fedorovna, antes de verla en persona?

—Desde luego.

Baby Montfort tomó la gran fotografía de manos de Cavanagh, y se quedó mirando, con cierta sorpresa, el rostro de aquella hermosa muchacha de cabellos oscuros, ojos de una clara tonalidad gris y mirada cándida, casi cariñosa. Quizá tendría unos veinticinco años.

—Es muy bonita… —susurró.

—Se parece un poco a usted —deslizó Cavanagh.

—Bueno… Sí, creo que así es, en líneas… generales. Una fotografía no engañaría a nadie, pero una descripción oral podría confundir a muchos respecto a quién es Brigitte Montfort y quién es Nina Fedorovna. —Miró maliciosamente a Cavanagh—. No me diga que tendré que tomar esta personalidad, señor. Siempre es divertido usurpar personalidades, pero me encanta especialmente hacerlo cuando han matado a uno de mis chicos.

—Hay algo más que la muerte de un simple agente.

—La muerte de un simple agente… —musitó ella—. ¿No son unas palabras un tanto… frías?

—Siempre son frías las palabras que hablan de muerte.

—Claro. ¿Estaba Matthew Evans metido en algo… especial?

—No sabemos. Bueno, parece ser que un día antes de morir envió ciertas noticias sobre algo muy interesante que había olido.

—¿Olido?

—Husmeado… Fíjese bien. Matthew Evans estaba en Miami, como residente en contraespionaje. De pronto, en Washington tenemos noticias de que una espía rusa llamada Nina Fedorovna quiere entrar en tratos con la CIA. Hacemos llegar a Nina

Fedorovna la noticia de que puede entrevistarse en Miami con uno de nuestros agentes, y se le facilita el modo de llegar hasta él. Al mismo tiempo, como es natural, se informa a Matthew Evans de que Nina Fedorovna irá a verlo. Evans nos hace saber que queda enterado del asunto, y que por él está bien. Al mismo tiempo, nos dice que está «oliendo» algo especial, algo nuevo, algo sorprendente… Al día siguiente de este cambio de impresiones entre Evans y nuestra central receptora de mensajes radiados en el continente, Nina Fedorovna va a ver a Evans, según lo convenido. Y al otro día, esto es, este mediodía, poco antes de la una, Nina Fedorovna en persona aparece aquí, en el cuartel general de la CIA, y se entrega, diciendo que no ha podido ponerse en contacto con Matthew Evans, porque estaba muerto cuando anoche fue a verlo.

—¿Y no lo ha matado ella?

—Nosotros creemos que no. Sin embargo…

—Sin embargo, teniendo en cuenta que Matthew Evans estaba «oliendo» algo nuevo, nuestra actitud deberá ser desconfiada.

—No hay que olvidar que Nina Fedorovna es una espía rusa.

—Más de un espía ruso se ha entregado a nosotros.

—Así es.

—Por tanto, podemos pensar que, alguna vez, eso puede ser uno de los puntos interesantes de un nuevo y sorprendente plan soviético. ¿Okay, señor?

—Exacto. Interesa, ciertamente, aclarar el asesinato de nuestro agente en Miami, pero también interesa conocer qué clase de asunto había «olido» Evans antes de morir.

—Entiendo. ¿Podemos ir ya a ver a esa Nina Fedorovna?

—Inmediatamente.

Mr. Cavanagh se puso en pie, evidenciando entonces su ligera cojera, a la cual no hizo Brigitte el menor caso. Salieron del despacho en silencio, rumbó a los cuartos especiales donde les estaba esperando la espía rusa Nina Fedorovna.

* * *

Hacía honor a la fotografía ampliada y en colores que Brigitte había visto en el despacho de *Mr*. Cavanagh. Era joven, bonita, tenía los cabellos negros, los ojos de un gris claro, el gesto dulce… Estuvo

unos segundos mirando casi incrédulamente a Brigitte, y, por fin, se volvió hacia Cavanagh.

Éste alzó los hombros en un gesto inexpresivo.

—La señorita —señaló a Brigitte— es una de nuestras agentes internacionales. Quiere hacerle algunas preguntas.

—Está bien.

Volvió a mirar a Brigitte, que estaba examinando lo que había a su alrededor: un cuarto de paredes blancas desnudas, cuatro sillas, un par de focos, una ventana oscurecida entonces por un grueso cortinaje negro…, y dos agentes de la CIA, en mangas de camisa, con un cigarrillo en los labios y el dedo pulgar metido en los atalajes de su funda axilar. Miraban a la espía rusa un tanto hoscamente, pero estaba claro que toda su animosidad iba a reducirse a la mirada, a menos que recibieran órdenes expresas de molestar a la rusa de otro modo más expeditivo.

—Hablaremos en ruso, señorita Fedorovna… —murmuró Brigitte—. ¿Le parece bien?

—Desde luego.

—Ese nombre de Nina Fedorovna que está utilizando…, ¿es el verdadero o el de servicio en Estados Unidos?

—El verdadero.

—¿Edad?

—Veinticinco.

—¿Nació en…?

—Kalinin, a unos doscientos kilómetros de Moscú, el ocho de agosto de mil novecientos cuarenta y uno.

—¿Casada?

—No.

—¿Hijos?

—No.

—¿Padres, hermanos, abuelos…?

—Si tuviese familia no habría abandonado la MVD. Usted lo sabe perfectamente.

—¿Cuántos idiomas habla?

—Cuatro: inglés, francés, español, brasileño… Y ruso, claro está.

—Son cinco. ¿Dónde ha estado operando hasta ahora?

—En América… norte, centro y sur.

—Obviamente, tiene usted contactos en toda América…

—Sí.
—¿Los ha facilitado a la CIA?
—No pienso hacerlo.
—¿Por qué motivo?
—Puedo informar sobre mi misión, sobre mi personalidad, sobre mis líneas de movimientos y sobre instrucciones recibidas. Pero no voy a delatar a ningún compañero.
—Usted fue a ver a un agente de la CIA, en Miami. Ese agente se llamaba Matthew Evans. Se le facilitó el modo de ponerse en contacto con él… ¿Exacto?
—Exacto.
—¿Realmente no lo tenía usted localizado anteriormente?
—¿A Matthew Evans? ¡Desde luego que no!
—¿Debemos seguir actuando bajo su información personal de que no fue usted quien mató a Evans?
—No lo maté yo.
—¿Ni ninguno de sus compañeros?
—Que yo sepa, no.
—¿Admite la… injerencia de un espionaje ajeno a Estados Unidos y Rusia?
—No lo sé.
—¿Ha entregado usted su equipo de trabajo?
—Desde luego.
—¿Puede explicarme en qué consiste?
—Una pistola, radio de onda corta, radio de bolsillo, seis cápsulas de cianuro, libreta de claves, cámara para microfotos, diez micrófonos magnéticos, receptor de esos micrófonos, plumaestilete, tres pasaportes falsos, siete mil cuatrocientos dólares con cincuenta centavos. Eso es todo.
—¿Trabajaba usted en Miami?
—Sí.
—¿Espera obtener algún beneficio por haberse entregado a la CIA?
—Claro.
—¿Cuál beneficio, exactamente?
—No sé… Quizás unos pocos años de prisión. Luego la libertad y el olvido por parte de todos. Con un poco de suerte, espero que la CIA, tras una temporada más o menos larga de confinamiento,

decida utilizarme en su beneficio. Soy una espía eficiente, en general.

—Sin embargo, abandona la MVD ¿Por qué motivo exacto?

—Estaba cansada de algunas cosas.

—¿Cuáles cosas?

—Cosas.

—¿No quiere decirlas?

—A menos que me torturen hasta que no pueda resistir más, no, no quiero decirlas.

—Eso no depende de mí. En resumen: usted se ha entregado a la CIA porque le ha parecido que era el único modo seguro de dejar de trabajar para la MVD, de la cual algunas cosas no eran de su agrado. Espera ahora unos pocos años de cárcel, quizá ninguno, y, primordialmente, trabajar para la CIA en lugar de hacerlo para la MVD soviética.

—Así es.

—¿Por qué?

—Prefiero el sistema de vida y de profesiones norteamericano.

—¿Ha matado usted a algún agente de la CIA?

—No.

—¿Seguro? ¿Cómo es eso?

—No ha sido necesario, durante mi trabajo.

—¿Lo habría hecho? ¿Habría matado a un agente de la CIA si hubiese sido necesario personalmente para usted o para su trabajo en favor de Rusia?

—Sí. Lo habría hecho.

Baby Montfort estuvo unos segundos mirando seriamente, casi duramente a la espía rusa. De pronto, en sus labios apareció una ligera sonrisa.

—Es todo, señorita Fedorovna. Muchas gracias por su amabilidad. Quizá volvamos a vernos más adelante.

Dio media vuelta y salió del cuarto especial. *Mr*. Cavanagh salió tras ella, pero no dijo nada, ni preguntó nada.

Sólo lo hizo cuando ambos estuvieron de nuevo en su despacho. Y su pregunta fue simple:

—¿Y bien?

—Parece sincera.

Cavanagh hizo un gesto de disgusto.

—Escuche, Brigitte, porque esa chica haya admitido…

—… Pero puede ser una astutísima agente rusa con un plan diabólico —sonrió la divina—. Tenemos que partir de la base de que yo, y otras chicas americanas como yo, somos capaces de sonreír mientras estamos clavando un cuchillo en el vientre de un hombre enemigo; las palabras, el gesto, la actitud, el tono de voz de esa mujer no significan absolutamente nada.

—Eso está mejor —aprobó Cavanagh—. ¿Por dónde sugiere que empecemos?

—Bueno, como le decía a tío Charlie, hace tiempo que siento deseos de visitar Miami, Me gustaría saber dónde residía exactamente Matthew Evans, con quién se relacionaba en su personalidad falsa y quiénes eran, en realidad, sus contactos de la CIA. Al mismo tiempo, precisaría una documentación falsa, precisamente la que estaba utilizando Nina Fedorovna en Miami… Claro está que a esa documentación habrá que cambiarle su fotografía por la mía. También será necesario cambiar las fotografías de los otros tres pasaportes falsos que esa chica tenía a su disposición. Precisaré, así mismo, todos sus objetos personales de espionaje: las radios, la libreta de claves, la pistola, los micrófonos magnéticos… Borren todas sus huellas de esos objetos, de todos, y yo los estaré manejando hasta que mis huellas queden bien impresas en ellos. Tendrán que quitarle todo su equipaje: sus ropas, sus objetos personales como anillos, reloj, collares, pulseras, barras de carmín, polvera, maquillaje… Examinen su cuerpo, por si tiene alguna señal especial: lunares, pecas, cicatrices, prótesis dentales… Quiero sus cigarrillos, también. Y su dirección en Miami, el nombre americano que utilizaba allí.

Cavanagh sonrió.

—¿Y su número de teléfono? —sugirió.

—Pues… Claro —rió Brigitte—, ¡y su número de teléfono!

Cavanagh se puso en pie, fue hacia un lado de la pared, abrió un pequeño armario y sacó una maleta. Fue a la mesa y la dejó junto a las sensacionales piernas de Brigitte. Después, volvió a sentarse, abrió un cajón de su mesa y sacó un enorme sobre de papel fuerte color canela, que tendió a Brigitte.

—En la maleta están todos sus objetos personales. En este sobre, los datos que me ha pedido, así como documentaciones, libretas de

claves, pistola, cápsulas de cianuro… Todo está listo. La foto de usted ya consta en todos los documentos. Ah, el nombre de Nina Fedorovna en Miami era Lily Gaynor. Los demás nombres constan en los respectivos pasaportes falsos. La Fedorovna tenía…, tiene, quiero decir, una dentadura perfecta, como la suya. Ninguna cicatriz quirúrgica. Respecto a otras cicatrices, supongo que podrá explicarlas convenientemente si llega el caso: heridas, peleas, huidas angustiosas… Evite meterse en el compromiso de hablar en brasileño, y todo saldrá… bien. Así lo espero, al menos. Su avión a Miami sale dentro de cuarenta y cinco minutos. Espero que durante el vuelo tendrá tiempo suficiente para identificarse con la personalidad de Nina Fedorovna. Un taxi… especial la está esperando para llevarla al aeropuerto.

Brigitte se echó a reír dulcemente.

—¡Esto es pura brujería, señor!

—Ni mucho menos —sonrió Cavanagh—. Es simple y puro conocimiento de mi personal.

—Eso es un cumplido. ¿Algo más?

—Sí: buena suerte, Baby.

—Parece que voy a meterme en un buen lío, ¿verdad, señor?

—Yo diría que esta vez sí.

—¿Podré contar con ayuda?

—Dependerá exclusivamente de usted. Lleva una radio de bolsillo, y supongo que sabrá ponerla en la frecuencia adecuada según el lugar en que se halle. Conoce todas las ondas, ¿no es cierto?

—Claro.

—Entonces, decida usted misma. De todos modos, si le parece más prudente, pondré un par de hombres siguiendo su rastro.

—Me parece inteligente, no prudente. Usted sabe que yo no tengo miedo jamás, señor. Sin embargo, sería una lástima que algo que empezó Matthew Evans, y que yo voy a seguir, quedase cortado otra vez.

—Desde luego. Tendrá dos hombres en Miami, a la escucha.

—Pero que no se acerquen a mí a menos que yo los llame personalmente. Y… Creo que utilizaré la clave de las balas. Nunca se sabe lo que puede suceder.

—Esa clave… es muy peligrosa, Brigitte.

—Ya lo sé —susurró la divina—. Pero le aseguro que mi mano no temblará al utilizarla. Jamás me perdonaría eso, señor.

—Bien… Aceptaremos la clave de las balas. Pero tenga mucho cuidado al emplearla. Si tiene alguna duda al llegar a Miami, llámeme por la línea pública, y aclararemos la situación utilizando la clave de «mi viejo amigo que está lejano».

—Así lo haré —rió Brigitte, poniéndose en pie.

Cogió el sobre y se lo puso bajo un brazo; el mismo que empleó para llevar la maleta. Sonrió a *Mr*. Cavanagh y se dirigió a la puerta. Cuando la hubo abierto, oyó la áspera voz de su jefe directo:

—Lo repito: buena suerte, Baby…

Capítulo II

En Miami, Brigitte Montfort tomó una habitación en la misma pensión donde había estado viviendo hasta entonces la agente rusa llamada Nina Fedorovna.

Una vez instalada, lo primero que hizo, utilizando una ganzúa, fue entrar en la de la rusa. La ausencia de ésta no era tan prolongada que hubiese llegado a alarmar a la patrona, una mujer vieja, gorda, medio cegata, de aspecto abotargado.

En la habitación de Nina Fedorovna, Brigitte se dedicó a ir poniendo las manos en todos los puntos donde cualquier persona que ocupase aquella habitación hubiese podido, hacerlo. Mientras lo hacía, fue registrando meticulosamente la habitación, pero no encontró nada que llamase especialmente su atención. Permaneció allí durante más de una hora, al término de la cual decidió que las cosas podían hacerse todavía mejor, de modo que se dedicó a ir borrando, con la funda de una almohada, las huellas que antes había dejado, así como las que pudiese haber dejado anteriormente la auténtica Nina Fedorovna. Y luego volvió a imprimir sus huellas en los puntos que le parecieron más normales. Por último distribuyó algunas de las prendas personales que la Fedorovna se había llevado, dejándolas nuevamente en sus respectivos lugares adecuados dentro del apartamento, exactamente como si la rusa no se hubiese marchado de Miami con su equipaje, y todo continuase igual.

Regresó al apartamento que había tomado ella, se aseguró de que allí no quedaba nada, bajó la escalera del edificio y salió a la calle sin que la patrona la hubiese visto.

Un taxi la llevó a Buena Vista, donde en el 180 de la N. E. 42nd Street había tenido Matthew Evans, el asesinado agente de la CIA, un apartamento en el semisótano del edificio. No debía de ser un lugar muy agradable, pero, evidentemente, era apropiado para un

espía que quería gozar de independencia. Nadie tenía por qué verlo cuando entraba o salía. Se llegaba al apartamento descendiendo por una escalera paralela a la fachada de la casa, protegida por una verja de hierro.

Brigitte pasó un par de veces por delante de ella antes de decidirse a bajarla. Y, una vez abajo, sacó el juego de ganzúas, maniobró en la cerradura y la abrió en menos de medio minuto.

Entró, cerró la puerta, dio la luz y se quedó mirando a su alrededor, expectante. Sin embargo, poco temía. Por lo general, cuando se elimina a un espía, pueden suceder dos cosas. Una, que quien lo mata tenga tiempo de registrarlo todo, en cuyo caso poco puede quedar de interés para quien llegue más tarde; dos, que quien mata al espía sólo tenga tiempo de eso, de matarlo, en cuyo caso huye a toda velocidad, y es poco probable que vuelva a entrar en el lugar donde liquidó a un enemigo.

En el caso concreto de Matthew Evans, según los amplios informes que había examinado durante el vuelo Washington-Miami, el asesino había tenido tiempo de todo; no había dejado en el apartamento nada que hubiese pertenecido al hombre de la CIA. Por tanto, su vuelta era francamente improbable.

Durante algo más de cinco minutos, Baby se dedicó a recorrer el pequeño apartamento, tomando buena nota de todo. Una de las cosas importantes era la salida especial de que había dispuesto Evans al fondo del apartamento. Era, simplemente, la ventana de la cocina, que daba al patio interior de la manzana. Según la explicación de Nina Fedorovna, de la cual había tomado buena nota la CIA, ella había entrado por allí siguiendo indicaciones expresas. Se suponía que Matthew Evans estaría esperándola, bien prevenido. Sin embargo, cuando la Fedorovna llegó, Evans estaba muerto, tendido en el suelo. Inmediatamente, Nina Fedorovna había huido, quizá convencida, según sus propias palabras, de que la MVD había sabido de su deserción y, tras eliminar al agente americano, estaba dispuesta a hacer lo mismo con ella. De un modo u otro era evidente que la persona o personas que habían matado a Matthew Evans no habían tenido en cuenta aquella salida hacia el interior de la manzana, por la cual, posteriormente, el cadáver de Evans había sido retirado por compañeros de la CIA.

Y, finalmente, puesto que los enemigos de la CIA, los que habían

matado a Evans, desconocían aquella salida, era fácil comprender que su ataque había sido directo. Una llamada a la puerta, una mentira, la puerta se abre… y Matthew Evans recibe dos balazos en el corazón.

Listo.

Luego, su asesino o asesinos, siempre ignorando la existencia de aquella salida por la ventana de la cocina, levantan el campo. Y más tarde se presenta Nina Fedorovna, que no es molestada, ya que entra en el apartamento por la ventana que la CIA le había indicado.

Todo muy sensato, muy lógico, muy verosímil.

Un nuevo recorrido del apartamento convenció a Brigitte de que nada quedaba por hacer allí. Apagó la luz, abrió la puerta lentamente, salió, la volvió a cerrar y subió cautelosamente la escalera, viendo por encima de ella el negro cielo cuajado de estrellas. Llegó a la acera, miró a ambos lados y consultó su relojito de pulsera. Casi la una de la noche. Era poco probable que hubiese gente transitando por allí a aquella hora.

Empezó a caminar, alejándose…

Y apenas tres segundos más tarde tuvo motivos para convencerse de su error. Dos hombres surgieron ante ella de pronto, de un portal. Uno de ellos llevaba la mano derecha metida en el bolsillo de su blanca chaqueta, a estilo gángster de la vieja escuela.

El otro preguntó:

—¿Encontró lo que buscaba?

Casi al mismo tiempo, un coche se despegaba de la próxima esquina, rodando lenta, silenciosamente, hacia ellos. Brigitte simuló no percatarse de esto último, y se quedó mirando a su interlocutor con un delicioso gesto de asombro.

—¿Cómo dice, señor? —musitó.

—¿CIA?

—¿Qué…? No comprendo…

—Dé la vuelta y camine hacia el bordillo. Hágase la cuenta de que somos dos buenos amigos que la están invitando a una cena muy divertida…, con baile incluido.

—Pero…

—Camine hacia el bordillo, nena, o va a pasarlo muy mal ahora y aquí mismo. ¿Okay?

—Sí... Sí, señor, sí...

El tono de la espía internacional era quejumbroso. Dio un cuarto de vuelta, orientándose hacia el bordillo..., pero ni siquiera llegó a dar el segundo paso. Se detuvo en seco, y su codo derecho salió disparado hacia atrás, justo hacia la boca del estómago del hombre que tenía la mano derecha en el bolsillo.

El golpe acertó de lleno el punto elegido, y el hombre soltó el aire impetuosamente, con un quejido profundo. Casi simultáneamente, la mano derecha de Brigitte, de canto, golpeaba al mismo hombre en el puente de la nariz, al parecer con suavidad; no obstante, el hombre se fue al suelo como fulminado, cayendo de rodillas y luego de bruces. El otro estaba metiendo la mano en el bolsillo todavía cuando la punta del zapato de Brigitte le alcanzó en el bajo vientre; el hombre quedó paralizado, pálido, saltones los ojos, abierta angustiosamente la boca. Esta vez el golpe propinado por Brigitte con la mano derecha, siempre de canto, alcanzó a su segundo enemigo justo debajo de la oreja, y tuvo el efecto de un hachazo mortal: el hombre saltó hacia el bordillo, encogida la cabeza entre los hombros y torcido grotescamente el cuello...

¡Clock!

Brigitte notó el durísimo golpe en lo alto de su cabeza, justo cuando quería volverse hacia el bordillo, hacia el hombre que se había apeado a toda prisa del negro automóvil. Pero aquel hombre había sido más rápido que los dos anteriores, y su golpe se adelantó a cualquier acción de Baby Montfort.

La noche se ennegreció más, las estrellas parecieron adquirir una luz roja que giraba vertiginosamente...

* * *

—La nena está despertando.

Eso fue lo primero que oyó. Después, el zumbido de un motor... Cuando pudo abrir un poco los ojos, sólo vio oscuridad, paliada por un cierto resplandor en algún punto... ¿Los faros del coche en el que la habían metido?

Quiso moverse, pero notó una presión en el pecho. Todavía tardó casi cinco segundos en darse cuenta de que estaba tendida en el piso del coche y que un pie descansaba rudamente justo encima

de su seno derecho, aplastándolo.

Una pistola apareció ante sus ojos.

—Quietecita, nena. No más bromas.

—¿Qué… qué está… ocurriendo…?

—Contratiempos, nena.

—Me está haciendo daño…

—¿Sí? ¡Qué pena!

Y el pie apretó aún con más fuerza sobre su seno. Brigitte se mordió los labios para no gritar cuando el dolor empezó a producirle un intenso mareo, una angustia que llenó su cuerpo de un sudor frío.

—Déjala. No nos compliquemos la vida ahora. Primero tiene que llegar en buen estado a la cabaña.

—Ella es una chica que sabe pegar, ¿no? Pues también debe aprender a recibir.

—Seguro que ya sabe. Pero déjala tranquila. Si la sigues apretando así va a vomitar, y luego se desmayará. Un asco, ¿no?

El pie dejó de apretar su seno, y Brigitte aspiró hondamente, despacio, muy aliviada. Pronto desapareció la sensación de mareo, y la visión se fue aclarando. Vio perfectamente las estrellas por una ventanilla. Luego, las siluetas de los dos hombres que ocupaban el asiento trasero. El coche se movía mucho, si bien suavemente, debido a la magnífica suspensión. Era fácil comprender que no estaban viajando por una carretera asfaltada.

—¿Adónde me llevan?

—A una linda cabaña, nena. Allá nos vamos a entender muy bien los cuatro.

—¿Los… los cuatro…?

—Tú y nosotros tres. ¿Comprendes?

—¿Quién… quiénes son ustedes?

—Amigos, no —rió el otro—. Más bien somos unos enemigos dispuestos a hacerle mucho daño. ¿Qué fue a buscar al apartamento de aquel agente de la CIA?

—Nada.

—¿Quiere que vuelva a pisarle sus encantos, nena?

—Déjala, te digo. En la cabaña nos entenderemos mejor, y con más comodidad… para todos.

Brigitte estaba viendo ya claramente algunas palmeras

recortadas contra el cielo estrellado, a través de las ventanillas.

—¿Estamos viajando hacia los Everglades?

—Más o menos. ¡Qué lista es la nena!

—Que lo demuestre cerrando la boquita. Porque si no la voy a dejar sin dientes de una patada.

Brigitte optó por callar. Era lo más prudente, bien entendido que aquellos hombres no tenían intención de desarrollar una conversación en el coche.

Estuvieron viajando todavía durante más de una hora. Y cuando la espía norteamericana empezaba a notar todo el cuerpo dolorido y las manos y pies insensibilizados debido a la presión de las cuerdas, el coche se detuvo. Oyó la puerta delantera al abrirse, y luego unas pisadas blandas.

—Todo bien —dijo una voz desconocida.

Debía de ser la del tercer hombre, el que había estado conduciendo el coche. Los otros dos se apearon. Uno de ellos metió luego las manos dentro, tiró de Brigitte, la dejó caer al suelo y cerró la portezuela.

—Ayúdame —dijo.

El otro la cogió por los pies, y el primero por los sobacos. El que había conducido el coche tenía abierta la puerta de la cabaña. Esperó a que entrasen los dos que llevaban a Brigitte, cerró, y encendió un quinqué de gas. Entonces, Brigitte fue lanzada sobre un viejo y mugriento sofá, cuyos muelles rechinaron fuertemente bajo su peso.

—Fiuuu… —Silbó uno de los sujetos—. Estaba harto de aquella vigilancia. Pero según parece —miró a Brigitte—, ha valido la pena. ¿Quién es usted?

—¿Y ustedes? —preguntó a su vez Brigitte. El hombre soltó una risita.

—Ve a buscar una botella, Am098.

—Okay.

El que había respondido al sorprendente nombre de Am098 sonrió malignamente y desapareció por una puerta, hacia el interior de la cabaña. Uno de los otros se quedó tocándose la nariz y mirando con evidente animosidad a Brigitte.

—Pega muy duro, nena —mascculló.

—En la CIA las entrenan bien, ahora —rió el conductor del

coche—. Si no hubiese llegado yo, os habría zurrado de veras, Am114.

—Nos pilló desprevenidos. Eso es todo.

—Seguramente. Ella parece una chica cariñosa y muy… inofensiva. Pero seguramente trabaja para la CIA ¿Correcto, guapa?

—No.

—Oh… Bueno, tenemos toda una noche por delante. Son poco más de las dos y media, solamente. Mis amigos y yo estudiaremos el modo de convencerla para que sea… sincera con nosotros. ¿Cómo se llevaron al agente de la CIA?

—¿El que mataron ustedes? —preguntó Brigitte.

—Claro. ¿Cómo retiró la CIA el cadáver del apartamento?

—Por una ventana de la cocina que da al patio interior.

—Vaya… Buena idea. Parece que está siendo un poco más locuaz, encanto. ¿A qué se debe?

—Yo… entiendo que ustedes no son de la CIA.

Los dos hombres se quedaron mirándola muy divertidos, alzadas las cejas en gesto de cómico asombro.

—Anda… La chica tiene buena cabeza para pensar, ¿no te parece, Am117?

—Seguro, seguro… Además, hace preguntas divertidas. Está claro que no somos de la CIA, chiquita. Si lo fuésemos, no habríamos liquidado a ese agente que empezaba a pisarnos los talones. Era un tío bastante listo, de veras. Pero ya ve lo que le pasó… Se lo recuerdo para que no quiera ser tan… lista como él. Díganos, ¿qué se olvidó la CIA en aquel apartamento?

—Lo ignoro. No soy de la CIA.

Los dos hombres se miraron. En aquel momento. Am098 regresaba de la cocina, portando una botella de *whisky*. Lo hizo a tiempo para oír las últimas palabras de Brigitte, y soltó una risita. Colocó los tres vasos sobre la mesita, casi los llenó de *whisky* y tomó uno. Bebió un sorbito y volvió a reír, diciendo:

—El pajarillo cantó…, pero cantó en falso. ¿Cuál de las dos alas le cortamos primero?

—Calma… Calma, Am098. Me gusta la chica. Quiero escucharla atentamente antes de hacer algo para convencerla de que no nos gustan las mentiras idiotas. Vamos a ver, chiquita: dice usted que no pertenece a la CIA ¿Exacto?

—Exacto.

—Bien… Entonces ¿para quién trabaja?

Brigitte los miró a los tres atentamente. De pronto, apretó los labios y se quedó mirando el techo.

—No quiere hablar —rió Am114.

—Es muy valiente —rió también Am098.

—Callaos. Ella está haciendo su juego…, y tiene derecho a ello. Nosotros, todo el derecho que tenemos es intentar convencerla de que aquí sólo hay un juego a seguir: el nuestro. Tírala al suelo, Am098.

El llamado Am098 se acercó a Brigitte, la asió por los cabellos y la tiró del sofá al suelo. Aún no había llegado a éste cuando Am117 le golpeó un costado con el pie, tan fuertemente que se oyó el crujir de las costillas de Brigitte, quien empezó a toser como si fuese a partirse en pedazos.

Un nuevo puntapié, ahora en el estómago, la dejó poco menos que desvanecida, tendida de lado, encogida como si quisiera disminuir de tamaño hasta desaparecer. Su visión se enturbió. No supo el tiempo que tardó en volver a distinguir el techo con claridad.

—Últimamente, nena, nos estamos dedicando a cazar agentes de la CIA. Son muy peligrosos, porque conocen bien el terreno, se mueven con soltura y rapidez, tienen una buena red radial secreta… Pero ya hemos convencido a tres para que dejen el campo libre. Uno en Miami, dos en Nassau… Ahora vamos a por el cuarto. Pero, antes, queremos saber qué es lo que la CIA sabe del asunto. ¿Va a decírnoslo, nena?

—No… no sé…

Un nuevo puntapié al estómago convenció a Brigitte de que la cosa iba absolutamente en serio. De nuevo estuvo a punto de perder el conocimiento, de nuevo todo se enturbió a su alrededor. Sólo veía una luz muy opaca y muy lejana…

—Dale un poco de *whisky*, Am114. Es muy floja.

—Le estás pegando demasiado fuerte. Con uno de esos golpes la puedes matar, y entonces no sabremos qué es lo que la CIA sabe de nuestro asunto.

—No creo que sepa nada. Aquel tipo de Miami no tuvo tiempo de gran cosa antes de que lo liquidáramos. Pero, por si acaso, a esta

chica le voy a estar pegando fuerte hasta convencerla de que lo mejor que puede hacer es contestar a lo que le preguntamos.

—La matarás.

—Entonces, mala suerte. A fin de cuentas, el hecho de que la CIA la haya enviado a ella al apartamento del otro agente significa que no saben nada. Si supiesen algo, esta chica habría volado a Nassau, no a Miami. Ella fue enviada al apartamento del otro a buscar algo… Está claro que la CIA tiene la pista cortada.

—Entonces, vamos a liquidar a esta nena y en paz.

—No quiero dejar ningún cabo suelto. Dale *whisky*.

—Está bien…

Brigitte oía la conversación muy lejana, como si estuviese desarrollándose muy lejos de allí. Notó la mano en su nuca y se notó incorporada. Luego sintió el frío del cristal en los labios, y enseguida el ardor del *whisky* en su boca, en su garganta. La visión se aclaró rápidamente.

—Seguiremos con el juego, guapa. A menos qué prefiera contestar. ¿Qué sabe la CIA de nosotros?

—No… no pertenezco a la CIA.

—Eso ya lo dijo antes. Y también le hice una pregunta: ¿para quién trabaja, entonces? Brigitte miró a Am117. Éste frunció el ceño, echó hacia atrás un pie…

—¡No, no! —exclamó Brigitte—. ¡Voy a decirlo!

Se quedó mirando a Am117 como aterrada, y suspiró profundamente cuando el hombre apoyó completamente el pie en el suelo.

—Bien: dígalo, guapa.

—Trabajo para… para la… la MVD.

Captó perfectamente el asombro de los tres hombres. Los vio mirarse pasmados y fruncir el ceño a continuación, incrédulos.

—¿Para la MVD? —exclamó por fin Am117.

—Sí… Sí, sí…

—Es una broma tonta, nena.

—No… no es broma…

—Claro que no —intervino Am114—. Es una estúpida mentira, nada más. Pégale fuerte, Am117.

—¡No! ¡Trabajo para la MVD, puedo… puedo demostrarlo! —chilló Brigitte.

—¿Puede demostrarlo? ¿Cómo, nena?

—Tengo… tengo objetos de trabajo, claves, pasaportes falsos y otras cosas… Me llamo Nina Fedorovna. Am117 sonrió ampliamente.

—En el bolsillo llevaba una documentación a nombre de Lily Gaynor, guapa. Ciudadana americana, nada menos… ¿Es una documentación falsa?

—Claro.

—Pues está muy bien hecha. Claro que…, tratándose de la MVD, es lógica esa perfecta falsificación.

¿Cómo ha dicho que se llama en realidad?

—Nina… Nina Fedorovna.

—Bien… Siéntala, Am098.

Éste alzó a Brigitte de un tirón y la dejó caer en el sofá. Brigitte iba notando ahora unas lentísimas náuseas que parecían ir rodeándola, estrechando el cerco en torno a su estómago. Un intenso zumbido pareció arrancar su cabeza y lanzarla lejos, girando… Miró desesperadamente hacia el *whisky*, y Am114 se apresuró a servirle un trago, directamente de la botella. Fue como un explosivo en su estómago, pero tras el primer impacto el malestar pareció calmarse…

—Vamos a tomarnos las cosas con calma. Nina Fedorovna. Usted dice trabajar para la MVD, y, sin embargo, fue a ver a un agente de la CIA en Miami. ¿Cómo explica eso?

—Yo… yo quería… dejar la MVD, y por eso… entré en tratos con la CIA.

—Muy interesante. ¿Cómo sucedió eso?

—Llamé… llamé a Washington, dije quién y qué era y… les dije que quería entrar en tratos con ellos. Me contestaron que debía ir a cierto apartamento, ocupado por un agente de la CIA, y hablar directamente con él, ya que lo iban a poner al corriente enseguida. La… la hora de la cita era las nueve de la noche. Yo debía entrar por la ventana de la cocina, desarmada y sola. Ellos me aclararon bien que si se trataba de una trampa, yo sería la primera en caer. Pero yo… yo no estaba pensando en ninguna trampa…

—¿Y fue a ver al hombre de la CIA?

—Sí.

—¿Y lo encontró muerto?

—Sí… Sí, así fue.
—¿Y usted volvió a marcharse por la ventana de la cocina?
—Sí…
—Claro, claro… Y fue precisamente por allí por donde se llevaron el cadáver del agente de la CIA. Por eso, nosotros, que estábamos vigilando, no vimos nada. Pero sí la vimos a usted volver al apartamento. Y esta vez entró por la puerta de la calle… ¿Por qué?
—Creí… creí que habría alguien de la CIA esperando, vigilando, y… y quería entregarme, ser llevada a Washington…
—¿Y traicionar a la MVD?
—Sólo entregarme —musitó sordamente Brigitte.
—Claro, claro… ¿Con qué objeto?
—Bueno…
—Nena, estamos en plan serio, ahora. Siga hablando o volveremos a las bromas pesadas. ¿Prefiere eso?
—No, no… Bueno, yo… yo estaba un poco… molesta con la MVD. Y… me parecía que la CIA iba a… pagar mejor mis servicios.
Am098, Am114 y Am117 se miraron. Este último hizo una seña, y los tres fueron hacia un rincón de la cabaña. Allí estuvieron conversando excitadamente, pero en voz baja, durante no menos de tres minutos. Por fin, volvieron tranquilamente a sus puestos anteriores, y Am117, que parecía llevar la voz cantante, preguntó:
—¿Todo lo que quiere es ganar más dinero que en la MVD? Brigitte asintió temerosamente con la cabeza.
—Ésa… ésa era mi… intención…
—Bien. Supongamos que alguien le pagase el doble de lo que le ofreciese la CIA. ¿Le parecería bien?
—¿El… doble que… que la CIA?
—Pongamos… diez mil dólares mensuales y primas por trabajo realizado con eficacia.
Brigitte los fue mirando de nuevo, uno a uno.
—¿Ustedes… me pagarían eso?
—¿Aceptaría?
—¡Desde luego!
—Usted parece inteligente, Nina Fedorovna. Nosotros quizá no lo parecemos, pero lo somos. Mire, si todo es mentira, dígalo ahora. Lo pasará mal, pero terminará pronto. En cambio, si somos nosotros

los que descubrimos la mentira…

—Les… les he dicho la verdad…

—¿Puede demostrarlo?

—Pues… Bueno, no sé cómo… Todas mis documentaciones en Estados Unidos son falsas, desde luego. No sé cómo podría demostrarles…

—¿Dónde están esas documentaciones?

—En mi apartamento de Miami.

—¿Está usted inscrita en los ficheros de la MVD en Moscú?

—Naturalmente.

—Magnífico —sonrió con dureza Am117—. Ahora, díganos su dirección en Miami.

—En el 260 de North East Street…, en la misma Miami. Apartamento 7A.

—¿Está inscrita allí con el nombre de Lily Gaynor?

—Sí, sí… Claro.

—Muy bien. Vamos a saber la verdad de todo eso antes de veinte horas, guapa. Si quiere… rectificar eso, todavía está a tiempo. Pero si nos hace perder tiempo, lo lamentará amargamente. ¿Tiene algo que rectificar?

—Nada.

—Desátala, Am098.

El aludido se dispuso a obedecer, mientras Am114 desaparecía en dirección a la cocina. Reapareció cuando Brigitte estaba todavía frotándose las muñecas. Am114 llevaba una caja de madera, que abrió una vez depositada en la mesita. Sacó un tampón, cartulina especial y un rollo de cinta adhesiva transparente.

—Queremos las huellas de sus diez dedos. Vaya poniéndolas en la cartulina con todo cuidado.

Brigitte obedeció.

Fue apretando sus deditos alternativamente en el tampón y en la cartulina, hasta que la ficha decadactilar quedó completa. Am117 le echó un vistazo, asintió con la cabeza y se dedicó a pegar cinta adhesiva transparente encima de las huellas, fijándolas así de tal modo que no podrían borrarse. Am114 desapareció con la caja de madera. Am098 se dedicó a vigilarla estrechamente, sin parpadear siquiera, o así se lo pareció a Brigitte. Cuando Am114 regresó, Am117 estaba pegando la última tira de cinta transparente sobre la

última huella. Luego las miró con curiosidad, asintió con la cabeza y entregó la cartulina a Am114.

—Ve con cuidado —dijo—. Si todo es cierto, el asunto es bueno para nosotros. Nada de dejarte ver. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Puedes estar de vuelta hacia las cinco y media… Pero no te apresures. Tranquilo. No hay una gran prisa, ahora que parece que ella no es de la CIA y por tanto la CIA no sabe nada. Si ella ha dicho la verdad, podremos marcharnos de Miami tranquilamente.

—Bien.

Am114 salió de la cabaña.

Segundos después, Brigitte oía el motor del coche, primero con fuerza y luego desvaneciéndose…

—¿Adónde va él? —preguntó.

—Ya lo sabrá, nena…, a eso de las cinco y media de la mañana…

—¿Qué… qué hacemos hasta entonces?

—Usted puede dormir, si quiere o puede. Nosotros nos iremos turnando para vigilarla. Y le advierto que ninguno va a dormirse en su turno.

—¿No van a matarme?

—Por supuesto que no. Si lo que nos ha contado es verdad, sería una lástima. Si es mentira, hay tiempo para todo. Am098 hará el primer turno. No lo irrite, créame.

Am117 se sentó en un sillón, sonrió extrañamente a Brigitte y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Apenas tres minutos más tarde, su profunda respiración delataba el sueño. Brigitte miró entonces a Am098, cuyos ojos permanecían fijos en ella, como si el hombre estuviese hipnotizado.

La divina sonrió dulcemente.

—Buenas noches, Am098.

—Haga lo que haga, no va a engañarme. Y no pienso cerrar los ojos ni un segundo.

—Pues yo sí. Hasta luego.

* * *

La despertó el apagado sonido del motor de un coche. Abrió los

ojos, estuvo mirando el techo un par de segundos, y enseguida se sentó en el sofá.

Sentado en el sillón, apenas a dos metros de ella, Am117 la miraba fijamente, pistola en mano, mientras Am098 aprovechaba su turno para dormir. Por las ventanas, cuyas cortinas habían sido corridas, entraba la luz del sol. El quinqué de gas estaba apagado.

—Tranquila, guapa. Es Am114, que regresa.

Am098 despertó, miró a Brigitte, a Am117, y se frotó fuertemente los ojos. Se levantó, fue a la puerta y la abrió. Am114 entró, con aspecto de cansancio, fue al sillón que acababa de abandonar Am098, y se dejó caer en él.

—Ella ha dicho la verdad —gruñó.

—¿Tomaste las huellas en su apartamento de Miami?

—Claro.

—¿Y coinciden con las que le tomamos aquí?

—Seguro que sí. Toma, convéncete tú mismo.

Sacó un sobre del bolsillo y lo entregó a su compañero, que se acercó a la ventana, empezó a sacar papeles y fue confrontándolos unos con otros. Por fin, se volvió hacia Brigitte.

—Parece que todo está bien…

—No les mentí.

—Mejor —se volvió hacia Am114—. ¿Traes los otros pasaportes, las demás cosas?

—Están en el coche.

Am098 salió de la cabaña. Regresó enseguida, llevando un paquete que entregó a Am117. Éste lo abrió, y se quedó mirando el contenido.

—¿Has tomado huellas de estas cosas?

—Sí. Son de ella, también. Am117 se volvió hacia Brigitte.

—Diga todo lo que tenía en su apartamento, guapa.

—¿Objetos personales, o de trabajo?

—De trabajo. Las mujeres llevan todas las mismas cosas, más o menos. ¿Cuál era su material en Miami?

—Una pistola…, que llevaba pegada al muslo y que ustedes me han quitado. Una radio de bolsillo; otra de onda corta, transportable; libreta de claves; diez micrófonos magnéticos y su correspondiente receptor; tres pasaportes falsos; cámara para microfotos; seis cápsulas de cianuro; siete mil cuatrocientos dólares

con cincuenta centavos; una plumaestilete. Es todo.

Am117 asintió con la cabeza. Se volvió hacia Am114.

—¿Te ha visto alguien?

—Desde luego que no. He trabajado muy tranquilamente.

—¿Qué deciden… sobre mí? —preguntó Brigitte.

—Parece que todo es cierto —sonrió Am117—… Pero aún queda lo más interesante.

Fue hacia una librería llena de polvo, la asió por un extremo y la hizo girar sobre el otro hacia afuera. Luego abatió un recuadro de la pared de tablas y apareció una radio. Se sentó en el suelo, manipuló en la radio y casi enseguida se oyó un silbido agudo, que luego se convirtió en un «pitpitpitpit…» constante, siempre agudo. Casi un minuto más tarde, el «pitpit» dejó de oírse, y entonces habló el hombre llamado Am117.

—Am117 al habla. ¿Prosigo?

—…

—Una mujer se presentó en el apartamento del agente de la CIA. La tenemos con nosotros, en la cabaña. Todo bien. Creíamos que era de la CIA, pero hasta el momento nos está demostrando que se llama en realidad Nina Fedorovna, y que ha estado trabajando hasta el momento para la MVD

—¿…?

—Eso dice.

—¿…?

—Quiere más dinero. Fue al apartamento del tipo de la CIA porque quería entrar en tratos con ésta. Sus intenciones son, según dice, abandonar el servicio de la MVD porque espera que la CIA le pague más…

—¿…?

—No sabemos si creerla o no. Eso es muy delicado. De todos modos, lo que ha estado diciendo hasta ahora va siendo cierto. Es posible que ella sea, efectivamente, una agente de la MVD llamada Nina Fedorovna, y que quiera dejar la MVD para ganar más dinero… No sería la única agente rusa que hiciese esto.

—¿…?

—Exactamente. Sí… Nina Fedorovna.

—¿…?

—Ella dice que sí está inscrita en los ficheros de Moscú.

—…

—Bien. Sí, sí, magnífico… ¿Qué hacemos, mientras tanto?

—…

—De acuerdo. Corto.

Guardó la radio, lo dejó todo tal como había estado hasta entonces y se volvió hacia Brigitte.

—Nos vamos de aquí, guapa.

—¿Adónde?

—A Miami. Volvemos allá. Para esta noche sabremos si es cierto que existe una mujer rusa llamada Nina Fedorovna, agente de la MVD. Y si no existe, pues… Bueno, si no existe es que no existe, ¿no?

Eso quiere decir que si la matamos a usted no habremos matado a nadie en realidad, ya que no existe. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo.

—Perfecto. En marcha.

—¿Tienen medios de acceso al fichero de la MVD? —se asombró sinceramente Brigitte.

—Eso parece.

—Pero… ¿cómo? ¿Cómo han conseguido eso?

—Pagando más que la MVD —sonrió Am117—. Es lo que usted quiere, ¿no?

—Sí… Sí, claro. ¿Quiénes son ustedes, para quién están trabajando? Si no son de la CIA, si no son de la MVD, ¿para quién están trabajando?

—Oiga, nena, ¿es que sólo existen dos servicios de espionaje en el mundo? —Gruñó Am098.

—No, claro. Pero…

—Ya lo sabrá, si eso es conveniente. Ahora salga, suba al coche y pórtese bien. La están esperando en Miami.

—¿Quién?

—Una persona. Y no olvide esto, guapa: si nos ha mentido será sometida a un… «tratamiento» que la impulsará a suplicar a gritos que la matemos de una vez.

Capítulo III

Tal como temía, le vendaron los ojos antes de salir de la cabaña. Y no le quitaron la venda hasta casi una hora más tarde, cuando, según dedujo Brigitte, estaban rodando ya por la Nacional 1, hacia el norte, naturalmente, ya que se dirigían a Miami.

La marcha era muy lenta. Desayunaron cuando todavía estaban a más de treinta kilómetros de Miami.

Por supuesto, no la perdían de vista ni un segundo. Y, por supuesto también, los tres hombres ignoraban que la agente Baby Montfort tenía mil pensamientos en su cabeza…, pero ninguno de ellos dedicado a escapar. Precisamente, lo que más le interesaba era seguir con aquellos hombres, fuese a donde fuese que la llevasen.

Tras el desayuno en un parador de la Nacional 1, prosiguieron la marcha, siempre muy lentamente, como si estuviesen disfrutando del paisaje. Tan lentamente, que llegaron a Miami poco antes del mediodía. Estuvieron más de una hora dando vueltas por la ciudad. Luego, fueron a almorzar. Mientras tanto, los tres hombres incluso habían sonreído más de una vez, debido a la simpatía natural de Brigitte. Ninguno de ellos podía adivinar que estaban irremisiblemente condenados a muerte, por el hecho de haber sido copartícipes, coautores, de la muerte del agente de la CIA llamado Matthew Evans. Ninguno de ellos pensó, ni siquiera por un instante, que especialmente ellos estaban camino de la fosa, empujados por la mortífera Brigitte Baby Montfort.

Después del almuerzo, llevaron a Brigitte a su apartamento, en el coche, que se detuvo cerca de la esquina.

Am117 señaló el edificio.

—Am098 irá con usted a buscar sus cosas. Recoja todo su equipaje, pague el hospedaje y salga. Tranquila, natural. No dé ninguna explicación.

Brigitte lo miró amablemente.

—¿Va a enseñarme mi oficio, Am117?

—No. Claro que no… Sólo quiero asegurarme de que va a hacer las cosas del modo que a nosotros nos gusta.

—Me parece que es el mismo modo que me gusta a mí.

—Am098 la estará vigilando, recuérdelo. Ve con ella.

Am098 salió del coche y mantuvo la puerta abierta hasta que lo hubo hecho Brigitte. Entraron juntos en el edificio. Al pasar hacia la escalera, vieron a la patrona, pero Am098 señaló hacia arriba, y Brigitte fue hacia allí, íntimamente satisfecha. En modo alguno le interesaba la conversación con aquella mujer, que podía complicar las cosas si le daba por hablar demasiado.

Subió al apartamento que había ocupado la auténtica Nina Fedorovna, abrió la puerta, entró y empezó a recoger inmediatamente todo el equipaje escasísimo que quedaba allí. Escasísimo en cuanto a importancia, ya que los objetos de «trabajo» se los había llevado antes Am114 en su visita clandestina.

Cogió la maleta, caminó hacia la puerta, y Am098 la abrió en silencio. Bajaron los dos, y Brigitte se asomó a la portería vivienda de la patrona.

—Me marcho —dijo.

La mujer cerró la radio, se puso en pie de mala gana y se acercó a la abierta puerta de cristales. Miró a Brigitte, moviendo mucho sus cegatos ojillos, disminuidos de tamaño tras los gruesos cristales de los lentes. Cuando habló, su aliento lanzó un intenso olor a cerveza.

—¿Ya se va? —graznó.

—Sí. Tenga.

Le entregó tres billetes de veinte dólares, dio media vuelta y se dirigió rápidamente a la salida de la casa. Con toda seguridad, en el supuesto de que aquella mujer estuviese dispuesta a protestar por el pago de sesenta dólares por apenas veinticuatro horas de hospedaje, si se decidía sería demasiado tarde, y para Am098 ella sería la inquilina Lily Gaynor, es decir, Nina Fedorovna, que pagaba un hospedaje de varios días.

Entraron en el coche pocos segundos después.

—¿Todo bien? —preguntó Am117.

—Es rápida como un rayo —sonrió Am098—. Seguro que esa asquerosa bebedora de cerveza aún está contando el dinero.

—¿Cuánto ha pagado? —susurró Am117.

—Sesenta dólares.

—Está bien. —Miró maliciosamente a Brigitte—. Está todo muy bien por ahora, Nina Fedorovna. Vámonos.

Am114 puso en marcha el coche. Pasó por delante del portal de la casa donde se había alojado Brigitte. Durante un segundo se vio a la mujer cegata en la puerta de su vivienda particular, con los lentes en la frente y mirando el dinero sin ellos, en la falsa creencia de que así iba a contarlo mejor.

—¡Tenía usted razón, Am098! —rió Brigitte—. ¡Ella está todavía contando el dinero!

—Espero que no le haya pagado de menos —deslizó Am117—. Sería estúpido que por unos dólares y una mujer furiosa la policía se dedicase a buscar a Lily Gaynor.

—¡Le pagué de más! ¡No creo que llame a la policía por eso! ¿Puedo saber adónde vamos ahora?

—A pasear.

—¿Más paseo todavía? Estoy harta de coche.

Am117 miró su reloj.

—Pues todavía le quedan tres horas de paseo. Luego iremos a hacer una visita.

—¿Es aquí? —preguntó Brigitte.

—Sí. Ve a llamar, Am114.

* * *

Éste se apeó. Brigitte estaba mirando el lugar adonde, por fin, transcurridas las tres horas, la habían llevado. Era una magnífica quinta en Miami Beach, nada menos que en la 22nd Street, muy cerca de Collins Avenue y delante mismo de Collins Park, a dos pasos de la playa, a la cual, naturalmente, debía de tener muy fácil acceso y, posiblemente, un embarcadero.

De momento, de la hermosa quinta sólo veía las altas palmeras, los pinos, y una mancha blanca, al fondo; la casa, desde luego. Además olía a magnolias y a… Sí, a mimosas.

—¿Por qué no me han vendado los ojos para traerme a este lugar?

—Imagíneselo, nena.

—¿No saldré nunca de aquí?

—Es lista —sonrió Am117—. Seguro que es lista. Pero no se preocupe, guapa. Si…

—¿Por qué no deja de llamarme guapa? Me fastidia.

—¿Cómo quiere que la llamemos?

—Nina. ¿No está bien?

—Oh, sí, Nina. Decía que no se preocupe. Saldrá de este lugar… Contando siempre con que no nos haya mentido, claro.

—Ustedes ya comprobaron…

—La última palabra la tiene Octopus6.

—¿Quién? —Se pasmó Brigitte.

—Octopus6. Pronto va a conocerlo.

—Octopus6 —musitó la espía—. Jamás había oído…

—Todo lo que verá a partir de ahora será nuevo para usted. No haga más preguntas. Pórtese bien, cumpla las órdenes sin rechistar, y eso será todo. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí, claro.

Am114 regresó al coche y se sentó al volante. Un hombre estaba abriendo las verjas. El coche entró, recorrió un camino bordeado de palmeras, tulipanes y acacias mezcladas con mimosas, y llegó ante la casa.

—Salga del coche.

Brigitte se apeó. Tras ella lo hicieron Am117 y Am098. Am114 se alejó del coche. Am117 señaló la blanca escalinata de la fachada de la quinta.

—Nos están esperando.

Subieron los tres, siempre Brigitte por delante, vigilada en todo momento. Ni siquiera tuvieron que llamar. La gran puerta se abrió, y un mayordomo de aspecto impenetrable esperó, en silencio, a que entrasen los tres. Luego, siempre en silencio, los condujo, cruzando el enorme vestíbulo, hacia una puerta pintada de blanco, situada al fondo y a la izquierda. Llamó con los nudillos, abrió, señaló a Am117 y Am098, y movió negativamente la cabeza.

Dejó entrar a Brigitte, cerró la puerta, y la espía internacional de categoría de lujo para la CIA se encontró en un enorme despacho, elegantísimo, fresco, confortable, lleno de libros, de cuadros, de muebles modernos rutilantes… Al fondo había un gran ventanal con persiana graduable, de color blanco, finísima, a través de la cual

pasaban delgadas franjas de sol, dejando el despacho oscurecido a medias de un modo sedante, agradable.

No parecía que hubiese nadie allí. Pero, de pronto, de uno de los sillones vueltos de espaldas a la puerta se levantó un hombre. Alto, esbelto, elegante, de cabellos rubios. Era joven y hermoso, de mirada directa, inteligente… Brigitte aprovechó los pocos segundos que él tardó en hablar para estudiarlo detenidamente a medida que sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra.

—Buenas tardes, Nina Fedorovna —saludó el hombre, en ruso.

—Buenas tardes, Octopus6 —respondió ella, también en ruso.

—Espero que no me guarde rencor por las molestias que ha tenido que soportar. Pronto comprenderá que han sido del todo necesarias.

—He soportado molestias mucho peores. Es usted muy amable.

—Venga, por favor… ¿Quiere tomar algo? ¿Vodka, quizá?

—Con agua tónica, sí. Encuentro el vodka un poco fuerte…, si no le importa.

—Desde luego que no. Siéntese, siéntese… Por el momento debe considerarse como en su propia casa. —Sonrió agradablemente—. Es un decir, claro. Imagino que hace tiempo que usted no sabe lo que es estar en su propia casa.

—Hace algún tiempo, en efecto.

—¿Alguna marca de vodka especial?

—Romanoff, si es posible.

El hombre llamado Octopus6 sonrió, fue hacia una de las grandes estanterías de libros que llegaban hasta el techo y apretó un botón. Un rectángulo de casi tres metros de largo y uno de ancho se alzó hacia el techo, tras una ligera basculación hacia el interior. Sirvió en un gran vaso lo que había pedido Brigitte y se volvió.

—¿Hielo?

—Uno solo, por favor.

Octopus6 agregó el hielo y llevó el vaso a Brigitte. Era un hombre muy elegante, de excelentes modales, comedido, sobrio. Lo que más destacaba en él, empero, era la inteligente mirada de sus ojos claros, amables.

—Entiendo que ha pensado usted abandonar la MVD.

—Así es.

—Es una actitud… muy arriesgada… ¿No cree?

Brigitte bebió un sorbito, mientras el hombre se sentaba delante de ella, cruzaba majestuosamente las piernas y encendía un cigarrillo.

—Conozco a la MVD, y espero salir bien librada de esto.

—Claro… Supongo que ha pensado las cosas antes de hacerlas.

—Las he pensado muy bien, en efecto.

—¿Por qué lo hace, exactamente?

—Por dinero. La CIA me pagaría mucho más. Un agente con dobles conocimientos siempre es más útil que un agente simple.

—Sin duda. ¿Conoce a alguien de la CIA?

—No. La noche en que tenía que conocer a uno de esos hombres, o sea, hace casi cuarenta y ocho horas, lo mataron.

—Mala suerte…, sobre todo para ese hombre.

—Según he entendido fueron ustedes quienes lo mataron. Concretamente Am117, Am098 y Am114.

—Sí, sí, desde luego… Aquel muchacho se estaba acercando demasiado a ciertos puntos muy privados. Tenía buen olfato, y nos pareció conveniente asegurarnos de su silencio… ¿Demasiado vodka, quizá?

—No, no… Está bien así.

—¿Cómo se puso en contacto con ese agente americano, señorita Fedorovna?

—Llamé a Washington…

—¿Por radio?

—Teléfono público. Bueno, al decir público quiero decir que no utilicé la línea privada de la CIA, claro está. La desconozco.

—¿La… atendieron bien?

—Pues… sí. La verdad es que sí. Me dieron instrucciones para visitar a ese agente, y las seguí. Como yo estaba jugando limpio, no me importó acudir a ciegas a cualquier sitio.

—En cambio, el agente de la CIA se arriesgó quizá demasiado al aceptar esa entrevista. Sobre todo, teniendo en cuenta que, en aquellos momentos, él andaba detrás de nosotros, y pudo sospechar una trampa… ¿No le parece?

—Sí. Y quizá lo que le impulsó a aceptar esa entrevista fue, precisamente, que la creyó relacionada con lo que estaba… husmeando. Él debía de tener su propio juego, claro está.

—Cierto. Bueno, parece que deberemos pensar que todo fue una

simple coincidencia. Usted entra en contacto con la CIA justamente cuando uno de sus agentes está… husmeándonos —sonrió—. Y cuando llega a ver a ese agente, nosotros le hemos matado. Quizá si hubiésemos esperado allí unos minutos la habríamos visto llegar a usted.

—Quizás.

—Bien… Casualidades que ocurren a veces. Pero, si le parece, vamos a dar ya por solventado ese cúmulo de casualidades, y pasemos a la futura realidad.

—¿No cree lo que le estoy diciendo?

—¿Por qué no? Puedo matarla en cualquier momento, señorita Fedorovna, pero, hasta que llegue ese momento, no debo ser descortés. Voy a partir de la base de que usted es sincera conmigo, con nosotros, y que las casualidades existen y han existido siempre. Creo que no puedo ser más comprensivo y razonable.

—Se lo agradezco. Am117 me sugirió que podría ganar diez mil dólares mensuales y primas extras por… por…

—Por eficiencia, seguramente —sonrió de nuevo Octopus6—. Así es, en efecto. ¿Le interesa?

—Sí.

—¿Sin saber las condiciones?

—No creo que sean peores que en la MVD.

—¿Aceptaría trabajar para nosotros?

—Sí.

—¿Qué pasa, entonces, con la CIA?

—Prefiero una organización privada.

—¿Sabe que somos una organización privada? —Arqueó él las cejas.

—Lo estoy presintiendo. ¿Me equivoco?

—No, desde luego.

—Entonces, insisto en que prefiero una organización privada… ¿Cuál es el nombre?

Octopus6 sonrió de nuevo. Estudiaba atentamente a Brigitte, y si bien su amabilidad era mucha, quedó claro que no pensaba contestar a aquella pregunta. Brigitte ni siquiera parpadeó. Continuó bebiendo vodka con agua tónica, en silencio, esperando. Pero Octopus6 no habló más, de momento. Ambos aceptaron con toda naturalidad los diez minutos de silencio completo que

siguieron, hasta que se oyó la llamada a la puerta.

—Sí —dijo Octopus6.

La puerta se abrió y un criado entró en la enorme biblioteca, llevando una bandeja, que colocó ante Octopus6. Éste tomó el papel que se veía en ella y lo leyó rápidamente.

—Puedes retirarte —dijo.

El criado salió, y Octopus6 se puso en pie, acercándose a Brigitte y tendiéndole el papel.

—Creo que le gustará leerlo.

Ella cogió el papel, en silencio, y lo leyó:

> *Nina Fedorovna Sakian tiene veinticinco años. Sus cabellos son negros, sus ojos azulgris. Es muy hermosa y una eficaz agente de la MVD, en cuyo archivo consta, efectivamente. La MVD está algo inquieta por su súbita desaparición y carencia de todo informe. Vigilantes de la MVD en América han apuntado la posibilidad de la deserción de Nina Fedorovna. Imposible penetrar en fichero de la MVD para obtener foto, pero haré todo lo posible. Seguirán más noticias cuanto antes, pero quizá pasarán seis días, hasta próximo turno de retén. E021.*

Brigitte alzó la cabeza, impasible.

—Parece que ya se han dado cuenta —musitó.

—No se preocupe por eso. Si trabaja para nosotros, la MVD no va a poder molestarla. Lo importante es que, siendo verdad todo lo que usted nos ha contado, ya no tenemos necesidad de matarla, descuartizarla y tirar los pedazos al triturador de basuras.

—¿Habrían hecho eso?

Octopus6 sonrió simpáticamente.

—¿Por qué hablar de lo que ya no va a ocurrir, señorita Fedorovna? ¿Quiere beber algo más?

—No.

—Supongo que está cansada. ¿Le parece que estará más fresca si hasta las ocho y media, hora de la cena, la dejamos dormir y relajarse a su gusto?

—Estoy segura de que me sentiré mucho mejor —sonrió Brigitte.

—La llevarán a su habitación. Todas sus cosas están ya allí, pero si necesita algo especial sólo tiene que pedirlo. A partir de ahora,

usted puede pedir lo que quiera, y lo tendrá. Cuando haya descansado conversaremos sobre su… nuevo empleo. ¿Está bien así?

—Es usted muy amable, señor…

—Octopus6, simplemente. Pero quizá más adelante vayamos conociéndonos mejor. Hasta la cena, señorita Fedorovna.

Había pulsado un botón que pertenecía al grupo que apareció cuando levantó parte del brazo de su sillón, y la puerta se había abierto, dejando visible al mayordomo. Octopus6 le hizo una seña, y el hombre asintió con la cabeza.

Brigitte salió del despacho, y, siguiendo al imperturbable mayordomo, llegó al piso alto, una de cuyas puertas abrió el hombre. Entró tras ella y fue señalando a su alrededor:

—El armario, el baño, la televisión… El cuadro de mandos. Si necesita algo estrictamente femenino pulse el botón azul y acudirá una doncella. Si lo que desea es algo corriente, pulse el rojo. Todas sus cosas están sobre la cama… ¿Le abro la ventana?

—No, no, gracias… Voy a bañarme y dormiré hasta la hora de la cena. Avíseme quince minutos antes, por favor.

—Sí, señorita. ¿Algo más?

—Nada, gracias.

El mayordomo se retiró y cerró la puerta. Brigitte se quedó mirando todas sus cosas, que, efectivamente, estaban sobre la cama. Es decir, las cosas de Nina Fedorovna. Incluida la pistola.

Bien… Ya tenía la aprobación de Octopus6.

¿Y ahora…?

Capítulo IV

Lo primero que hizo fue tomar la pistola y examinarla atentamente. Sacó el cargador, y de éste las balas; una a una las examinó, sopesándolas cautelosamente, hasta convencerse de que estaban completas. Habría sido muy desagradable creerse en posesión de una pistola y que luego no hubiese pólvora en el interior del cartucho…

Después fue examinando las demás cosas, buscando algún truco especial que pudiesen haberle preparado. Pero parecía que no había truco de ninguna clase.

En cambio, sí lo había junto a la cama, muy cerca del teléfono blanco que descansaba sobre la moderna mesita de noche: un micrófono. Se quedó mirándolo en el colmo del asombro, porque, realmente, no pensaba que pudiesen considerarla tan estúpida. Se incorporó, sonriendo y mirando de nuevo con reconcentrada atención a su alrededor. Sólo tardó minuto y medio en encontrar el otro micrófono, colocado en el borde lateral de un bonito espejo cuadrado, enmarcado en madera roja. Luego se quedó mirándose en el espejo, sonriendo dulcemente y preguntándose si en verdad creían que podrían engañarla con pequeños trucos de poca monta.

Eso era tan poco probable que no tardó en comprender que tenía que haber otro truco mayor, mucho más efectivo. Posiblemente, una cámara de televisión. En tal caso ellos sabrían ya que ella había visto los micrófonos, y eso les haría comprender que, cuanto menos, sabía su oficio.

Se separó del espejo, abrió la maleta y sacó un juego de prendas interiores, una falda y un jersey. Lo dejó todo sobre la cama y fue al cuarto de baño. Allí no había micrófonos, de lo cual se aseguró mientras dejaba correr el agua caliente para llenar la bañera. Luego la atemperó a su gusto con un poco de agua fría, y regresó al dormitorio. Se desnudó completamente, dejando en un sillón las

prendas usadas hasta entonces, y volvió al cuarto de baño.

Salió diez minutos después, refrescada por los efectos de la ducha final, con agua fría, secándose con la gran toalla de alegres colores. Por último, abrió la cama, la probó con las manos y se dispuso a dormir un par de horas. Se tendió y cerró los ojos, pero pocos segundos después los abrió, volviéndolos con gracioso enojo hacia la ventana. Se levantó, fue hacia allá y cerró completamente las persianas, de modo que el dormitorio quedó a oscuras. Volvió a la cama y se acostó de nuevo…

* * *

Al otro lado del bonito espejo con marco rojo, en la habitación contigua, Am117 soltó un gruñido de disgusto.

—Mala suerte… Porque vale la pena verla, ¿no?

Octopus6 colocó el otro espejo sobre el que daba al dormitorio de Nina Fedorovna, ocultando así el truco simple pero efectivo; por un lado, el espejo del dormitorio de Brigitte era normal; pero por el otro no lo era en absoluto, ya que mirando a través de él se veía perfectamente la habitación de la invitada.

Octopus6 sonreía simpáticamente.

—Es muy hermosa —admitió—. Pero de todos modos no íbamos a pasarnos la tarde mirándola. Parece que le gusta dormir en completa oscuridad.

—Ha visto los dos micrófonos. Es lista.

—He conocido a mucha gente lista que ahora está en el fondo del mar, o en la barriga de algún tiburón. Puesto que el dormitorio está a oscuras, abandonaremos el observatorio. Pero ve a asegurarte de que Am098 está atento a los micrófonos.

—Está bien. La cena es a las ocho y media, ¿no?

—Sí. ¿Por qué?

—Bueno… Creo que volveré por aquí a eso de las ocho, si no tiene usted inconveniente. Yo creo que vale la pena.

—De acuerdo —sonrió Octopus6—. No tengo por qué privarte de ese pequeño capricho. Vamos abajo, ahora.

* * *

Tendida en la cama, Brigitte permanecía con los ojos completamente cerrados y una irónica sonrisa en los labios. No veía absolutamente nada, pero estuvo así todavía unos veinte minutos, relajándose sosegadamente por el procedimiento yoga. Veinte minutos de auténtico relax le producirían el mismo beneficio que dos horas de sueño.

Transcurridos esos veinte minutos se sentó en la cama, muy despacio, sin hacer el menor ruido. Tocó el suelo con los descalzos pies, los aseguró bien y se puso en pie. Llegó tanteando hasta donde había dejado la radio de bolsillo, la cogió y caminó hacia el cuarto de baño, el cual se había asegurado al abandonarlo antes de que también iba a estar completamente a oscuras. Se orientó bien, pues había estudiado el terreno y todos los obstáculos que pudiese encontrar. Llegó sin haber tropezado con nada, en completo silencio, sin dejar oír siquiera el deslizarse de sus pies. Entró en el baño, cerró la puerta muy despacio y cogió una toalla, que colocó en el suelo, bajo la puerta. Sólo entonces encendió la luz.

Rápidamente abrió la pequeña radio de bolsillo, tomó unas pinzas de la repisa de cristal y estuvo manipulando en las pequeñas piezas. Y de pronto oprimió el resorte de llamada.

—¿Simón? —musitó.

—Sí.

—¿Sabe dónde estoy?

—No. Le hemos perdido la pista.

—No se preocupe. ¿Es usted Simón I o Simón II?

—Simón II. A Simón I lo han matado.

Brigitte se mordió tos labios, y supo que había palidecido.

—Lo han matado… —gimió.

—En el Pier 5.

—¿Qué hacía allí?

—Simón I había estado en contacto últimamente con Matthew Evans, y parece que algo le dijo éste, de modo que Simón I ha estado rondando estos días por Pier 5. Algo ha debido de ver o descubrir, porque lo han matado y lo han tirado dentro de una lancha vieja.

—Está bien… Escuche, Simón: estoy en una gran quinta, en la calle Veintidós de Miami Beach, cerca de Collins Avenue y casi delante mismo del Collins Park. No he podido ver el número.

—La encontraremos. ¿Todo va bien?

—Digamos que todo va… de sorpresa en sorpresa. Aunque localicen esta quinta recuerde que no deben hacer nada sin mi autorización.

—Tenemos órdenes severísimas en ese sentido, esté tranquila. Si necesita ayuda…

—No, no —dijo fríamente Brigitte—. Son ellos los que van a necesitar mucha ayuda para escapar de mí. Sé ya quienes mataron a Matthew Evans. Y pronto sabré quién ha matado a Simón I. Cuando…

—Eso ya lo sabemos nosotros, Baby.

—¿Lo saben? ¿Quién ha sido?

—Dos hombres. Hemos obtenido fotografías de ellos, con teleobjetivo, y han sido enviadas a Washington. Mientras esperamos saber algo concreto…, suponiendo que podamos saber algo de ellos, los tenemos vigilados estrechamente.

—Magnífico… Buen trabajo, Simón. Dígame quiénes son y cómo se llaman… Quiero decir cómo se hacen llamar y dónde están.

—Se hacen llamar Karl Olsen y Richard Sommers. Ocupan, respectivamente, las habitaciones ciento doce y ciento diecinueve del Sylvania Hotel, en el 226 de la North West 5th Avenue, en Miami.

—Está bien. Los apuntaré en mi lista negra. Quiero dejar bien claro que la acción inicial me corresponde siempre a mí. No hagan nada sin mi aprobación. En cuanto a esta quinta, pueden vigilarla, pero háganlo tan bien que ni yo misma me entere. Aparte, recuerden que no deben hacer absolutamente nada que yo no haya indicado.

—No debe insistir tanto en eso. Ya le he dicho que tenemos instrucciones severísimas en ese sentido. ¿Puedo saber de qué se trata?

—Eso sí. Aunque de momento sólo sé que nos estamos metiendo de lleno en una organización privada de espionaje.

—¿Privada?

—Sí, sí… Trabajan para ellos. No sé cómo, ni qué ganan con ello, ni qué pretenden en realidad. Pero estoy camino de ir sabiéndolo. Un paso en falso nos haría perder esta buena oportunidad de llegar al centro de la organización.

—Iremos con pies de plomo.

—Estupendo. Es todo, Simón. Voy a cortar… Cuídese, muchacho.

—No se preocupe. Y si caigo, lo haré con el tonto consuelo de saber que Baby pasará a cuchillo a mi asesino. Buena suerte.

—Adiós, Simón.

Cortó la comunicación, colocó la radio en la onda anterior, apagó la luz después de quitar la toalla del suelo y colgarla en su sitio y salió del cuarto de baño. Pocos segundos después estaba de nuevo tendida en la cama, todo en su sitio, como si nada hubiese ocurrido.

Pero Brigitte Montfort ya no pudo ni siquiera intentar dormir de verdad. En su mente, la noticia de la muerte de otro agente de la CIA era como un feroz martilleo constante, casi doloroso.

* * *

A las ocho y cuarto en punto sonó la llamada a la puerta del dormitorio. Brigitte esperó a que se repitiese unos segundos después.

—¿Sí? —preguntó, con voz soñolienta.

—Las ocho y cuarto, señorita.

—Está bien, gracias.

Saltó de la cama, se despeinó ligeramente y fue a la ventana. La abrió, pero la noche casi había cerrado completamente y muy poca claridad entró en el dormitorio. Fue entonces al interruptor y dio la luz. Se quedó mirando a su alrededor con los ojos entornados, bostezando graciosamente. Sabía muy bien que la estaban vigilando. Fue hacia el espejo, se miró, se arregló los cabellos y volvió a bostezar…

Estuvo a punto de lanzar una exclamación, de pronto.

¡Claro! ¡El espejo…!

Conteniendo una dura sonrisa se desperezó ante él, poniendo en pasmoso relieve todos sus encantos… Cosa que, probablemente, no haría una mujer que supiese que al otro lado del espejo la estaban mirando, apenas a un metro de distancia, como si la viesen a través de un simple cristal.

Luego fue al baño, se refrescó un poco y arregló sus cabellos y su

maquillaje y volvió al dormitorio. Se vistió, dejó las cosas en orden y salió del dormitorio.

Al otro lado del espejo, Am117 se volvió hacia Am098 y Am114.

—Ya se acabó el espectáculo. Pero… ¿qué os dije?

—Está como para…

—Apuesto algo a que en toda nuestra cochina vida no volveremos a ver nada tan hermoso —gruñó Am098.

—¿Quién sabe? Es posible que Octopus6 decida que ella se quede en Miami todavía algunos días.

—Pero a nosotros nos harán regresar a Nassau. Hicimos ya el trabajo y debemos volver a nuestra base de operaciones.

—Bueno, ya veremos qué pasa. Vamos abajo… Ella debe de estar ya entrando en el comedor.

* * *

Octopus6 se volvió hacia la puerta del comedor y sonrió cortésmente.

—¿Ha descansado bien? —se interesó.

—No demasiado. Pero me encuentro mucho mejor, gracias. ¿Vamos a cenar solos?

—No, no… Quienes trabajan para mí gozan siempre de un trato cortés, señorita Ferodovna. De modo que 117, 114 y 098 cenarán con nosotros, naturalmente. ¿Un martini?

—Oh, sí, gracias…

—Con aceituna, supongo.

—Me pregunto de qué otro modo pueden prepararse. Y, por favor, póngame dos aceitunas.

Octopus6 sonrió simpáticamente. Estaba impecable, magnífico con su perfecto esmoquin de chaqueta blanca.

—Su ambición se pone de manifiesto incluso en las aceitunas, según veo.

—¿Es malo ser ambiciosa?

—En absoluto. Al menos, desde mi punto de vista. —Le tendió el martini—. En realidad, elijo siempre para trabajar conmigo a personas con ambiciones… No me interesan los pobres diablos.

—Tampoco a mí… Oh, ya tenemos aquí a nuestros… invitados.

Octopus6 sonrió. Dirigió una breve mirada a los tres hombres

que llegaban al comedor en aquel momento, pero de nuevo dedicó toda su atención a la espía, mirándola con clara simpatía.

—A propósito, y ahora que ellos pueden oírlo: usted ya no será llamada nunca más por su nombre de Nina Ferodovna…, ni por ningún otro. Mientras dormía, he hecho una llamada por radio, y, como suponía, su… adquisición me ha sido elogiada. Tenemos muchos agentes en todo el mundo, pero pocos que hayan sido bien preparados con anterioridad a su contrato con nosotros. A la mayoría de ellos tenemos que educarlos.

—¿Educarlos?

—Entrenarlos, prepararlos… Se puede decir de muchos modos. Lo cierto es que tienen que aprender muchas cosas antes de poder entrar en acción.

—Creo que ése no es mi caso, ¿verdad?

—Por el modo en que les pegó a 114 y a 098 parece que no, en efecto —sonrió de nuevo Octopus6—. De todos modos, somos de la opinión de que nuestros agentes deben pasar por un período de… reajuste, de acuerdo a nuestros métodos.

—¿Deberé yo pasar también ese… aprendizaje?

—Lógicamente sí. ¿La molesta?

—Espero que me divertirá. Será lo mismo que enviar a un universitario a la clase de párvulos.

Octopus6 se echó a reír, francamente divertido. Señaló la mesa, apartó la silla de Brigitte, se sentó él después que ella y, por último, lo hicieron los tres hombres. Octopus6 chascó los dedos y al instante aparecieron dos criados con la cena.

Ambos se acercaron en primer lugar a Octopus6, pero éste les hizo un seco gesto hacia Brigitte, que sonrió ante tanta corrección y amabilidad.

—¿Puedo hablar? —preguntó.

—¿Se refiere a la presencia de ellos? —señaló Octopus6 a los criados.

—Sí.

—Hable con toda tranquilidad.

—¿Cuál será mi nombre, de aquí en adelante?

—Ah, sí… Será usted…, es ya, la agente Am222.

—Entiendo… Supongo que «Am» significa América. ¿El número significa que soy el agente doscientos veintidós de toda América?

—Exactamente.

—¿Tienen…, tenemos ya doscientos veintidós agentes en América?

—Así es.

Brigitte no pudo ni quiso ocultar su asombro. Se quedó mirando estupefacta a Octopus6.

—No es posible…

—¿Por qué no?

—Es… una cifra… muy considerable.

—Ciertamente. Sin embargo, muy pocos están cobrando diez mil dólares al mes. La mayoría de esos agentes son personas… de poca importancia. Hacen un trabajo que sólo puede valorarse en su conjunto. Por eso, a los que pueden hacer trabajos por sí solos, les pagamos diez mil dólares… O el doble, si lo valen. No hay límite.

—Entiendo, entiendo… ¿Todavía no puedo saber para quién… o para qué estoy trabajando?

—Para OCTOPUS. Con letras mayúsculas. Eso es todo. ¿Le sugiere algo el nombre, ahora? ¿Demasiado condimentada la sopa, quizá?

—No, no… Está perfecta. Estaba pensando… Bueno, OCTOPUS me sugiere algo, en efecto, teniendo en cuenta que, en latín, octopus vulgaris significa pulpo. ¿No es así?

—Así es —sonrió una vez más Octopus6—. Sólo qué, en nuestro caso, OCTOPUS no tiene nada de… «vulgaris», de vulgar.

—Por supuesto. Pulpo… Es muy sugerente, en efecto. Da la idea de un poder gigantesco que puede abarcarlo todo.

—Magnífica definición. ¿Puede seguir sacando conclusiones? Su agilidad mental, su… conversación, resultan muy agradables.

—¿Más conclusiones? Bueno, si el pulpo tiene ocho tentáculos, y usted se hace llamar Octopus6, supongo que es el sexto tentáculo del pulpo, de OCTOPUS quiero decir.

—Magnífico… Magnífico en verdad.

—Supongo que hay siete Octopus más.

—Por supuesto. Y distribuidos en siete grandes ciudades en todo el mundo. Espero que habrá entendido ya que estos ocho hombres somos los jefes de la organización.

—¿Ocho jefes? Me parecen demasiados.

—Bien entendido que esos ocho jefes dependemos del principal,

al cual se le llama, simplemente, Octopus.

—¿Con mayúsculas?

—No, no —rió Octopus6—, con minúsculas. Claro que, hablando, eso resulta muy difícil de distinguir.

Pero usted sabrá siempre cuándo le estarán hablando de OCTOPUS organización y de Octopus jefe de la organización. Por otra parte… ¿Qué hay?

Se quedó mirando hacia la puerta del comedor, con el ceño fruncido. Brigitte miró hacia allá y vio al mayordomo, con una bandeja en las manos.

—Urgente, señor —musitó.

—Tráelo.

Tomó el papel de la bandeja, lo leyó, y su gesto cordial y simpático se nubló visiblemente.

—¿Malas noticias? —inquirió Brigitte.

—En cierto modo. Tenga, léalo. Brigitte tomó el papel y lo leyó:

Am112 y Am119 han sido descubiertos. Están vigilados en su hotel por hombres de la CIA, a la cual, no hace mucho, le matamos un agente que rondaba por Pier 5, siguiendo los pasos del anterior. 112 y 119 han hecho el último trabajo, pero, según parece, muy mal, ya que están localizados y vigilados. Esperamos instrucciones. Am076.

—¿Qué opina de esto? —preguntó Octopus6.

—Parece un mal asunto… para OCTOPUS.

—¿Se le ocurre alguna solución?

—Muchas. Pero me pregunto cuál de ellas le gustaría más. No sé cuáles son sus métodos, Octopus6.

—Todos los agentes de OCTOPUS saben que los fallos cuestan muy caros. —Se volvió hacia el mayordomo—. Llama a Am076 y dile que yo me encargo del asunto. Que permanezca inactivo, que abandone el campo, simplemente. Nada más.

—Sí, señor.

El mayordomo se fue, y Octopus6 regresó su atención a Brigitte.

—¿Y bien? —pidió su parecer.

—Si la CIA los está vigilando va a ser muy difícil sacarlos de allí.

—En efecto.

—Tampoco hay que pensar en atacar a los hombres de la CIA. Pueden ser muchos, y, de esos, sólo dos o tres, quizás, han sido…

detectados por Am076. Un ataque directo para sacar de un hotel a dos hombres acorralados por la CIA me parecería una estupidez.

—¿En cuyo caso…?

—En cuyo caso, y lamentándolo mucho, opino que esos dos hombres, Am112 y Am119, han de ser eliminados… limpiamente, delante de las mismas narices de la CIA. Lo cual no va a ser fácil, pues si 112 y 119 han matado a uno de la CIA, ésta estará, con garras y dientes, esperando cualquier contacto de ellos, o cualquier movimiento de huida, para seguirlos y saber más cosas.

—Entonces —sonrió secamente Octopus6—, ¿usted cree que deben ser eliminados?

—Sí. Y cuanto antes mejor.

—Correcto. ¿Cree capaces a Am098, Am114 y Am117 de hacer con… elegancia y astucia ese trabajo? Brigitte miró amablemente a los tres hombres. De pronto, sonrió, miró a Octopus6 y movió negativamente la cabeza.

—No.

—Vaya… Sin embargo, es evidente que alguien tiene que hacerlo. ¿No le parece?

—Sé quién lo haría de modo maravilloso.

—¿Quién?

—Yo.

Octopus6 se echó hacia atrás en la silla, suspirando profundamente, fijos sus claros ojos en la espía internacional.

—Me habría sentido muy defraudado si no se hubiese ofrecido, 222 —murmuró Octopus6—. Am112 y Am119 están en el Sylvania Hotel, inscritos con los nombres de Karl Olsen y Richard Sommers, ocupando las habitaciones ciento doce y ciento diecinueve… Cosa que les ha estado divirtiendo mucho, ya que habrá observado que esos números son, precisamente, los de ellos mismos.

—Es una casualidad divertida —sonrió Brigitte—. Supongo que, además, se las han arreglado para que cada uno ocupe, respectivamente, la habitación cuyo número coincide con el de su filiación en OCTOPUS.

—Desde luego. Son unos muchachos con un gran… sentido del humor. El Sylvania Hotel está en el número 226 de la N. W. 5th Avenue, en Miami. Am117 la va a llevar allá en el coche, y le mostrará las fotografías de Am112 y Am119. Si usted hace las cosas

bien, es posible que decidamos que diez mil dólares mensuales no reflejan su… calidad auténtica, en cuyo caso quizá llegase a cobrar quince mil. Por cierto: la organización tiene un sistema de pago simple e inteligente.

—¿Cuál?

—Los sueldos son depositados en una cuenta de un banco de Suiza, y se paga con talones contra ese banco y esa cuenta. Cuenta que, es fácil comprenderlo, suma ya muchos millones de dólares. Los agentes sólo pueden retirar dinero de esa cuenta una vez al año, durante sus vacaciones.

—Me parece estupendo tener vacaciones —sonrió Brigitte—. Pero me pregunto qué ocurrirá si me matan cuando llevo once meses trabajando para OCTOPUS.

—No habrá cobrado nada, y OCTOPUS se queda con esas once mensualidades. Nos parece más razonable quedarnos nosotros con ese dinero que dejarlo pudrirse en cualquier banco. No obstante, si vive más de un año o sucesivos años, puede ir retirando de la cuenta el dinero que quiera y ponerlo a su nombre del modo que crea conveniente en el mismo banco o en otro cualquiera. Sólo nos reservamos los derechos de recuperación de sueldos de un año.

—Me parece muy bien. Si me matan antes de un año, el dinero queda en la cuenta de OCTOPUS en ese banco de Suiza, con lo cual OCTOPUS no ha perdido nada. Es un buen sistema. Espero llegar a cobrar por lo menos mi primera anualidad. Pero mientras tanto…

—Mientras tanto, no debe preocuparse por dinero. OCTOPUS cubre todos sus gastos absolutamente. Jamás le faltará dinero. Bien entendido que esos gastos no tienen nada que ver con su sueldo, que va acumulándose íntegro durante doce meses.

—Estupendo… ¿Han cobrado ellos alguna vez? Am098, Am114 y Am117 asintieron con la cabeza.

—Am098 ha cobrado ya dos anualidades. Am114 y Am117, una.

—¿Ellos cobran diez mil dólares al mes?

—Sí.

—Entonces, yo quiero veinte mil…, si le parece bien.

Octopus6 frunció el ceño, pero, al mismo tiempo, sonrió amablemente.

—¿Por qué no? —murmuró—. Ya le he dicho que pagamos a cada uno lo que vale. Pero si no vale…

—No lo diga —sonrió Brigitte—. Ya hablaremos a mi vuelta… ¿Le parece bien?

—Acabe de cenar —sonrió Octopus6 una vez más—. Y vaya pensando en el modo de matar con elegancia y rapidez a Am112 y a Am119.

—¿Tiene que ser con elegancia?

—¿No le gusta la elegancia?

—Digamos que siempre prefiero primero la eficacia y la rapidez. Lo de la elegancia es… secundario.

—Mátelos… —sonrió Octopus6—. Eso es lo que importa. ¿Es de su agrado la cena?

—Muy de mi agrado.

—Pruebe estos canapés de caviar. Es autentico del Volga…, en su honor.

Brigitte cogió un diminuto canapé, le dio un mordisquito, tragó deliciosamente, sonriendo, y dijo:

—Espero que pronto dejarán de desconfiar de mí, Octopus6.

—¿Desconfiar de usted? Oh, vamos, ya recibimos noticias de Moscú respecto a que pertenece…, pertenecía a la MVD. También está ya en marcha la opinión de que ha desertado. Está con nosotros, tiene ya un trabajo que hacer, la hemos estudiado… ¿Por qué cree que todavía desconfiamos de usted?

—Porque este caviar no es del río Volga, sino del mar Caspio. ¿De verdad pensaba descubrir mis posibles mentiras con tan pueril estratagema? ¿No cree que sea rusa, ni que me llamo Nina Ferodovna, ni…?

Octopus6 alzó las manos, en simpática petición de paz.

—Bien venida a OCTOPUS, 222. Y no se hable más del asunto.

Brigitte los miró a todos, uno a uno, sonriendo encantadoramente.

—Bien hallados, gentes de OCTOPUS.

Capítulo V

—Ahí tiene el hotel. ¿Quiere que vaya con usted?

—De ninguna manera, 117. A menos que yo le llame… Supongo que estará atento a la radio.

—Claro. ¿Está segura de no necesitarme? ¿Reconocerá bien a los dos?

—Soy muy buena fisonomista, querido. Hasta el punto de que distinguiría a una mosca de otra. Hasta luego.

Se apeó y caminó en línea recta hacia la entrada al hotel, dejando a Am117 con la turulata mirada fija en aquellas magníficas caderas, cuyo ritmo era superior a todo lo que había visto hasta entonces. Y las piernas. Y…

Brigitte entró con paso decidido en los terrenos frontales del hotel. El estacionamiento estaba a la derecha, y a la izquierda se veía una piscina, bien rodeada por palmeras enanas y parasoles. Las luces de la piscina estaban encendidas, y se oían risas y chapuzones en el agua. Un joven pelirrojo estaba en lo alto de la palanca.

No entró en el vestíbulo por la puerta principal, sino que lo hizo tras recorrer con toda naturalidad el barterraza cercano a la piscina. Un rápido vistazo le bastó para hacerse cargo de la situación. Había bastantes personas allí, en aquel momento: un matrimonio de edad avanzada discutía con el conserje; dos señoras mayores, con sendos perritos, estaban sentadas en amplios sillones, conversando animadamente; un matrimonio joven estaba esperando el ascensor; dos botones deambulaban por allí, cansinamente; tres parejas jóvenes habían formado un círculo en un extremo del vestíbulo y reían con evidente alegría; un hombre solitario, de unos treinta y cinco años, estaba sentado en otro sillón, sombrío, leyendo un periódico… ¿Simón, quizá?

Se dirigió directamente a la escalera y emprendió una ascensión rápida, graciosísima, con su rítmico taconeo, moviendo las caderas

con su gracia inimitable.

Cuando llegó al primer piso, el ascensor pasaba ante las puertas. Estuvo unos segundos mirándolo: segundo, tercero, cuarto… Se alejó luego hacia el fondo del pasillo y se quedó mirando la doble puerta del montacargas de servicio. Lo llamó apretando un botón, abrió las puertas y entró. Lo hizo subir hasta el último piso. Luego descendió al último sótano, dos pisos por debajo de la planta. Salió del ascensor, recorrió el pasillo, abrió la puerta del fondo y se encontró en la parte de atrás del hotel. Estaba lleno de cajones y cestas, pero un camino flanqueado por valla blanca llevaba al otro extremo de la manzana. No parecía que hubiese nadie allí…, a pesar de que, evidentemente, la CIA debía de tener vigilados todos los puntos de acceso y salida.

Se fue a un rincón, colocó la radio en la frecuencia convenida y apretó el botoncito.

—¿Simón?

—Sí.

—¿Dónde está usted ahora?

—Vigilando al hombre que la ha traído en coche hasta el hotel. Los vi salir de la quinta de Miami Beach. Allí han quedado dos hombres, vigilando.

—Está bien. Pero recuerde que no han de hacer nada sin mi autorización. Ahora, escuche: llame a nuestros compañeros y pase la orden de que me dejen salir del hotel, dentro de unos minutos. Como si ellos no estuviesen allí… Me refiero a la parte de atrás.

—Está bien. ¿Qué ocurre?

—Voy a tener que cortarles la pista. Ahora soy Am222, y tengo que cumplir el trabajo.

—¿Am222? No entiendo… ¿Qué trabajo?

—No dispongo de tiempo ahora, Simón. Bástele saber que voy a matar a esos dos hombres que están vigilando. Quiero paso libre hasta ellos y salida expedita. Que nadie intervenga. ¿Okay?

—Pero eso… es una barbaridad. Esos hombres…

—Conseguiremos otros mejores. Por ejemplo, el propio Octopus.

—¿Quién?

—Simón, no tengo tiempo ahora. Ocurre que ellos se han enterado de que la CIA tiene localizados a Karl Olsen y Richard Sommers, y han ordenado liquidarlos. Yo soy quien tiene que

hacerlo… Y le juro que lo voy a hacer con muchísimo gusto. Corto.

Colocó la radio de modo que Am117 recibiera la llamada entonces, y pulsó el botón.

—¿117?

—Adelante, 222.

—Voy a hacerlo dentro de cinco minutos. ¿Querrá verlos?

—¿Tendría que entrar en el hotel?

—Claro.

—Entonces, no. Sería peligroso. Bastarán las fotos.

—Como quiera. Dé la vuelta a la manzana y espéreme detrás del hotel, en la entrada de abastecimientos. Saltaré la valla dentro de nueve minutos. En cuanto me vea, ponga el coche en marcha.

—Está bien.

—Fuera.

Se guardó la radio en el bolsillo, volvió al pasillo, se metió en el montacargas y subió hasta el primer piso. Fue a la puerta ciento doce y llamó quedamente con los nudillos.

Casi enseguida, oyó:

—¿Quién?

Acercó la boca a la juntura de la puerta y susurró:

—OCTOPUS.

La puerta se abrió inmediatamente, y el hombre cuya foto correspondía a Karl Olsen, es decir a Am112, quedó ante ella, fruncido el ceño. Estaba en bata, y su mano derecha se veía hundida en un bolsillo.

—Vaya a buscar a 119 —dijo Brigitte rápidamente—. Y dígale que lo espero aquí, vestido para salir, dentro de dos minutos.

—¿Quién es usted?

—Am222. Los voy a sacar de aquí.

—¿Sacar de aquí? ¿Por qué?

—Ni siquiera se han dado cuenta —deslizó secamente, despectivamente, la divina espía—. Están vigilados por la CIA. Am076 lo notificó a Octopus6, y éste me ha enviado para sacarlos. Rápidos… Tengo el montacargas parado en este piso. Y otra vez, cuando liquiden a un agente de la CIA en Pier 5 háganlo mejor.

Am112 estaba pálido. De pronto, salió a toda prisa al pasillo, y Brigitte lo vio llamar a la puerta 119. Se adentró más en la *suite*, mirando a todos lados… Am112 reapareció junto a ella cuando

estaba examinando el dormitorio. Brigitte señaló sus ropas.

—Tiene minuto y medio para vestirse. ¿Hay que recoger alguna cosa importante? ¡Vamos, vamos!

—No… No hay nada importante…

—¿Qué está esperando? ¡Vístase para salir a la calle! Le espero afuera, en el saloncito.

La espía salió allá y se sentó en un sillón. Am119 apareció en la *suite* cuando se estaban cumpliendo los dos minutos, empujando la puerta que Am112 había dejado entornada. Se quedó mirando fijamente a Brigitte, mientras se anudaba a toda prisa la corbata.

—¿Usted es Am222?

—Sí. ¿Está listo?

—Sí, sí…

—¿Ha dejado: algo en la *suite*? Piénselo bien.

—Estoy seguro de que no. ¿Adónde vamos?

—Divertida pregunta. Por el momento, a cualquier sitio, cuanto más lejos de este hotel mejor Luego, Octopus6 les dirá lo que proceda. —Miró su relojito y luego, impaciente, hacia la puerta del dormitorio; pero Am112 salía en aquel momento, casi sudando—. ¿Podemos marcharnos ya?

—Cuando quiera.

Los dos hombres salieron de la *suite*, a toda prisa. Brigitte volvió a mirar a su alrededor. Vio el jarrón con flores, sonrió cruelmente y cortó dos de ellas. Luego abandonó la *suite*, y segundos después entraba en el montacargas, donde los dos hombres la estaban esperando, evidentemente nerviosos.

Baby Montfort les tendió las flores.

—Pónganse una cada uno. En el ojal de la chaqueta. ¡Vamos!

Am112 y Am119 cogieron las flores maquinalmente. Mientras se las estaban poniendo en el ojal, Brigitte abrió el bolso, sacó la pistola con silenciador, y dijo:

—Cuando vean a Simón díganle que yo les envío con él. Mal viaje, cerdos.

Ninguno de los dos tuvo tiempo de reaccionar Todavía estaban con las manos en alto, poniéndose las flores en el ojal, estupefactos, abiertas las bocas de puro asombro, cuando Baby Montfort empezó apretar el gatillo de la pistola.

Cuando el montacargas se detuvo en el segundo sótano, Am112

y Am119 estaban ya, seguramente, dándole a Simón I el recado de parte de la agente Baby. Habían quedado sentados en el piso del montacargas, ambos con los ojos muy abiertos, expresando un profundo miedo final matizado por el gran asombro… La flor de Am119 había caído al suelo, pero Brigitte se la puso en el ojal. Luego sacó la pequeña cámara con los ocho disparos de *flash* incorporado, y tomó rápidamente tres fotografías.

Salió del montacargas, cerró las puertas y apretó el botón del último piso del edificio.

—Aunque no creo que lleguéis al cielo, queridos.

Recorrió el pasillo que ascendía en suave rampa hacia la parte trasera del hotel, salió, recorrió velozmente el camino destinado a la entrada de camionetas, y llegó ante la gran puerta doble de madera. La escaló con absoluta facilidad, como una agilísima pantera, y apenas asomó la cabeza por encima oyó el motor de un coche al ponerse en marcha. Saltó, corrió hacia el vehículo y se metió dentro.

—Vámonos —dijo escuetamente.

—¿Hecho? —preguntó Am117.

—Hecho y bien hecho.

* * *

Octopus6 alzó, por fin, la mirada de las fotografías y miró complacido a Brigitte.

—Buen trabajo, 222.

—Gracias. Como verá, ha sido rápido y elegante.

—¿Elegante? —Alzó él las cejas. Brigitte señaló con un dedito.

—Observe las flores… ¿No es un detalle elegante… y delicado?

—¿Se las puso usted?

—Desde luego.

—Un detalle muy femenino. Y soberbiamente… elegante —sonrió Otopus6—. ¿Le costó mucho trabajo?

—Ninguno.

—Bien… Asunto concluido. ¿Quiere tomar algo?

—Champaña. ¿Es posible?

—No hay nada imposible para OCTOPUS, recuérdelo siempre. Lleva estas fotografías a Sands, 117, que las envíe a OCTOPUS con

un informe: Am112 y Am119 Tienen que ser dados de baja en el fichero…

¿Alguna marca especial de champaña, 222?

—Dom Perignon 55…, con guinda.

Primero, Octopus6 se la quedó mirando con leve gesto de asombro y de pronto se echó a reír.

—Es usted deliciosamente exótica…

—¿Y efectiva?

—Muy efectiva. Por haberla contratado voy a recibir una calurosa felicitación de OCTOPUS. Y… Mmmm… Respecto a los veinte mil al mes, pues… Bueno, creo que OCTOPUS estará de acuerdo conmigo en que merece cobrarlos. ¿Vamos a por ese champaña Dom Perignon 55… con guinda?

—Y muy frío.

—¡Y muy frío! —volvió a reír Octopus6—. Puede pedir lo que quiera, 222… Me sentiré muy satisfecho de poder complacer a uno de los mejores agentes que hemos tenido jamás.

* * *

La llamada a la puerta sonó cuando ya el día estaba lleno de sol. Brigitte se sentó en la cama inmediatamente y consultó el relojito de pulsera que había pertenecido a Nina Fedorovna.

—Sí, pase —autorizó.

Para su sorpresa…, agradable sorpresa, no fue el mayordomo quien entró, sino el propio Octopus6, llevando una bandeja. Estaba en pijama y bata, pero se había afeitado, duchado, peinado… Un hombre en verdad varonil, atractivo…

—Me pareció que podríamos desayunar juntos, 222. ¿Bien o mal?

—¿Sólo desayunar…? —sonrió maliciosamente Brigitte.

—Sólo. No tenemos tiempo para otra cosa.

—¿No tenemos tiempo? ¿Por qué?

—Bueno… Podríamos tenerlo, pero hay cosas que no me gusta hacerlas con precipitación. Desayunaremos brevemente y luego la acompañaré al Miami International Airport.

—¿Tengo que volar?

—La están esperando en Nassau. Informé de su adquisición, su

rápida compenetración con OCTOPUS, y… quieren verla allá.

—¿Es el cuartel general?

—No exactamente.

—¿Viajaré sola?

—Sí.

—¿Y 117 y…?

—Ellos tres están ya volando hacia Nassau. Los verá allí, desde luego.

—¿Me estarán esperando?

—Ellos, no. Pero la recibirán bien. No se preocupe de nada… Ya tengo su pasaje. Sólo tiene que llegar a Nassau, y allá sabrá inmediatamente a qué atenerse.

—De acuerdo. ¿Volveremos a vernos?

Octopus6 la miró intensamente, directamente, sin intentar ocultar la auténtica sensación que le producían los encantos de la mortal espía.

—¿Por qué no? —susurró—. El mundo es un pañuelo, Nina.

Capítulo VI

El moderno *jet* llegó a Oakes Field, aeropuerto de Nassau, en la isla de New Providence, a las diez de la mañana.

Bien provista de su falsa documentación de Lily Gaynor, Brigitte Montfort no tuvo contratiempo alguno en pasar todos los sencillos y veloces trámites de admisión en el terreno colonial británico.

Y, convencida completamente de que todo estaba previsto con respecto a ella, no se preocupó en absoluto de buscar contactos. Se limitó a seguir los pasos normales del viajero recién llegado a las islas de las playas rosadas.

De este modo, siempre natural, siempre con la actitud de quien sabe perfectamente el terreno que está pisando, la espía internacional salió de las edificaciones del aeropuerto, llevando únicamente un pequeño maletín que, si bien no era rojo y estampado con florecillas azules tal como era usual en sus viajes mortíferos, contenía todo lo necesario. OCTOPUS, efectivamente, parecía una organización eficiente, capaz de proporcionar a sus agentes todo cuanto precisasen; un maletín era, en verdad, poca cosa. Y un maletín con determinados trucos era, a fin de cuentas, lo que correspondía a la agente Nina Fedorovna… Es decir, a la agente Am222 de la organización OCTOPUS.

Apenas apareció en el estacionamiento del aeropuerto, un hombre se acercó a ella. Llevaba uniforme de chófer, y se quitó la gorra con un respeto poco acostumbrado en un simple chófer. También su voz era respetuosa, suave, casi admirativa.

—¿222? —preguntó.

Brigitte se dignó mirarlo con cierta simpatía, por completo fingida, naturalmente.

—Am222 —especificó—. Pero no le conozco a usted, muchacho.

—No soy nadie, en realidad. Pero es posible que a usted le suene el nombre de OCTOPUS.

—Lo he oído alguna vez. ¿No es un simple pulpo…? El chófer sonrió ampliamente.

—Tengo instrucciones de llevarla a la quinta. Si me da la contraseña, iré a buscar su equipaje. Puede esperarme en el coche, tenga la bondad.

—De acuerdo… ¿Cuál es su nombre?

—Am201. Volveré lo más pronto posible.

Brigitte le entregó la contraseña, y el hombre fue en busca de su equipaje. Regresó apenas veinte minutos más tarde, con dos maletas. Las coloco en el portaequipajes, y pasó enseguida al volante. Brigitte lo miró a través del humo del cigarrillo que estaba fumando. Am201 era un muchacho agradable, de aspecto simpático y servicial.

—¿Tenemos que ir muy lejos? —inquirió la espía, como aburrida.

—No. La villa está en las afueras de Nassau, cerca de Ardrastra Gardens… ¿Conoce Nassau?

—Naturalmente. Sé dónde está eso… Y no me parece que sea exactamente en las afueras de Nassau.

—He querido decir que es un lugar tranquilo.

—Estupendo. Vamos allá.

* * *

Era, ciertamente, un lugar tranquilo. Al menos, aparentemente. Una villa blanca y roja, con grandes salpicaduras de verde vegetación. Las palmeras eran muy altas, y se recortaban de un modo delicioso contra el azul limpísimo del cielo.

El coche entró en los jardines.

La verja había sido abierta por otro hombre joven, agradable, cuya mirada se posó brevísimamente sobre Brigitte, la cual vio en sus ojos una aprobación que no se refería a su hermosura, sino a su personalidad. Comprendió muy pronto que su fotografía había ya cruzado el mar en dirección a Nassau, por cualquiera de los modernos procedimientos de velofoto y telefoto.

Se apeó delante de la casa. Era de una blancura rosada, de una ligereza… romántica. Parecía tener el mismo color de las arenas de las playas de Nassau, como si estuviese recibiendo todo el día los

rayos del sol poniente. El chófer del imponente automóvil sacó sus maletas, subió la escalinata, y la puerta se abrió entonces. Un mayordomo tan grave y serio como el de la quinta de Octopus6 quedó en el umbral, expectante.

—Ha llegado 222 —dijo el chófer—. La están esperando.

—Yo la guiaré. Deja las maletas en el office. Y puedes retirarte.

—De acuerdo.

Brigitte prescindió del chófer, que se dirigía con sus maletas hacia el lugar indicado por el mayordomo. Siguió a éste, mirando a todos lados del magnífico vestíbulo. Igual que en Miami Beach, en aquella casa el despacho o cubil privado de su propietario estaba en un rincón de la planta baja.

Y, también igual que allí, una vez abierta la puerta pudo ver la magnífica y confortable instalación que rodeaba al hombre que, al parecer, la estaba esperando. Lo vio al fondo del gran despacho, en pie junto al ventanal. Llevaba puesto un albornoz azul, y sus cabellos se veían húmedos todavía. En una mesita se veían los restos de un tardío desayuno: café, mermelada, mantequilla, fruta…

El hombre se adelantó, y Brigitte apenas pudo contener una exclamación de agrado. Si Octopus6, de Miami, era un hombre apuesto, este de Nassau todavía lo era más. Rubio, de hombros anchísimos, mirada dulce y gestos de aristócrata auténtico. Era tan bello que parecía casi imposible en un hombre. Su actitud, su sonrisa, sus ademanes, no podían ser más cordiales y afables.

—¿222?

—Sí.

—Bien venida. Perdone mi indumentaria, pero nunca prescindo de mis ejercicios de natación cada mañana. Opino que la forma física es esencial para la conservación de las… facultades mentales. ¿Ha tenido buen viaje?

—Es un viaje corto —sonrió Brigitte—. Y ha sido muy bueno, gracias, señor…

—Debo presentarme. Bueno… —sonrió—, creo que mi presentación podría parecerle… ambigua a algunas personas. Sin embargo, espero que a usted le bastará. Soy Octopus1.

—Me basta —sonrió Brigitte—. Nada menos que Octopus1… Eso le acerca mucho al gran jefe llamado, simplemente, Octopus.

—No, no… Octopus es único. Después, estamos los demás. En

cuanto al número que nos define, no significa, necesariamente, primacía en nuestra importancia o facultades de mando. Es sólo una denominación, para que él sepa siempre quién le llama o le informa… Imagino que ya ha desayunado.

—Lo hice en Miami Beach, con Octopus6.

—Oh, claro… ¿Cómo está él?

—Muy bien —casi rió Brigitte—. No quiero parecer provocativa, pero todos ustedes…, al menos los que yo conozco, están muy bien… Son hermosos, jóvenes, educados y agradables. Y eso me… encanta.

—Magnífico… —rió Octopus1—. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Bebida, comida, dinero, equipo, armas, ropas…?

—No necesito nada, por ahora.

—¿Ni siquiera café?

—Tomaré café —sonrió la divina espía.

Octopus1 fue hacia el gran bar de mostrador curvado que se veía en un rincón del gran despachobiblioteca y encendió el hornillo eléctrico sobre el cual se veía una cafetera de cristal…

—Tengo entendido que hizo un magnífico trabajo en Miami, 222.

—Corriente. No son los primeros hombres que elimino.

—Sin embargo, lo hizo muy bien. Tenemos noticias de que la CIA está desesperada. Por lo general, nuestra organización sale victoriosa en todos los encuentros, pero, personalmente opino que no es cosa fácil matar a dos hombres delante de las narices de la CIA. Quiero que sepa que en OCTOPUS se da a cada uno lo que merece. En este caso, su actuación ha merecido el pláceme de Octopus.

—¿Del jefe absoluto?

—Efectivamente.

—¿Cobraré los veinte mil, entonces?

—No —sonrió Octopus1.

—¿Por qué? Si mi trabajo…

—Su trabajo es bueno. Además, Am117 notificó la rapidez de su acción. Verá lo que ocurre: matar a dos o más hombres es cosa al alcance de cualquier carnicero vulgar. Pero matarlos como lo hizo usted, con ese detalle… elegante, no es corriente. Su limpieza va a ser utilizada como modelo por el Profesor.

—¿Por quién?

—Por el Profesor. Ya lo conocerá… muy pronto. Nosotros, supongo que Octopus6 se lo diría, precisamos de agentes bien entrenados. Tenemos algunos que hasta no hace mucho han estado trabajando para el espionaje y contraespionaje de su país. La mayoría son buenos. Pero no saben… matar tan fríamente, con tanta… veteranía. Lamentablemente OCTOPUS precisa de cuando en cuando agentes que sepan… eliminar por la vía rápida a determinadas personas. Cuando la cosa urge, a OCTOPUS no le importa cómo se consiga la solución. Pero, evidentemente, interesa más la elegancia que unos… procedimientos… rudimentarios. Para resumir diremos que un… o una exterminadora de su categoría está valorada en treinta mil dólares mensuales.

—Treinta mil dólares… —musitó Brigitte—. ¿Es eso lo que piensan pagarme?

—¿Por qué no? —sonrió Octopus1—. Mire, 222, las personas valen o no valen. Si valen, la cantidad no tiene importancia si la comparamos con su valía. ¿Lo entiende?

—Desde luego. Sin embargo, teniendo en cuenta la gran cantidad de agentes de que dispone OCTOPUS en todo el mundo, creo que pagar esa cantidad a uno solo resulta… muy caro.

—Si todo va bien, dentro de pocas semanas OCTOPUS estará ganando unos mil millones de dólares anuales. Con semejantes ingresos, esos pagos no representan una carga demasiado… pesada. ¿No le parece?

—¿Cómo los ganará?

—Lamento no poder informarla de eso. Para saberlo, tendría que llegar usted hasta Octopus.

—¿Hasta el verdadero y único jefe?

—Exactamente. ¿Mucho azúcar?

—Tres. Soy muy golosa.

—Pero no es una degustadora de café. Siempre sabe mejor sin un solo grano de azúcar.

—Son opiniones —sonrió Brigitte—. También hay quien piensa que la mujer debe ser áspera, díscola, rebelde… Y, en cambio, hay hombres que la prefieren sumisa, dulce, amable, cariñosa.

—¡Así es! —rió Octopus1—. Octopus6 tenía razón: usted es encantadora.

—Pero mortal.

—Magnífico. ¿Tiene la bondad de mirar hacia aquel espejo?

Brigitte se volvió, encarándose al gran espejo que había en un lado del despacho gigante. Se tocó coquetonamente los cabellos, guiñó un ojo y se volvió hacia Octopus1, sonriendo.

—Supongo que es un espejo igual al que tenía en la quinta de Octopus6… Pero esta vez estoy vestida. ¿Quién hay ahí detrás?

Octopus1 se la quedó mirando con aprobativa estupefacción.

—¿Sabía usted lo del espejo?

—¿Por quién me toman? —Se enfurruñó Brigitte—. Señor, yo no vengo de una escuela para angelitos. Mi aprendizaje fue muy duro, y tuve que pasar por cosas peores que ser observada desnuda a través de un espejo que por el otro lado es transparente. Si realmente quieren mis servicios, es tiempo de que nos dejemos de tonterías inocentes. Dígame de una vez si me quieren o no me quieren en OCTOPUS. Si me quieren, dejen ya de hacer el tonto.

Octopus1 estuvo unos segundos silencioso, mirándola con incontenible admiración.

Por fin, metió una mano al otro lado del bar, y debió de pulsar un botón porque el espejo referido quedó convertido inmediatamente en un simple cristal transparente, dejando ver al otro lado a los ya conocidos personajes Am098, Am114 y Am117, cuyas miradas estaban fijas en Brigitte.

—¿Es ella? —preguntó Octopus1.

—Sí —dijo Am117.

—Está bien. Volved a vuestro trabajo en Nassau. Es todo. Am117 alzó una mano, saludando hacia Brigitte.

—Ya nos veremos, 222.

—Seguro —sonrió dulcísimamente Baby Montfort—. Seguro que volveremos a vernos, queridos. El cristal se convirtió de nuevo en espejo. Octopus1 miró a Brigitte, de reojo.

—Espero que comprenda todas nuestras precauciones. Antes de llegar hasta Octopus hay que pasar por un finísimo tamiz. Un fallo podría echarlo todo a perder.

—Está bien. ¿Qué juego sigue ahora?

—Ninguno. Todo parece estar bien. Haremos su ficha y ya todo estará listo para su envío a la Escuela.

—¿A la escuela?

—Una escuela… especial. Pero no se preocupe. Según parece, las asignaturas que allí se explican son muy inocentes para usted. No creo que esté allá más de una semana. El Profesor la expulsará enseguida.

Y ahora, si no tiene inconveniente, tomaré su filiación. En primer lugar vamos a obtener sus huellas digitales. Las diez. Luego, me contará su vida, sus aventuras…, todo lo que ha hecho hasta ahora…

—Un momento —cortó secamente Brigitte—. Un momento, Octopus1. Yo puedo contarles cosas de mí misma, pero no esperen que les diga nada referente a la MVD. He dejado ese… empleo, y eso es todo. No voy a explicarles nada.

—Cuando un agente entra a trabajar para OCTOPUS su mente debe ser un libro abierto para la organización. En todos los sentidos.

—No en mi caso. Usted me ha considerado algo especial…, y yo sé que lo soy. No diré nada de la MVD. Sólo hablaré de mí. A fin de cuentas, la MVD, ahora, no tiene importancia.

—Relativa. Nuestro trabajo concede siempre un margen muy considerable de importancia a los trabajos de las demás organizaciones de espionaje mundiales. Temo que tendrá que decirme todo lo que sepa de la MVD. O eso…, o nada, 222.

Brigitte frunció el ceño. Por fin, inclinó la cabeza.

—Está bien… Pregunte.

—Primero tomaré sus huellas. Son para el fichero general de la base. Luego, hablaremos sobre las demás cosas.

—¿Y por último?

—Por último, nos iremos a dar un paseo en lancha.

—Oh.

—Nueva Providencia tiene lugares muy bellos —sonrió el apuesto Octopus1—. Y cosas muy interesantes de ver en sus mares. Ya se convencerá.

* * *

El mar tenía un azul tan intenso, tan puro, que resultaba poco menos que increíble; y las aguas eran de una transparencia sorprendente, dulce sugestiva. El cielo, tan azul como el mar,

apareció salpicado graciosamente por blancas gaviotas. A lo lejos se veían las playas rosadas de la isla de Nueva Providencia y de Hog Island. Pero poco a poco la lancha fue rodeando la punta este de la isla y alejándose luego hacia el sur. Llegó un momento en que sólo se veía mar alrededor de la blanca y diminuta embarcación. El azul del mar y el azul del cielo… Todo muy bonito, pero, ciertamente, ya muy monótono para los ojos de la espía internacional.

Octopus1, impecable en su atuendo de yachtman, apareció de pronto en la cubierta, con un aparato raro en las manos, y se acercó a Brigitte, mirando hacia el sur y al aparato alternativamente. Brigitte se puso en pie y echó un vistazo a aquel desconocido instrumento.

—¿Qué es?

—Llamada magnética. ¿Lo conoce?

—Claro. Es un aparato diferente, pero conozco el sistema… ¿A quién estamos llamando?

Octopus1 señaló de pronto hacia el mar.

—Ahí lo tiene. Prepárese para el transbordo.

El azul de las aguas se había roto. En la superficie, sorpresivamente, apareció el casco pintado de verde claro de un submarino. Un submarino casi de bolsillo: no tendría más de doce metros de eslora. Surgió de pronto, velozmente, y quedó quieto sobre las aguas, a unos ochenta metros de la lancha.

—¿Transbordo?

—Eso es. En definitiva, usted va a tener el privilegio que muy pocos elementos han disfrutado: ver personalmente, en breve, a nuestro jefe.

—¿A Octopus?

Octopus1 vaciló visiblemente.

—Sí… Mire, no quiero ocultar que me ha sido personalmente simpática, lo cual no está permitido en OCTOPUS. De todos modos, sólo voy a darle un consejo: cuando vea a Octopus no diga nada; no se asuste; no se asombre; ni siquiera tiene derecho a pestañear, a lanzar una ligera exclamación, a mostrar la más pequeña sorpresa… Pero, sobre todo, no le demuestre temor.

—No… no entiendo… ¿Por qué habría de tenerle temor?

—Recuerde mis palabras. Sea natural con él, demuestre que tiene iniciativa propia, discuta sus instrucciones si le parece que no

son adecuadas. Octopus siempre escucha con atención a las personas inteligentes.

—¿Y a las que no son inteligentes…?

—Tienen dos destinos: un servicio insignificante en cualquier país tropical o…

—¿O…?

—Le deseo buena suerte. E insisto: mantenga su agilidad mental alerta en todo momento No es fácil satisfacer a Octopus. Y, mucho menos, engañarlo.

—Entiendo… Dígame una cosa: ¿por qué me advierte de todo esto?

—Porque quiero tener junto a nosotros al agente asesino más efectivo que OCTOPUS ha conocido jamás. La necesitamos. Es posible que usted sea partícipe en el último plan.

—¿Cuál plan?

—El Plan Uranio. Siendo rusa todavía es más probable que sea elegida para eso.

—¿En qué consiste…?

—El submarino la está esperando. Adiós, Am222.

—¿Adiós?

—Por mi parte —sonrió amablemente Octopus1— le aseguro que preferiría que no fuese adiós, sino hasta la vista…, y que sea pronto.

—Será pronto.

—Ojalá. Ah, tengo un recado para usted…

—¿De quién?

—De 098, 114 y 117.

—Ah, sí. Los que liquidaron al agente de la CIA en Miami, el agente que yo tenía que ver… ¿Qué recado es ese?

—Una tontería… Ellos estudiaron luego detenidamente las fotos que usted tomó de 112 y 119 después de matarlos. Según parece, tienen algo que oponer.

—¿El qué?

—Pues… Bueno, parece que ellos creen que usted no los mató con la suficiente… ¿cómo diría yo?… con la suficiente… espectacularidad.

—¿Espectacularidad? ¿Están locos? La CIA estaba tras ellos. ¿Qué querían que hiciese? ¿Colgarlos de un balcón del hotel?

—No… Pero puesto que usted los mató en el ascensor, una buena idea habría sido despegar el cable de alta tensión enfundado en plástico y electrocutarlos. De este modo, habrían quedado… inidentificables. Es una muerte tan rápida como la que usted les infirió, y mucho más complicada con respecto a los posteriores trabajos de identificación de los dos cadáveres.

Brigitte se acarició pensativamente la barbilla con el delicioso hoyuelo vertical en el centro.

—Bueno… Es posible que ellos tengan razón, señor. Pero no es posible pensar siempre a gusto de todos.

—Claro… Bien, tiene que saltar ya al agua. Ahí tiene el bote hinchable y un canalete. Vaya hacia el submarino, abórdelo, y, sin preguntar nada, déjese llevar a su destino. Y si llega a participar en el Plan Uranio, su suerte estará echada.

—¿En mal o en buen sentido?

—En óptimo sentido. En óptimo sentido para todos los que componemos OCTOPUS. Buena suerte, 222.

—Gracias. Y… hasta la vista.

Fue descolgada de la lancha, por estribor. En el agua esperaba ya el bote hinchado.

Fue depositada en él, empuñó el canalete y remó con fuerza hacia el submarino casi de bolsillo. Cuando llegó había dos hombres en la cubierta, junto a la escotilla. Uno de ellos estaba mirando a su alrededor y hacia el aire con unos grandes prismáticos. El otro le tiró una escala de cuerda de nylon y la ayudó a subir.

—¿Am222?

—Sí.

—Adentro. Hemos de efectuar inmediatamente la inmersión. Estas aguas están muy vigiladas.

Descendió por el estrecho tubo con escalerillas de metal de la escotilla, en medio de los dos hombres.

La escotilla fue cerrada por el que había estado vigilando con los prismáticos, y este mismo hombre, tras depositar en el suelo el equipaje de Brigitte, movió una manivela; se oyó un corto alarido de la sirena, y en una pequeña pantalla apareció la palabra «inmersión».

Entonces el hombre se volvió, sonriendo, tendiendo la mano.

—Encantados de tenerla a bordo, 222. Soy Am176, y él es

Am185. Brigitte aceptó las manos de ambos hombres, sonriendo también.

—El placer es mío. ¿Nos estamos hundiendo?

—Sumergiendo es la palabra exacta. Así es. Venga conmigo: le mostraré su camarote, mientras 185 llama por radio a la lancha para que nos aseguren respecto a su personalidad.

La llevó por un corto pasillo, abrió una puerta y señaló al interior.

—Aquí podrá descansar tranquilamente. Cualquier cosa que precise o simplemente desee, sólo tiene que pedirla. Si pulsa el botón rojo de la cabecera de la litera, un camarero aparecerá inmediatamente… Le deseo un buen viaje.

—¿Adónde vamos?

—A la base.

—Sí, pero… ¿dónde está?

Am176 sonrió bonachonamente, igual que una persona mayor a la que un niño de cinco años le hubiese preguntado si los bebés vienen de París.

—No demasiado lejos… Ni demasiado cerca.

—¿Cuántas horas de viaje?

—Tenemos órdenes de llegar al anochecer. Por lo demás, las horas de viaje no le indicarían dónde está la base. Si más adelante merece saberlo, ya será debidamente informada.

—Está bien… ¿Usted es el comandante de a bordo?

—A sus órdenes.

—Usted es… americano.

—En efecto.

—¿Y está trabajando para OCTOPUS?

—Digamos que aprovecho un empleo en el cual puedo dedicarme a lo que mejor sé hacer. Debo advertirla de que está prohibido hablar de nosotros mismos. Y todavía más prohibido hacer preguntas.

—Pues no haré ninguna más. Hasta luego.

—Hasta luego. Voy a ordenar poner rumbo a la base.

Capítulo VII

Poco después de volver a oír la sirena, supo que los motores del pequeño submarino se habían parado. Se sentó en la litera, apagó el cigarrillo y se quedó mirando la puerta, que se abrió pocos segundos después. El comandante de la nave apareció en el umbral.

—Superficie —sonrió—. Espero que haya tenido un viaje cómodo.

—Pero muy aburrido. ¿Debo salir ya?

—Por favor. La están esperando. Oh, no se preocupe por su equipaje: lo tendrá en su alojamiento a su debido tiempo.

—¿Puedo llevar el maletín?

—A su comodidad. En realidad, todo está destinado exclusivamente a que se sienta cómoda. Salgamos.

Subieron a cubierta…, y Brigitte apenas pudo contener una exclamación de asombro. Sin embargo, su gesto era tan claro, que Am176 se permitió una sonrisita burlona.

—¿Sorprendida?

—Pues… Un poco, ciertamente.

—Esto no es nada. Espere a ver el resto de las instalaciones de OCTOPUS. Vea: la están esperando en el muelle.

El muelle estaba formado por planchas de metal. Junto al submarino se veían otros dos, idénticos. Era un muelle en miniatura, todo de metal, con los servicios necesarios para cualquier actividad normal. No obstante, esto no era sorprendente. Lo sorprendente era que no se veía el cielo encima de ellos, sino roca. Pura y simple roca. Lo cual indicaba que estaban en una cueva. Para llegar allí, sin duda, habían tenido que navegar por alguna gruta. La luz artificial la donaban grandes pantallas colocadas estratégicamente y eran de rayos infrarrojos y ultravioleta, de tal modo que todos aquellos hombres que se dedicaban a distintos quehaceres en el muelle recibían el

equivalente a la luz y calor del sol. Era talmente como si estuviesen a plena luz del día, bajo el sol. El muelle era bastante profundo, y al fondo se veían unas grandes salidas, al otro lado de las cuales se veía luz solar artificial. No había allí un solo adorno, nada que resultase superfluo; cada objeto, cada máquina, cada hombre, tenía una misión específica, un trabajo concreto. Todo estaba muy limpio, ordenado, listo para servir, para cumplir su cometido en cualquier momento. Los hombres que estaban encima de los otros dos submarinos, igual que los que se movían por el muelle, estaban vestidos con un ajustado mono negro… Brigitte miró hacia atrás, buscando inútilmente la entrada del submarino. Sólo había roca allí. Simplemente, un lago subterráneo.

En el muelle había dos hombres que destacaban de los demás, por el color de su indumentaria, de un pálido color tierra. No vestían mono, sino unos pantalones, zapatos de gruesa suela y una camisa amplia y fina; sobre el corazón, Brigitte pudo ver, cuando se acercó a ellos, el dibujo de un pulpo, grabado en una chapa metálica ovalada, de unos diez centímetros en el eje mayor.

Am176 la presentó a los dos hombres.

—Ella es Am222. Y ellos son Am019 y Am021. La llevarán a su alojamiento. Hasta la vista, 222.

—Adiós.

Brigitte había aceptado las manos de Am019 y Am021. Eran dos hombres de unos treinta y cinco años, altos, atléticos, varoniles, muy agradables, bien afeitados, pulcros, con un sano aspecto juvenil y deportivo.

—¿Ha tenido buen viaje? —se interesó 019.

—Muy bueno, gracias. Pero, como ya le he dicho a 176, ha resultado un poco aburrido.

—Ya ha dejado de aburrirse. Si le parece bien, la llevaremos a su alojamiento. Dispone de diez horas para descansar, antes de empezar las clases con el Profesor. Por aquí, por favor.

Abandonaron el pequeño muelle. Cuando atravesaron aquellas grandes aberturas de salida, Brigitte vio un gran espacio limpio de todo instrumento. Solamente había dos hombres, ataviados con monos negros y pistola al cinto, que paseaban lentamente de un lado a otro. Al fondo de aquella explanada de piedra se veían las ramificaciones de varios túneles. Cuando se acercaron a ellos

Brigitte vio que cada uno tenía la indicación respecto al lugar adonde llevaban: PiscinaGimnasio, Aposentos, Oficinas, Sala de Control Mecánico, Residencia Jefes de Grupo, Octopus…

—¿Este pasadizo lleva adónde está Octopus?

—Sí. En realidad, al final de los túneles se llega a otra explanada desde cualquier punto de la cual se ven todas las edificaciones. Pero los pasillos están para quien quiera llegar directamente a su objetivo, partiendo del muelle. Eso, aparte de que los distintos materiales y abastecimientos que llegan en los submarinos son transportados a su destino directamente por el pasillo correspondiente. De este modo todo se simplifica, se ordena…, y se evitan aglomeraciones o molestias en los pasillos.

—Entiendo.

Un hombre de los ataviados con mono negro pasó junto a ellos, en silencio, llevando el equipaje de Brigitte. Pronto los adelantó, desapareciendo al otro lado del corto túnel profusamente iluminado.

—Todo ha sido excavado en la roca. Claro es que sólo hubo que perfeccionar las grutas naturales que fueron encontradas; de lo contrario, es una labor que habría requerido más de un año de trabajo para dejar bien montadas todas las instalaciones. En los techos hay grietas u orificios bien ocultos, pero que permiten la entrada abundante de aire. No falta nunca luz, que, como habrá notado ya, es solar artificial. Periódicamente los hombres destinados en la base salen y pasan un par de meses en otros destinos, de modo que la conservación física es perfecta en todo momento. Tenemos todos los servicios necesarios, incluso actividades recreativas o deportivas. El lugar es lo bastante grande para permitir la convivencia desahogada de más de cien personas. Unas de ellas son fijas, prestan su servicio en la base, como son los marinos, los oficinistas, los radios… Otros están aquí temporalmente, hasta que el Profesor da por terminada su instrucción. Y, finalmente, hay el personal volante, que realiza misiones de enlace y desplazamientos de agentes…

—¿Hay muchos agentes instruyéndose en estos momentos?

—Unos cincuenta. Llegan aquí por turnos y realizan unos cursillos intensivos. Usted ha llegado a mitad de uno de esos cursillos.

—Eso quiere decir que seré la última de la clase, ¿no? —sonrió Brigitte. Am019 y Am021 sonrieron también.

—Se ha supuesto que usted va a ponerse pronto a la altura de sus… condiscípulos. De otro modo no habría sido traída aquí hasta el inicio del próximo cursillo. El Profesor es muy metódico… y muy severo. Le gusta la puntualidad y la exactitud, aborrece los fallos, la desidia, la pereza… Casi diariamente, recorre los aposentos de los discípulos mientras éstos realizan la clase de gimnasia… Un fallo en el orden o método del dormitorio significa una multa de quinientos dólares. Todo debe estar en su sitio, listo para ser utilizado… Pero todo esto ya lo irá sabiendo por sí misma… ¿Qué le parece esto?

Habían llegado al final del pasillo, y de nuevo tuvo Brigitte motivos para sorprenderse. Estaban en el borde de una explanada enorme, con techo de roca, del cual pendían grandes pantallas de luz solar artificial. Lo que vio era, simplemente, como un pequeño núcleo de casas, distribuidas ampliamente. A la izquierda, muy cerca de la salida del pasillo que ella había recorrido, se veía una construcción plana, con muchas ventanas, algunas de las cuales estaban cerradas; en otras se veían hombres o mujeres, fumando o leyendo a la luz solar, sentados en el alféizar.

—Son los aposentos —señaló 019—. Cuando finaliza la jornada de instrucción los discípulos pueden disponer de su tiempo como se les antoje. Ahora debe de haber bastantes en la piscina o en el club… El club está junto a los aposentos. Puede pedir allí lo que quiera: desde vodka hasta sherry. Sin embargo, debe recordar en todo momento que la embriaguez está severísimamente castigada. No por ella en sí, sino por la falta de control que demuestra un agente que se embriaga… ¿Lo entiende?

—Desde luego.

Llegaron a la entrada de los aposentos, y 021 señaló todo lo demás.

—Ya irá conociendo las distintas dependencias. Tiene acceso libre a todas, excepto a tres —las fue señalando—, que son: Oficinas, Sala de Radio y Octopus. Por lo demás, puede ir a donde le plazca y hacer lo que quiera.

Brigitte estaba mirando hacia aquella construcción pequeña, aislada. Era una casita baja, de formas rectas, colocada de tal modo que desde las ventanas se podía ver el resto de las instalaciones y

edificaciones.

—¿Allí reside Octopus?

—Sí. Pero ya le he dicho…

—No pienso acercarme a él a menos que se me autorice.

—Perfecto. Su dormitorio es el A5. Tiene de todo ahí dentro, pero si quiere comer algo será mejor que vaya al comedor. En cualquier momento puede presentarse allí y pedir lo que desee. Mañana su jefe de grupo le facilitará todo cuanto precise. Y siempre deberá recurrir a él para la solución de cualquier… dificultad o apuro.

—Entiendo. ¿Qué hacemos ahora?

—Nada, Usted puede hacer lo que quiera. La dejamos sola.

Se despidieron de ella con un gesto y se alejaron. Brigitte estuvo un par de minutos todavía en la entrada a los aposentos, mirando todo cuanto tenía ante ella. De pronto, comprendió qué era lo que le producía aquella extraña sensación de vacío, casi de frío. Todo era estrictamente funcional allí. No había aves, ni viento, ni vegetación… Solamente las edificaciones y las calles de piso de roca, las paredes blancas de las construcciones simplísimas. Ni una flor, ni un pájaro, ni un perro, ni un árbol… Tampoco se veía ninguna persona por aquellas calles amplias y ásperas.

Dio de pronto media vuelta y entró en los aposentos. Enseguida empezó a oír música, risas… Y enseguida también vio que los distintos dormitorios no tenían puertas, sino simplemente el marco, la entrada. Fue pasando por delante de algunos, buscando la inscripción A5. En un dormitorio vio a algunos hombres jugando a los naipes, fumando, bebiendo. En otro, tres mujeres, viendo televisión; en otro, tres parejas, bailando al son de un *twist*, riendo. Algunas habitaciones estaban vacías. Otras mostraban a su ocupante sentado en el alféizar de la ventana, o tumbados leyendo en un sillón…

Nadie le hizo ningún caso. En realidad, la mayoría ni siquiera la vieron pasar. Por fin, llegó a su dormitorio, entró y se quedó mirando su equipaje, colocado junto a la cama. También tenía un armario, un par de sillones, un televisor, radio, frigorífico, una pequeña librería, una mesaescritorio…

Se asomó a la ventana, atónita la expresión. ¿Estaba soñando? No. Claro que no. Todo aquello era real. En algún lugar del mundo

aquello existía, y ella había llegado allí, como otras mujeres y hombres…

¿Dónde estaba semejante lugar? ¿Qué era, exactamente, la organización OCTOPUS? O, más concretamente aún: ¿qué se proponía OCTOPUS? ¿Qué era el Plan Uranio? ¿Cómo era posible que se hubiese podido montar aquella gigantesca máquina de espionaje, y de dónde habían salido los muchos millones de dólares que habían sido necesarios para construir aquel refugio, adquirir los submarinos, los generadores eléctricos, los edificios…?

—Hola… ¿Qué tal?

Se volvió velozmente, sobresaltada por aquella brusca intromisión en sus pensamientos. Se quedó mirando al hombre, que se apoyaba indolentemente en el marco de la entrada, sonriendo con simpatía. Era joven, apuesto, varonil…

—Muy bien —sonrió Baby Montfort—. ¿Y usted?

—Pues también muy bien. ¿Eres nueva?

—Sí.

—Entonces, eres Am222. ¿Acierto?

—Sí. Pero no me parece que seas muy listo por ello. Si el último en llegar fue Am221 yo tengo que ser Am222. ¿No?

—No, no… Resulta que aquí hay discípulos que serán enviados a distintos destinos, no sólo los que serán enviados a América. Por tanto, podías haber sido E226, As215, Af085, O072… Pero yo he sabido que eras Am222. Eso es ser listo, creo yo.

—¿Por qué has supuesto que yo iba a ser destinada a América, y que por tanto tenía que ser Am222?

—Porque tienes todo el tipo de una chica americana. Una estupendísima chica americana. ¿Eres americana?

—No se permiten preguntas —sonrió Brigitte—. ¿Ignorabas esto?

—No lo ignoraba…, pero he querido probar. Yo soy E223.

—¿Inglés?

—No se permiten preguntas —rió E223—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No creo. Todo lo que necesito es descansar un poco… ¿A qué hora tenemos que levantarnos?

—Muy temprano. Pero ya sabrás la hora, no te preocupes. Cuando llegue el momento oirás un zumbido intermitente aquí

dentro. Entonces dispones de treinta minutos exactamente para componerte. Luego hay que ir al gimnasio. Después, van llegando las demás cosas que tienes que hacer durante todo un largo día… que no tiene fin. ¿Qué opinas de esto?

—¿De qué?

—De estar siempre en pleno día, en pleno sol.

Brigitte miró hacia afuera por la ventana. Efectivamente la impresión era ésa.

—Me siento un poquito esquimal —rió—. Me haré la cuenta de que dispongo de un día de seis meses. Lástima que va a resultar muy incómodo para dormir.

—A todo se acostumbra uno, ya lo verás.

—¿No se apagan nunca estas luces?

—Supongo que una orden de Octopus dirigida a la Sala de Control Mecánico sería suficiente. Pero ¿por qué hacerlo? ¿No te parece que el sol es maravilloso?

—Sí… Lo es. Pero también lo es la luna.

E223 se echó a reír alegremente.

—¡Es cierto! ¡También la luna es maravillosa! ¿Quieres beber algo?

—Ahora no.

—¿Bailar, quizás?

—No.

—¿Vamos a nadar a la piscina?

—Lo siento, E223. Todo lo que quiero ahora es descansar un poco y salir de mi asombro. Ya nos veremos mañana.

—Bien… Sí, claro que nos veremos mañana… Sólo pretendía ser amable contigo.

—¿Por qué?

—Es algo que te enseñarán aquí. Todos estamos peleando por la misma causa…

—¿Qué causa? —cortó rápidamente Brigitte.

—OCTOPUS, naturalmente. Quiero decir que todos estamos en el mismo bando. En cualquier momento, tú quizá tengas que viajar a Europa, y entonces es posible que me necesites; a mí o a otro agente de allí… En todo momento, los agentes de OCTOPUS deben mostrarse unidos…

En aquel momento, una voz brotó de un rincón del dormitorio:

—Am222: preséntese inmediatamente en Oficinas.

Brigitte miró hacia allí, vio el diminuto altavoz y luego miró a E223, que sonreía irónicamente.

—¿No te habías dado cuenta del altavoz?

—No me había dedicado todavía a examinar mi cuarto.

—Entiendo… También hay un micrófono. No lo encontrarás, desde luego. Todas las conversaciones son grabadas. Luego, cada día se estudian y se comentan por dos técnicos, dos… expertos en idiomas y sistemas de claves. Lo que no sirve, que suele ser la mayor parte de lo grabado, se tira. Lo que quizá pueda tener interés en otro momento, se archiva. ¿No te parece interesante?

—Mucho. ¿Están grabando nuestra conversación en este momento?

—Desde luego.

—Entonces, quizá te llamen la atención por haberme preguntado si yo era americana.

—O te la llamarán a ti por haberme preguntado si yo soy inglés. Pero no ocurrirá eso —sonrió el hombre—. Existe la tolerancia en OCTOPUS. La justa, naturalmente. Y… puesto que te han llamado, te aconsejo que te des prisa en llegar a Oficinas. ¿Conoces el camino?

—No. Pero las encontraré.

—Llegarás antes si yo te llevo directamente allá. En marcha, Am222.

Salieron del dormitorio, y luego de los aposentos. E223 la llevó directamente a las oficinas, un edificio más bien pequeño, de forma idéntica a los otros. E223 señaló la solidísima puerta de la entrada.

—Empújala, simplemente: te están esperando. Ya nos veremos.

—Desde luego.

Brigitte empujó la puerta y entró. Había un pequeño recinto, cuadrado, pintado de blanco, sin más mobiliario que el que podía significar dos bancos adosados a las paredes de izquierda a derecha. Al frente había otra puerta.

También la abrió, entró… y se encontró en otro cuarto, más grande, ocupado por cuatro hombres y algunas máquinas. Los cuatro hombres estaban sentados tras un mostrador, cada uno ante un tablero de mandos; a su izquierda, una gran máquina electrónica IBM. A la derecha, un mueble metálico, que podía ser un fichero

corriente. Junto a este mueble, otro tablero, en el cual se veían máquinas de escribir y otros objetos clásicos de oficina…

—Adelante, Am222. Tiene que escuchar su ficha, de acuerdo a los datos que usted ha ido proporcionándonos. Cuando termine la grabación dirá si todo está conforme. Si durante la audición oye algo que no sea exacto levante una mano y corregiremos el fallo. ¿Entendido?

—Sí.

—Siéntese, por favor. ¿Está dispuesta?

—Sí.

El hombre que había hablado apretó un botón, y una voz masculina, de magnífica modulación, empezó a recitar la ficha del agente Am222, en ruso:

> «Nina Fedorovna Sakian, nacida en Kalinin, Rusia, el día ocho de agosto de mil novecientos cuarenta y uno. Padre: Fedor. Madre: Marya. Cabellos negros, ojos…».

Durante quince minutos Brigitte Baby Montfort estuvo oyendo la más perfecta y completa biografía que había escuchado jamás. Se preguntó qué habría ocurrido si *Mr*. Cavanagh no le hubiese proporcionado todos aquellos datos de la auténtica espía de la MVD, por escrito, o si ella no los hubiese estudiado a fondo durante el vuelo desde Washington a Miami. Pero lo había hecho, y todos los detalles que Octopus6 le había pedido había podido proporcionarlos. De ese modo, OCTOPUS contaba con una completísima ficha de Nina Fedorovna Sakian…, de la cual sólo faltaba la fotografía. Por el momento, todo estaba siendo considerado auténtico. Y así seguiría hasta que, pocos días más adelante, el hombre que en Rusia trabajaba para OCTOPUS quizá consiguiese la fotografía de la auténtica Nina Fedorovna. Entonces, si Brigitte continuaba en la base, su suerte estaba echada. Pero faltaban cuatro días para eso. Cuatro días para que el hombre introducido en la MVD rusa pudiese tener ese difícil acceso al fichero. Y Baby Montfort no estaba dispuesta a dejar pasar en vano esos cuatro días.

> «… base, adonde ha llegado hoy, fecha

mencionada, y ha sido alojada en Aposentos, dormitorio *A5. Final de informe*».

El hombre la miró amablemente.

—No ha interrumpido la grabación ni una sola vez, Am222. ¿Significa eso que está conforme con todo?

—Así es.

—Muy bien.

El hombre abrió la carpeta que tenía ante sí. Estuvo un par de minutos examinando las fotografías que se habían tomado de Brigitte, sus huellas dactilares, los informes escritos… Por fin cogió una ficha de papel de plástico, fue a una máquina, la colocó y empezó a teclear. No escribió nada en ella, sino que la ficha empezó a llenarse de diminutas perforaciones rectangulares. Luego, el hombre se levantó, fue a la gran máquina electrónica e introdujo la ficha por una ranura. Apretó un botón, la máquina funcionó apenas un segundo y volvió a quedar silenciosa. Entonces el hombre amontonó todos los papeles que había contenido la carpeta sobre una plancha metálica, a excepción de las huellas digitales y la fotografía, prendió fuego a aquellos papeles, y mientras ardían colocó la carpeta con la fotografía de Brigitte y sus huellas dactilares en una gaveta del fichero metálico. En la tapa de la carpeta constaba simplemente el nombre Am222.

Brigitte no hizo comentario alguno, pero había comprendido ya el sistema modernísimo, simple, eficacísimo y rapidísimo. La máquina electrónica absorbía los datos, los almacenaba. Y allí quedaban, invisibles, intangibles. Para hacer desaparecer todo el fabuloso mundo de informaciones que aquella máquina guardaba bastaba sacar las cintas de grabación interiores y destruirlas. En cambio, para obtener cualquier dato sobre uno de los agentes allí dentro clasificados, o cualquier otra clase de información que la máquina hubiese recibido, bastaba solicitarla mediante el adecuado empleo de los mandos. Entonces, en un segundo, por otra ranura salía ya escrita toda la información solicitada. En el caso de querer la ficha de un agente bastaba introducir la ficha de plástico perforada…, y un segundo después aparecía el informe completo, ya escrito. Y cada carpeta contenía, además del nombre del agente de OCTOPUS, su fotografía y sus huellas digitales, la tal ficha de plástico. Eso quería decir que en un cuarto de hora la máquina

podía proporcionar informes escritos completos y exactos de los ochocientos y pico de agentes que Brigitte había calculado estaban a las órdenes de OCTOPUS en todo el mundo. Todo era de tal magnitud allí que tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrarse impresionada.

Otro de los cuatro hombres se levantó, apretó un resorte, y un objetivo de televisión brotó de la pared. Una luz roja se encendió en la punta.

Entonces, aquel hombre dijo:

—Ficha definitiva en cerebro electrónico. Ella va para allí ahora.

La luz roja del objetivo de televisión se apagó. El hombre lo escondió de nuevo y se volvió hacia Brigitte.

—La están esperando. Puede marcharse.

Brigitte no preguntó nada.

Dio media vuelta, salió de aquel cuarto… y se encontró frente a dos hombres ataviados con monos negros, que la estaban esperando en la antesala. Uno de ellos se acercó a la espía y le palpó velozmente todo el cuerpo.

—No está permitido llevar armas delante de Octopus —aclaró el otro—. Ahora venga con nosotros, por favor. Él la está esperando.

—¿El propio Octopus?

—Sí.

Salieron de las oficinas, y los dos hombres la llevaron directamente hacia el edificio aislado. Cruzaron la explanada, llegaron ante la puerta, y uno de ellos oprimió un botón. La puerta se abrió inmediatamente y el hombre señaló hacia dentro.

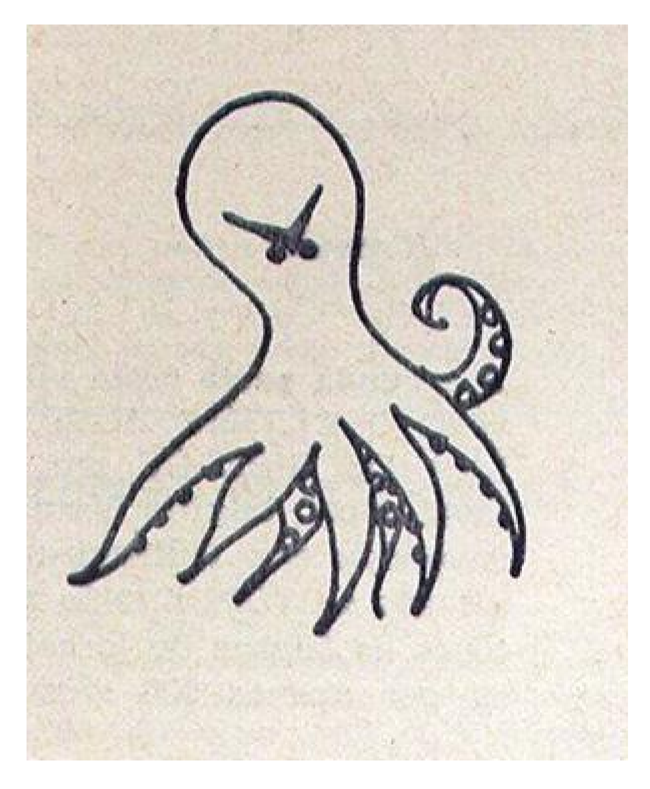
—Pase.

Baby obedeció.

Uno de los hombres cerró la puerta y ella quedó sola allí dentro. El sol artificial quedaba tamizado allí por bonitas persianas graduables. El mobiliario era simplísimo, pero cómodo, confortable. Tuvo que atravesar el pequeño vestíbulo. Llegó a un salón espacioso, de grandes ventanales con persianas graduables de tono azul pálido. Había almohadones por el suelo, divanes, una gran mesa ovalada, una enorme pantalla de televisión, una gran biblioteca, tocadiscos… Ni un solo cuadro en las paredes ni el menor adorno superfluo en ningún sitio.

Y al fondo una gran silla, de alto respaldo, de madera fina.

En el extremo superior del alto respaldo, en rojo, se veía grabada la silueta de un pulpo que parecía fruncir hoscamente el ceño, como disgustado. Resultaba un dibujo un tanto ingenuo, pero expresivo…



Estaba mirándolo cuando una puerta lateral se abrió, un hombre entró en aquella estancia, y, sin mirar ni una sola vez a Brigitte, se dirigió al trono de madera, se sentó, y entonces la miró.

Brigitte estuvo a punto de dar un paso atrás, porque aquél, sin duda, era el hombre más impresionante que había visto jamás.

Ante ella, por fin, estaba Octopus.

Capítulo VIII

Sí. Allí, ante ella, tenía por fin a Octopus.

El gran Octopus, el hombre que dirigía toda la organización dedicada al espionaje internacional, el hombre que, sin duda, había ideado aquel desconocido Plan Uranio.

Impresionante.

Sí, era en verdad impresionante.

Debía de medir no menos de dos metros, sus hombros eran anchísimos, sus piernas muy largas, sus ojos estrechos, plenos de negrura profunda. Sus cabellos eran tan largos que caían holgadamente sobre sus amplios hombros. La barba era espesa, negrísima. Toda su torva faz morena, oscura, era un revoltijo de largos pelos negros, hirsutos; como las cejas espesísimas, negras, con algunos largos pelos muy tiesos, confiriendo al rostro una expresión cruel, diabólica, fría, casi demoníaca. Impresionante por su gigantesca estatura, sus hombros anchos, el negro y frío brillo de sus ojos, los largos cabellos, la tupida barba, su siniestro mirar como ardiente e hipnótico, las caídas guías del gran bigote frondoso. Era… una maraña de oscuros y largos cabellos en cuyo centro destacaban dos negras rendijas brillantes y el tajo cruel de una boca pétrea, crispada, feroz.

Una visión capaz de estremecer a cualquiera.

Llevaba un mono de color amarillo, como un mecánico cualquiera a excepción del color. En el centro del pecho lleva bordado el dibujo del pulpo que daba nombre a la organización, en color rojo carmesí, brillante, casi cegador. Un pulpo de no menos de veinte centímetros de altura, fruncido el ceño en aquel dibujo de trazo casi infantil, pero tan expresivo… Y estaba aquel detalle de la mano izquierda, cubierta por un guante de color amarillo, del mismo tono que el mono. Una mano izquierda que permaneció inmóvil en todo momento, mientras la negra mirada examinaba

fríamente a la nueva agente de OCTOPUS, a Am222.

—¿Impresionada, 222 de América?

Una voz profunda, algo ronca, hablando en ruso, con un raro acento que Brigitte no pudo identificar. Una voz que parecía adherirse a los tímpanos, como algo obsesivo, pegajoso, peligroso.

—Así es, Octopus. Me siento impresionada.

—¿Por qué motivo?

—Creo que por… su personalidad física.

Las espesas cejas se fruncieron con desagrado.

—¿Qué hay de malo en mi personalidad física?

—Nada. Más bien diría que hay mucho de bueno.

—¿Me considera hermoso?

Brigitte alzó las cejas, permaneció pensativa unos segundos, y al fin sonrió y movió la cabeza.

—No.

—¿Horrible, entonces? —Se crispó la voz de Octopus.

—Ni una cosa ni otra. No es usted hermoso, Octopus. Tampoco me parece ver nada de horrible en usted. Es… impresionante…, quizás un tanto sobrecogedor. Eso es todo.

—¿Y eso es bueno?

—Desde mi punto de vista, sí. Considero que no hay nada peor que un hombre sin… personalidad. Usted la tiene. Eso, para mí, es más que bueno.

—¿Está intentando adularme?

—No. Estoy convencida de que nada ganaría con ello. Por otra parte, creo que todo cuanto pueda conseguir con adulaciones puedo conseguirlo igualmente con mi eficacia profesional. Usted es de esos hombres que prefieren pocas palabras y muchos hechos, muchas realidades. No creo que esté dispuesto a pagarme treinta mil dólares mensuales sólo para que le diga estupideces.

Octopus permanecía erguido en aquella especie de trono, como clavado allí. Su mano izquierda enguantada en amarillo no se movió, pero la derecha señaló hacia un lado de la saladespacho.

—Sírvame un kirsh. Sin hielo.

—No.

—¿Acaso no sabe distinguir un bar?

—Sé dónde está el bar. Pero no soy su… camarera. Si quiere que le sirva algo, tendrá que invitarme primero. Luego, yo puedo

preguntarle, sonriendo, si a usted también le apetece algo… Entonces, beberemos los dos.

Una extraña sonrisa, quizás un raro viento, pareció mover la espesa barba de Octopus.

—¿Quiere beber algo, Am222?

—Champaña. Muy frío.

—¿Con guinda?

Brigitte notó un intenso escalofrío en todo el cuerpo.

—Sí… Con guinda.

—Octopus6 me informó de esa infantil extravagancia. Entonces, me aseguré de que tendríamos guindas para sus caprichos. Están en el refrigerador, con el champaña. Encontrará el kirsh en el bar, naturalmente. ¿Cuántos hombres ha matado, en total?

Brigitte, que se dirigía hacia el bar, se volvió lentamente y obsequió a Octopus con una leve sonrisa.

—Cien. Quizá doscientos. Quizá mil… Temo que he perdido la cuenta. ¿Soda?

—No. Kirsh simple y puro. Y… no creo que haya matado a mil hombres.

—Hay que contar también las mujeres. Hay que contar por personas muertas, simplemente.

—¿Ha matado mujeres?

—Alguna.

Brigitte se sirvió una copa de champaña frío y echó una guinda. Luego, sirvió la bebida que Octopus había pedido y se acercó a éste con las dos copas en las manos. Tendió la de kirsh, y contuvo una fría sonrisa cuando la mano derecha del impresionante personaje se adelantó, mientras la izquierda permanecía completamente inmóvil, sobre el brazo del incómodo trono. Y, al mismo tiempo, comprobaba con toda seguridad que el ojo derecho era de cristal.

Bien… Octopus, de momento, era un hombre al que le faltaba la mano izquierda y el ojo derecho…

—¿Qué opina de la muerte, 222?

—¿De la muerte? Nada. Digamos que es un simple suceso al cual todos estamos expuestos.

—¿Todos? Supongo que se refiere a quienes nos dedicamos a unas actividades arriesgadas.

—Me refiero a todos. Morir no es nada, puesto que nadie se da

cuenta de que ha muerto. Es el final de un camino más o menos agradable. Sólo que ese camino no lleva a ninguna parte, y nadie sabe que lo está recorriendo, del mismo modo que ignora que ha dejado de recorrer el camino de la vida. Es simple. Casi aburrido, diría yo.

Octopus bebió un sorbito de kirsh.

—Entiendo que no le da mucha importancia a la muerte.

—Y, por tanto, a la vida. Así es, Octopus. Bueno…, ¿debo llamarlo de alguna manera especial?

—No. Todos tienen que llamarme Octopus, simplemente. ¿Ha estado en Nueva York alguna vez? Brigitte estuvo a punto de sonreír. En un segundo, recordó su lujoso apartamento de la Quinta Avenida, con piscina en la terraza; su simpática y bonita doncella Peggy; su trabajo en el Morning News, y sus amigos de allá, empezando por el director Miky Grogan y acabando por Frank Minello, el alocado jefe de la Sección Deportiva. Recordó a tío Charlie, el jefe del Sector New York de la CIA, cuya base de operaciones estaba en una floristería sita en la calle Cuarenta y dos; a Simón, el ayudante de Pitzer, siempre en conexión con ella por medio de la radio de línea directa que Brigitte tenía escondida dentro del gran armario de su dormitorio…

—Conozco bien esa ciudad —dijo, simplemente.

—¿Bien… o muy bien?

—La conozco perfectamente. ¿Por qué?

—¿Ha oído algo referente al Plan Uranio?

—Sólo el nombre. ¿En qué consiste ese plan?

Octopus sonrió, y Brigitte vio sus blanquísimos dientes perfectos.

—Es un poco complicado para explicarlo ahora, de buenas a primeras. El Plan Uranio está… congelado, actualmente.

—¿Motivos?

—Simples. Preciso de un… director de acción. Tengo en la base diez buenos agentes que están esperando a su jefe.

—¿Esos agentes han de llevar a cabo el Plan Uranio?

—Sí.

—¿Y no tienen jefe?

—Parece una tontería, ¿no es cierto? Pero no lo es. ¿Se le ha notificado ya que su sueldo mensual será de treinta mil dólares?

—Algo se me ha… sugerido. Y creo entender que es un sueldo

poco corriente en OCTOPUS.

—Cierto. Por lo general tenemos buenos agentes de acción. De cada cien que ingresan en la Escuela, el Profesor consigue que diez de ellos consigan, a su vez, sacar a flote sus… cualidades. De ese diez por ciento se selecciona luego un reducido número de auténticos agentes de acción. De éstos, si es posible, se obtiene un jefe de grupo de acción. Pero, desdichadamente, los jefes con auténtica capacidad escasean mucho. Un buen agente puede hacer maravillas… si está bien dirigido. Y fracasar rotundamente si la dirección es mala. Por tanto, llegamos a la conclusión de que lo que precisamos, en principio, son dos cosas. Una: buenos agentes de acción. Dos: jefe apto, para dirigir a esos agentes de acción. Hoy día tengo a diez magníficos agentes, especialmente entrenados, esperando el momento en que consigamos un jefe digno de ellos para llevar a cabo el Plan Uranio. Bien entendido que ése, en definitiva, es el plan que proporcionará a OCTOPUS todas las ventajas que estamos esperando hace meses.

—¿La que producirá mil millones de dólares al año?

—Exactamente.

—Sólo que… falta ese hombre capaz de dirigir a los otros diez de modo infalible hacia su objetivo.

—O esa mujer. La inteligencia es algo… curioso, que está repartida arbitrariamente. Esos diez agentes, por ejemplo, son capaces de cualquier cosa, y, sin embargo, no me atrevo a confiar a ninguno de ellos la dirección de la ejecución del Plan Uranio. Para dirigir ese plan preciso de una mente… imaginativa, vivaz. Y en mi opinión el detalle de las flores en los ojales de las chaquetas de Am112 y Am119 revela, por lo menos, un poco de… imaginación. Incluso humor. Otra de mis opiniones es que las personas de buen humor son, por lo general, bastante inteligentes. El humor es algo sutil… No es lo mismo reír viendo cómo unas cuantas personas hacen el ridículo al tropezar y caer, que reír de labios adentro por algo que nadie puede ver…, excepto la persona con buen humor.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, una mujer que es capaz de mirarse a un espejo y bostezar con gesto de aburrimiento aun sabiendo que al otro lado hay unos hombres que la están vigilando.

—Según parece, usted recibe al segundo las últimas noticias,

Octopus.

—Naturalmente.

—¿Me considera una persona… bienhumorada?

—Mucho. Además, creo que es inteligente. Y por último, su modo de actuar es altamente satisfactorio. Cuando algo se ha de hacer, se hace, del modo más rápido y limpio. Usted lo hizo, en Miami.

—No me diga que está viendo en mí al jefe de ese grupo que ha de realizar el Plan Uranio.

—La elección no es sencilla, porque en ese plan OCTOPUS se lo jugará todo. Tenía un hombre seleccionado, y lo estaba estudiando. De pronto, ha surgido usted. Veremos qué tal se porta durante unos días. Sólo me resta decirle que el jefe que dirija la operación, o sea, el Plan Uranio, cobrará inmediatamente y en efectivo medio millón de dólares. Es una prima especial establecida para este caso concreto.

—Medio millón de dólares… —musitó Brigitte—. ¿Qué hay que hacer para conseguir ese puesto?

—Poca cosa: ser el mejor, demostrar una inteligencia más rápida que la de los demás, ser vivaz, tener cientos de recursos, no tener la menor piedad por nada ni por nadie, saber utilizar un equipo de hombrerana, saber utilizar una radio en cualquier circunstancia, estar capacitado para recorrer dos mil kilómetros por sus propios medios, aunque sea perseguido por diez mil policías, manejar en caso necesario un avión o un helicóptero, saber orientarse en cualquier momento o circunstancia, conocer los mecanismos de explosión nuclear, y, sobre todo, ser capaz de tomarse un par de cápsulas apenas se vislumbre el menor vestigio de peligro. Pero, por encima de todo esto, la persona que yo estoy esperando ha de ser capaz de cumplir ese Plan Uranio y volver, sin más complicaciones ni contratiempos.

—Bueno —sonrió Brigitte—. Según parece medio millón de dólares no se gana tan fácilmente.

—Pero se puede ganar. ¿Cree ser capaz de conseguirlo?

—Si es humanamente posible, yo puedo conseguirlo.

—¿Está segura?

—Sin duda alguna.

—Le hice esa misma pregunta a diez hombres fuera de serie. Los

diez mostraron unas razonables dudas acerca de la feliz consecución de ese plan.

—Quizá les faltaba confianza en sí mismos.

Octopus estuvo mirándola atentamente durante más de un minuto, mientras Brigitte se dedicaba a beber cortos sorbitos del helado champaña y miraba a su alrededor. Notaba fijo en ella el único ojo de Octopus, y estaba convencida de que el otro ojo, el de cristal, estaba realizando esfuerzos por adentrarse también en sus pensamientos… Cosa que, por supuesto, ni siquiera el ojo auténtico podía conseguir.

De pronto, Octopus se puso en pie y se acercó a Brigitte, empequeñeciéndola con su gigantesca estatura. Con la barbilla señaló hacia la gran pantalla de televisión, y la divina espía comprendió que debía acercarse allí. Octopus dejó la copa de kirsh sobre el gran aparato y dirigió la mano derecha hacia un tablero de mandos en el cual se veían no menos de doscientos botones, todos ellos rojos.

Apretó uno, y la pantalla se iluminó al instante, mostrando una gran sala superconfortable, en la cual Brigitte contó rápidamente la presencia de diez hombres; algunos de ellos leían, cómodamente sentados; otros estaban tumbados en sus literas; otros charlaban sosegadamente… Todos ellos llevaban un mono de color tierra, y del primero al último su aspecto no podía ser más imponentemente varonil y agradable.

—¿Son ellos? —musitó Brigitte.

—Sí. ¿Qué le parecen?

—Son muy hermosos.

—¿Le parecen inteligentes?

—Lo parecen. Pero una frente despejada y un aspecto hermoso no significa gran cosa. He conocido hombres hermosos que tenían una piedra en lugar de sesos.

—Éstos no —sonrió Octopus, mostrando de nuevo sus dientes excepcionalmente blancos—. Son hermosos y también inteligentes. Tan inteligentes que no vacilarían en obedecer a una mujer si estuviesen convencidos de que ella estaba capacitada para comandarlos. Olvidé decirle que si bien el jefe activo del Plan Uranio cobrará quinientos mil dólares, los otros componentes cobrarán cien mil cada uno. Yo confío en la inteligencia de esos

hombres precisamente porque prefieren cobrar cien mil dólares obedeciendo órdenes, que arriesgarlo todo… y perderlo sólo por la perspectiva de cobrar quinientos mil.

—Bien… Yo diría que esos hombres… me están esperando a mí. ¿Usted qué cree?

—Creo que una buena respuesta sólo pueden dársela ellos.

Brigitte parpadeó. Luego, sonriendo, se quedó mirando fijamente el ojo auténtico de Octopus.

—Ésa es una respuesta seca, pero precisa y justa. ¿Cuándo podré hablar con esos hombres?

—¿Está cansada?

—Sí. Pero sé sobreponerme, cuando es necesario. ¿Podemos verlos ahora mismo?

—Me gusta su decisión, Am222. Me gusta de veras. Sólo le haré una última pregunta: ¿realmente no va a sentirse cohibida o amedrentada cuando tenga bajo sus órdenes a esos diez hombres fuera de serie?

—Mi respuesta es NO. Si ellos están dispuestos a aceptarme, yo podré mandarles lo que sea preciso.

—Por aquí.

Octopus señaló hacia un lado del gran salón y Brigitte lo siguió, a pesar de que por aquella parte sólo había pared. No se sorprendió lo más mínimo cuando un trozo de aquella pared se corrió hacia un lado, dejando ver la entrada a un pasadizo bien iluminado. Siempre detrás de Octopus, recorrió aquel pasillo apenas unos cincuenta metros. Desembocaron de pronto en una pieza amplia, vacía de todo mueble, pintada de blanco. Había en ella una sola puerta, y Octopus fue a ella, la abrió y entró.

Los diez hombres se pusieron en píe inmediatamente, como diez resortes perfectos, vigorosos. Todos se quedaron mirando a Octopus tras una breve pero profunda mirada a Brigitte.

Octopus la señaló.

—Ella es Am222. Una nueva adquisición que, según parece, tiene mucho valor para OCTOPUS. Hasta el punto de que se considera capaz de dirigirlos a ustedes hacia el Plan Uranio. Quiero que la examinen bien, que digan si están dispuestos a aceptarla o no…, siempre y cuando ella demuestre ser capaz de dirigir el plan.

Los diez hombres no se alteraron lo más mínimo. Simplemente,

estuvieron mirando a Brigitte con atención durante unos segundos más. Por fin uno de ellos preguntó:

—¿Tenemos que dar la respuesta ahora?

—No —dijo Brigitte—. Mañana empiezo a asistir a las clases del Profesor. ¿Nos veremos allí?

—Ellos han sobrepasado ya ese aprendizaje —indicó Octopus.

—Ah. En ese caso…

—Asistiremos a las clases —sonrió otro de los diez hombres—. Es de suponer que Am222 pretenda demostrarnos en ellas su capacidad personal. ¿Es esto exacto Am222?

—Por completo exacto —asintió Brigitte.

—Entonces, asistiremos a las clases del Profesor. Bien entendido que toda nuestra atención estará fija en usted. Después tendrá que pasar las pruebas que nosotros mismos exigiremos… ¿Conoce ya el Plan Uranio?

—No.

—Entonces ¿cómo se atreve a pensar que va a poder llevarlo a cabo?

—Ese plan ha sido ideado por una mente humana. Y todas las mentes humanas tienen un límite físico y mental. Mi límite, tanto físico como mental, no tiene por qué ser menor que el de Octopus. Si él lo ha planeado todo, es que se puede hacer. Si se puede hacer, yo lo haré.

Los diez hombres permanecieron silenciosos unos segundos, hasta que uno de ellos asintió gravemente con la cabeza.

—Nos veremos mañana. Dos días serán suficientes para estudiarla. Otro día bastará para ponerla a prueba nosotros mismos. Al cuarto día, podremos dar nuestra respuesta sobre si la aceptamos o no.

—Gracias. Y ahora, quisiera ir a descansar. Presiento —sonrió encantadoramente—… presiento que me esperan unos días muy duros. Señores, buenas noches. O buenos días. O hasta la vista.

Las diez cabezas se inclinaron con seria amabilidad. Octopus esbozó una levísima sonrisa y señaló hacia la puerta. Salió detrás de Brigitte, cerró la puerta, y dijo:

—Usted les ha gustado. Pero tenga cuidado. Ellos tienen sus propias ideas respecto a la personalidad de quien tenga que asumir la jefatura.

Brigitte encogió los hombros.

—Hace años aprendí cómo tratar a los hombres. ¿Puedo retirarme a descansar?

—Pues… Bueno, todavía queda algo por hacer.

—¿Sí? ¿Qué es ello?

—Con los agentes femeninos de OCTOPUS tenemos el mismo pequeño problema. Queremos estar seguros de que siempre están dispuestas a aceptar cualquier situación, por desagradable que sea. Y deben hacerlo sonriendo, mostrando un muy convincente agrado. La agente femenina es un arma muy… delicada. Generalmente, se espera de ella algo… diferente de lo que puede esperarse de un hombre.

—Creo que lo entiendo.

—Todas las agentes femeninas han pasado por esa prueba. Deben aceptarla, pasarla y seguir sonriendo. Una dura prueba, que me asegura su perfecto dominio en posteriores ocasiones en las que sea necesario demostrar que son… mujeres.

—Ya entiendo completamente —sonrió Brigitte.

—Bien. Usted, Am222, no tiene por qué ser excluida de esa prueba. Entienda bien que yo espero que mis agentes femeninas sean capaces de soportarlo todo.

—Ya sé, ya sé… ¿Cuál es esa dura prueba?

—Yo.

Brigitte alzó las cejas y pareció a punto de soltar una carcajada.

—¿No es usted demasiado… granuja? —insinuó sonriendo.

—Sólo quiero asegurarme del perfecto dominio de mis agentes femeninos. Deben ser capaces de soportar a un hombre como yo. Si consiguen eso, podrán soportar a cualquier otro hombre. Cosa que a veces resulta necesaria.

—Claro… Me parece bien.

—Magnífico. Creo que queda más champaña en el bar. Podemos…

—Podemos descansar, por hoy. Dejaremos el champaña y esa prueba para una ocasión mejor. Espero que sea usted considerado conmigo, Octopus.

—Puedo serlo. Sin embargo, recuerde que no siempre podrá pedir consideraciones especiales. Precisamente, la prueba es importante por lo inesperada que resulta.

—¿Inesperada? —sonrió Brigitte—. Oh, vamos, Octopus, estaba esperando algo así desde que le vi a usted. No provengo de un pensionado de señoritas, sino de la MVD, ¿recuerda? Conozco muy bien ese… mecanismo de pruebas… especiales para templar el… estómago de la agente femenina. Mas… ¿por qué precipitar las cosas?

—¿Se niega?

—Lo aplazo, si le parece bien. Creo que podría engañarlo a usted, y sonreírle… Pero estoy convencida de que, una vez haya descansado, las cosas pueden ser mucho más… agradables para ambos. Usted es quien tiene la palabra.

—¿Mañana?

—O pasado. Sólo se trata de que usted prefiera una simple prueba o una grata… velada.

Los blanquísimos dientes de Octopus volvieron a aparecer por entre la espesa barba negra.

—Si ellos le han concedido tres días, yo también puedo hacerlo. Tres días, Am222. Luego, las cosas llegarán a una decisión… seria.

—Acepto. ¿Puedo tomar otra copa de champaña?

—Desde luego.

Regresaron a la morada privada de Octopus, y Brigitte se sirvió otra copa de champaña. La bebió a pequeños sorbitos, en silencio, bajo la ardiente mirada del único ojo de Octopus.

Ninguno de los dos habló durante aquellos pocos minutos.

Por fin, Brigitte dejó la copa en el bar, se acercó a Octopus y sonrió dulcemente. De pronto, alzó los brazos, llegando con alguna dificultad a los colosales hombros de él, se alzó con ligereza y le besó breve, pero profundamente, en los labios.

—Buenas noches, Octopus.

Capítulo IX

En efecto, el zumbido intermitente dentro mismo de su dormitorio despertó a Brigitte. Se sentó inmediatamente en la cama y, enseguida, oyó el rumor de muchas personas en movimiento. Empezó a oír pisadas, ruido de muebles, rumor de agua de las duchas… Miró el relojito que había pertenecido a la auténtica Nina Fedorovna: eran las seis y media. De la mañana, naturalmente.

Saltó de la cama, se metió en la ducha y estuvo bajo el agua fría durante cinco minutos, inmóvil, refrescando su cuerpo y ordenando sus ideas. En esos cinco minutos, todas las piezas fueron ocupando su lugar, la acción continuó en la mente de Baby Montfort.

Cuando estuvo al corriente de aquella sorprendente realidad que estaba viviendo, salió de la ducha, se vistió, se miró al espejo, se dio un ligero toque de azul en los párpados, y salió del dormitorio. En el pasillo se cruzó con los demás discípulos, todos ellos ya preparados para la larga y dura jornada de entrenamientos. Nadie le preguntó nada, ni ella tuvo que preguntar. Simplemente fue con todos, de tal modo que a las siete menos cinco minutos estaba en el gimnasio. Éste era muy grande, sin techo, de modo que la luz solar de tres grandes lámparas entraba directamente en la nave. Había aparatos de todas clases, desde simples varas para corrección de espaldas, hasta el potro con arcos, pasando por pesas, poleas, anillas, paralelas…

En el estrado, un hombre vestido únicamente con un *slip* de color amarillo esperaba pacientemente la colocación de los educandos en la gimnasia, que se dirigían hacia las taquillas de metal. Todas fueron abiertas casi a la vez, y aquellas cincuenta personas desaparecieron dentro, para salir apenas dos minutos más tarde ataviados con trajes de gimnasia de color negro. Brigitte se limitó a abrir la taquilla marcada con la inscripción A5, y, en efecto, allá tenía un equipo completo. Se puso el completo maillot negro,

salió y se colocó en último lugar de los ya bien formados discípulos.

—Primer movimiento —dijo el monitor de gimnasia—. Sueca, en flexión hacia delante con cruce de brazos hacia el suelo. Uno, aspirar… Dos, flexión… Tres, balanceo… Cuatro, aspirar…

Durante media hora, en aquella gran sala sólo se oyó el jadear de las cincuenta personas aspirantes a espías, mientras efectuaban con perfecto ritmo los movimientos indicados por el monitor. Transcurrida esa media hora se oyó de nuevo la voz de aquel atleta:

—Diez minutos de ducha fría. Quince minutos de relax. Cinco minutos de descanso mental. A las siete y media, hoy, judo.

Brigitte fue a las duchas, con los demás. Había casi cien duchas, en total, separadas unas de otras por simples mamparas de cristal translúcido. Cuando estaba recibiendo de lleno el grueso chorro de agua fría, oyó:

—Hola. ¿Todo va bien, 222?

Abrió los ojos y se quedó mirando el amable rostro de E223, sobresaliendo por encima de la mampara de separación de sus duchas respectivas y mostrando una sonrisita irónica.

—Todo va bien… —sonrió Brigitte—. Pero te agradeceré que mires tus pies, E223.

—Aquí, estas cosas no tienen demasiada importancia. Todo está permitido entre nosotros…, una vez Octopus haya… puesto a prueba a las agentes femeninas. ¿Cómo te fue con él?

—Bien.

—Entonces…, ¿ocurrió?

—Claro —mintió la falsa Nina Fedorovna—. ¿Esperabas algo diferente?

—No… Claro que no. ¿Por qué motivo?

—Eso: ¿por qué motivo? Deja de mirarme.

Brigitte se alzó sobre las puntas de los pies, puso la mano en el chorro de agua y ésta salió fuertemente impulsada hacia el rostro de E223, que se apartó riendo.

Veinte minutos más tarde, Brigitte y los demás terminaban sus quince minutos de relax. Tras ellos llegaban los cinco minutos de descanso mental, de modo que todos pasaron a otra sala, donde se sentaron en cómodos sillones y permanecieron ese tiempo inmóviles, pensando en sus propias cosas.

Un minuto antes de las siete y media sonó un timbre, y todos se

pusieron en pie y regresaron al gimnasio, donde los aparatos de gimnasia deportiva habían sido retirados, y, en su lugar, se veían algunos tatamis, las clásicas colchonetas para la práctica del judo. Los discípulos se dividieron en grupos de diez, bajo la dirección de unos entrenadores japoneses ya ataviados con el judogui, es decir, el equipo para entrenamiento y combate. Los instructores lucían todos el cinturón negro, menos uno que lo ostentaba en amplias franjas verticales blancas y rojas, por lo que Brigitte comprendió que como mínimo aquel hombre había alcanzado el 6.º Dan, lo que, considerando que el cinturón negro se lleva hasta 5° Dan, le convertía en el grado más alto de la sala, y por tanto y por supuesto en el director del curso de Judo.

De repente entraron los diez hombres preparados para el Plan Uranio, y uno de ellos se apresuró a colocarse muy cerca de Brigitte, que contuvo una sonrisa.

—Entrenamiento libre: *Full* Fight —dijo el japonés de más alto grado—. Hemos rebasado ya la mitad del cursillo, y ustedes deben saber sacarle partido al Judo y a cualquier artimaña particular. Suban dos al tatami, por favor.

El hombre del Plan Uranio subió rápidamente, y señaló a Brigitte, cuyo rostro no se alteró. El japonés de más grado dijo:

—As108 ha desafiado a Am222, la cual, aunque es nueva para mí, sé que puede afrontar la pelea. Suba al tatami, Am222.

Inescrutable el rostro, la espía obedeció. De pronto tuvo una visión clarísima de la jugada de los diez hombres del Plan Uranio: querían divertirse con ella. Ni más ni menos. Habían elegido al mejor de ellos en lucha cuerpo a cuerpo, y este hombre tenía la consigna de distraerla, marearla, agotarla con marrullerías de toda clase para, finalmente, darle una buena paliza y, consecuentemente, hacerle perder categoría y jerarquía para ocupar el puesto de jefe del Plan Uranio. Es decir, que si ella no ponía las cosas en su sitio inmediatamente nunca gozaría de la autoridad y prestigio suficiente para hacerse cargo del Plan Uranio…

—¡Empiecen! —Autorizó el instructor jefe.

La mirada de Brigitte fue un instante a los ojos de As108, y vio en ellos la llamita burlona, casi diabólica. Sí, ésa era la jugada que le habían preparado: pura y simplemente dejarla en ridículo. Ésas eran sus intenciones.

Muy bien.

Se acercaron el uno al otro tras saludarse con una inclinación de cabeza, y As108 adelantó las manos para iniciar el agarre del *judogui* y luego dedicarse a una danza que él quería que fuese divertida y hasta quizá ridícula. Dentro de Brigitte había como un diminuto volcán de ira que sólo su gran dominio le permitía controlar. Pero una cosa había decidido ya la espía: tenía que terminar aquella pelea *Full Fight* (Lucha Total) de tal modo y con tanta autoridad que todos viesen y acatasen su superioridad absoluta.

Y se lo jugó todo en dos segundos.

Colocó su pierna izquierda un poco separada del cuerpo, y As108 empezó a divertirse amagando un *o uchi gari*. Brigitte resistió el *o uchi gari*, liberó su pierna, y empujó hacia adelante, para recuperar el equilibrio… As108 emitió un gutural sonido de triunfo, y atacó con su efiacísimo *uchi mata*… que Brigitte estaba esperando.

Lo estaba esperando con tanta seguridad que sólo tuvo que desplazarse ligeramente hacia su izquierda, en perfecto taisabaki (esquiva), para que As108 recibiera la alarmante sensación de encontrar ante él un muro en lugar de una mujer. Y así las cosas, sin darle siquiera tiempo a rebotar en ella, Brigitte giró verticalmente ante As108, se colocó de espaldas a él, y le replicó con otro *uchi mata* que puso los pelos de punta a los presentes: su muslo derecho se introdujo entre los de As108 y su cadera impactó en el bajo vientre del agente de OCTOPUS al tiempo que su muslo alzaba el izquierdo del hombre… Incluso el japonés de cinturón rojo y blanco se quedó viendo visiones cuando As108 salió disparado hacia el techo, giró, y, siempre controlado por una manga por Brigitte, fue a caer de espaldas sobre el tatami con batacazo tremendo que resonó en todo el gimnasio. As108 se quedó tendido, mirando con expresión desorbitada a Brigitte. El japonés alzó un brazo y cantó:

—*Ippon*! Vencedora: Am222. Otros dos, por favor.

Brigitte, que había soltado ya a As108, le tendió la mano, él la aceptó para ayudarse a ponerse en pie, estuvo unos segundos mirándola a los ojos, y, de pronto, sonrió simpáticamente.

—¡Fiuuu…! —Silbó con admiración.

—¿Se encuentra bien? —sonrió Brigitte.

—Como nunca. ¿Y usted?

—Como siempre —se echó a reír Brigitte.

—Otros dos —dijo el maestro de judo.

* * *

Tras la clase de judo y *Full Fight*, tuvieron otro descanso y nuevo relax.

A las ocho y media menos un minuto Brigitte notó una indescriptible tensión en sus compañeros de aprendizaje.

A las ocho y media en punto, cuando todos hubieron entrado en la gran nave llena de pupitres, con una mesa al fondo y una pizarra blanca, comprendió aquella impalpable pero evidente inquietud. No necesitó que nadie le dijese que aquel hombre era el profesor…

El Profesor, simplemente.

Era más bien alto, diminutos los ojos, completamente pelado el cráneo, un poco mongólicos los ojos, delgadísimos los labios, pálido el seco rostro, enormes sus orejas, un poco puntiagudas en lo alto… Era una imagen maquiavélica perfectamente lograda. Sus ojillos parecían mirar a todos los lados a la vez, vivos, rapidísimos. Una mueca cruel distendía aquellos labios finísimos, casi blancos. En menos de diez segundos cada uno estuvo en su puesto. Brigitte se colocó al final, en lo más hondo del aula del Profesor.

Pero éste, tras saludar cortésmente a sus discípulos, llamó:

—Am222.

Brigitte se puso en pie, salió al pasillo y caminó hasta quedar ante el estrado que ocupaba el Profesor, el cual le hizo una amable seña para que subiese. Le entregó un trozo de tiza negra y señaló la pizarra. Luego, se volvió hacia los demás discípulos…, tres de los cuales, Brigitte lo había comprobado ya, pertenecían al grupo de los diez especialmente entrenados.

El Profesor señaló brevemente a la divina espía.

—Am222 es una nueva adquisición de OCTOPUS, como ya han oído ustedes a Saiko Tojo. Proviene de un servicio de espionaje nacional europeo, de modo que su aprendizaje parece que será cosa de pura rutina. Sin embargo, debemos asegurarnos de que sus conocimientos están a la altura que OCTOPUS exige a todos sus agentes. Am222 va a solucionarnos algunos de los problemas

especiales que tenemos establecidos para estos casos. Sus respuestas serán silenciosas. Simplemente, a mis preguntas, deberá contestar con un dibujo en el encerado. ¿Dispuesta, Am222?

—Sí.

—Bien… Primer caso. Un agente de OCTOPUS es atrapado en las Bahamas. No está fichado por ningún país, sus huellas no constan en ningún archivo de ningún servicio de espionaje internacional. Puesto que ha sido cazado inesperadamente ese agente no ha podido ser fotografiado, no han podido ser tomadas sus huellas… La lancha de nuestros enemigos en la que se halla prisionero navega rumbo a Nassau, donde nuestro agente será entregado al Servicio de Inteligencia británico. Esa lancha que conduce a nuestro agente a Nassau está a sesenta millas de la isla de Nueva Providencia cuando nuestros servicios de información reciben la noticia. ¿Solución? Tenga presente, Am222, que OCTOPUS dispone de todos los medios imaginables y necesarios. ¿Solución?

Brigitte sonrió amablemente. Fue al blanco encerado y con la tiza negra dibujó esquemáticamente una lancha. Luego dibujó un hidroavión, del cual pendía una escala de cuerda, que iba a caer, precisamente, sobre la lancha; añadió a un lado del fuselaje del hidroavión los distintivos de la U. S. Coast Guard. Luego dibujó una metralleta, un signo interrogante, un signo exclamativo (¿!), y, por último, un fusil lanzagranadas. Luego escribió las letras OK.

—¿Es todo, Am222?

—Sí. Espero que lo haya entendido, Profesor.

—Yo sí. ¿Lo han entendido todos?

No hubo respuestas verbales, pero el Profesor supo que algunos de los alumnos no habían entendido aquello. Sonrió fríamente, miró de nuevo a Brigitte y pidió:

—¿Quiere explicar el esquema a sus compañeros, por favor? Brigitte asintió con la cabeza y fue señalando los dibujos.

—Nuestro compañero de OCTOPUS está viajando en una lancha que se dirige a Nassau. Puesto que no ha sido identificado, todavía puede sernos útil a nosotros y a OCTOPUS, bien entendido que aunque alguno de los ocupantes de la lancha enemiga salga con vida, jamás podrá identificarlo, ya que no consta en ningún archivo. Entonces, interesa salvarlo. El modo, puesto que OCTOPUS dispone

de todo, es simple: se disfraza uno de nuestros hidroaviones como perteneciente a los Guardacostas de Estados Unidos. Se sobrevuela la lancha, se ameriza junto a ellos, y uno de nuestros hombres, por supuesto uniformado como oficial de los Guardacostas, sube a bordo llevando una metralleta. Aprovechando la sorpresa exige la devolución de nuestro agente. Este agente, a pesar de la ira y la sorpresa de sus captores, pasa al hidroavión, seguido de su compañero salvador, que regresa al aparato llevando las armas de los enemigos. El hidroavión emprende el vuelo, gira, se acerca a la lancha y dispara contra ésta con un fusil lanzagranadas. El impacto se realiza en los depósitos de gasolina, la lancha estalla. Y el agente regresa a la base.

—Segundo caso —dijo incisivamente el Profesor—. En Shanghai, tres de nuestros agentes de Asia, que operan juntos, dejan de enviar noticias a Octopus5, con base en Tokio, respecto a los movimientos de tropas comunistas chinas en el centro del continente asiático. Como quiera que OCTOPUS precisa esa información envía a otros dos agentes, éstos de Bangkok, a investigar las causas de ese silencio informativo. Según lo establecido, los tres agentes anteriores viven en un shampan, en el muelle de Shanghai, y, de modo ineludible, uno de ellos tiene que permanecer en todo momento a la escucha de la radio camuflada. Nuestros dos agentes llegan al shampan, y allá encuentran que quien está a la escucha de la radio es un hombre desconocido. Ni rastro de nuestros tres compañeros de Shanghai. ¿Solución?

Brigitte estuvo pensativa apenas quince segundos. Luego en la pizarra dibujó unas ondas de radio y escribió el número 3 y detrás unos puntos suspensivos. Después, dibujó un shampan y tres siluetas de hombres sentados en la cubierta, en actitud de espera. Debajo dibujó, siempre esquemáticamente, dos hombresrana, cada uno de ellos con dos fusiles acuáticos. El último dibujo eran los dos hombresrana, alejándose del shampan, sin los fusiles acuáticos.

—Es todo —dijo.

Tampoco esta vez todos los discípulos entendieron la respuesta de Baby Montfort, y ésta, a instancias del Profesor, explicó el jeroglífico:

—Es evidente que los tres agentes de Shanghai están traicionando a OCTOPUS. La presencia de un hombre desconocido

ante la radio así lo prueba. Ese hombre está esperando una llamada, mientras otros esperan cerca del muelle, con detectores, dispuestos a captar la onda y localizar la emisora que comunica con los tres agentes traidores de OCTOPUS. Puesto que son traidores hay que eliminarlos. Entonces, hay que arriesgarse a efectuar una llamada por radio, destinada a ellos tres… Una llamada breve, rápida, tajante.

Una llamada en la que debe notarse gran desconfianza. Los enemigos de OCTOPUS tienen que recurrir entonces a los tres agentes traidores. A fin de mantener en funcionamiento durante un buen rato la emisora que comunica con ellos los colocan en el shampan, con instrucciones de alargar la conversación, a fin de que ellos tengan tiempo de localizar la radio de enlace con los tres traidores. Estos aceptan el trabajo. Llegan al shampan y quedan a la espera de esa llamada. Comprobado esto, nuestros dos agentes que se han desplazado a Shanghai se proveen de equipos de hombrerana y dos arpones o más cada uno. Desde su propia lancha, se sumergen, nadan bajo las aguas de los muelles de Shanghai, llegan al shampan, suben rápidamente, matan a arponazos a los tres traidores, y regresan a las aguas del muelle… Es casi seguro que logran escapar…, y los tres traidores están muertos.

—Tercer caso. En Buenos Aires, Octopus8 recibe la información de que un político argentino está relacionado muy directamente con una nueva rebelión política. En realidad ese político argentino es el dirigente de la nueva rebelión. Una rebelión que no interesa a OCTOPUS… La decisión está en matar a ese hombre, al cual llamaremos señor Argos. Hay que matarlo. Sin embargo, el señor Argos sabe que su vida corre grave peligro así que en todo momento se rodea de guardias que imposibilitan por completo un acercamiento a él. Además, piensa partir aquella misma noche, en un avión escoltado por media docena de cazas, hacia un destino desconocido. Imposible llegar a su domicilio, a su automóvil, a su avión, a su persona… Los guardias son todos fieles a él, de modo que no hay posibilidad de soborno. En cuanto el señor Argos llegue a su desconocido destino sólo tiene que hacer una llamada telefónica y la revolución política se llevará a cabo inevitablemente. OCTOPUS ya no podrá hacer nada. Conviene, pues, matar a ese señor Argos antes de que haga esa llamada telefónica. ¿Solución?

Brigitte dibujó en la pizarra una pistola, un rifle, un cuchillo, una granada de mano, un mortero, una cerbatana… Luego, de pronto, lo tachó todo con una gran X. Después, dibujó un pulpo al revés, con las ocho patas hacia arriba. Luego, lo dibujó al derecho, o sea, con las patas hacia abajo…, y tendiendo una de ellas hacia el nombre que escribió un poco más a la derecha: señor Argos.

—Creo que ni yo mismo entiendo esta vez la solución, Am222.

—Soy de la opinión de que OCTOPUS tiene que saber perder alguna vez. En este caso concreto, la única solución consiste en concertar una alianza con el señor Argos. OCTOPUS puede ofrecerle todo su fichero de informes políticos, así como su red de agentes secretos. Es de esperar que el señor Argos aceptaría un aliado tan poderoso como OCTOPUS, y… pagaría bien el inesperado pero magnífico servicio prestado. Partimos de la base, claro está, de que OCTOPUS no tiene preferencias políticas, sino que se pone siempre al sol que más calienta, o sea, de parte del vencedor. Si en este caso es inevitable que el señor Argos sea el vencedor, OCTOPUS deberá aceptar el hecho… y aprovecharlo en su beneficio económico, único fin de OCTOPUS, cuya conducta de espionaje es por completo apolítica.

El Profesor frunció el ceño y estuvo unos segundos mirando fijamente a Brigitte, la cual soportó con amable expresión aquella mirada que pretendía asustarla.

De pronto, el Profesor se volvió imperceptiblemente hacia los demás alumnos, y Brigitte vio claramente la mirada que cambiaba con uno de los tres agentes del grupo de diez que estaban asistiendo a las clases. Apenas pudo contener la sonrisa cuando uno de aquellos tres hombres asintió con la cabeza, y el ceño del Profesor se desarrugó.

—Cuarto caso. En Roma, un agente del MI5 penetra en la organización OCTOPUS y acepta un contrato con nosotros, de tal modo que tiene que ser enviado aquí a la base central. Dicho agente del MI5 pretende que nosotros…

* * *

En la clase de tiro, hora y media más tarde, Brigitte estaba consiguiendo las máximas puntuaciones con tiro a pistola, rifle,

metralleta y en los lanzamientos de cuchillo. Para entonces los discípulos de OCTOPUS sabían ya que tenían con ellos a una agente superdotada, de absoluta habilidad en el judo, medios expeditivos en la eliminación, puntería mortal, inteligencia por completo fuera de serie, sonrisa de niña buena, cuerpo escultural y un humor deliciosamente infantil, sano y alegre.

De once a doce y media, Brigitte Baby Montfort dio una perfecta lección del uso de micrófonos, detectores, sistemas de visión por prismáticos y por objetivos de televisión, frecuencias de radio, cambio de condensadores y frecuencias, toma de microfotos, ocultación de microfilmes, mensajes por Morse, intervenciones telefónicas, colocación por disparo de «oídos mágicos» (magic ear), desciframiento de claves, manejo de automóviles de distintos tipos, de lanchas… Utilización adecuada de diferentes disfraces, como lentes de contacto de colores, pelucas, teñido de los cabellos, superposición de dentaduras a fin de desfigurar el rostro momentáneamente, uso de rellenos…

Y en todo momento uno u otro de aquellos diez hombres estaba cerca de ella, mirándola, escuchándola, estudiándola, siempre silenciosos y expectantes.

El Profesor se movía siempre junto a ella, cada vez más silencioso, cada vez concediéndole mayor iniciativa, mirando en cada ocasión a aquel del grupo de diez hombres especiales que estuviese presente.

A las doce y media en punto, la luz solar se apagó durante tres segundos. Cuando volvió a encenderse, el Profesor miró a Brigitte como relajándose. Estuvo unos segundos mirando las gotitas de sudor que había en la frente cándida de la espía antes de ofrecer:

—¿Me acepta un aperitivo, Am222?

Brigitte miró aquella calva cabeza, los diminutos ojos, la fría expresión total del Profesor.

—Imagino, Profesor, que tengo aperitivos en mi cuarto.

—Naturalmente. Pero me gustaría conversar con usted. No es una orden, desde luego. Es simple… placer personal.

—¿Habrá represalias si no acepto?

—En modo alguno.

—Entonces, acepto. Y encantada, Profesor —se tomó alegremente de un brazo del siniestro calvo, sonriendo—. ¿Hacia

dónde vamos?

—A mi aposento particular.

—Oh, oh, Profesor… ¿No estará tramando algo… feo? —rió.

—Me gustaría —casi sonrió él, con lo cual resultó aún más estremecedor—. Pero siempre respeto las jerarquías.

—¿Se refiere a Octopus?

—Sí.

—Bueno… No creo que él se moleste porque tomemos juntos un inocente aperitivo, ¿verdad?

—Verdad.

* * *

El Profesor tendió la copa a Brigitte, se sentó ante ella y estuvo mirándola mientras la divina ingería un corto sorbito de martini. El alojamiento del calvo y siniestro forjador de espías de OCTOPUS era parecido al de Octopus, aunque algo más pequeño, si bien no faltaba ningún detalle confortable.

—Voy a confiarle un secreto, Am222: no tenemos ni un solo agente que esté cobrando treinta mil dólares mensuales. Hasta ahora, ninguno de ellos lo ha merecido realmente.

—¿Hasta ahora…? —sonrió Brigitte.

—Sí. Tenemos agentes que antes han pertenecido a la MVD, como usted. Y al Deuxième Bureau, CIA, MI5, Interpol… Hombres que han trabajado en las policías de Estados Unidos, Argentina, Italia, Japón, Rusia, Alemania, España, Egipto… En todo el mundo.

—No me diga que jamás encontraron un agente de mi categoría, Profesor… No podría creerlo.

—Los encontramos —sonrió cruelmente el Profesor—. Oh, sí, hemos encontrado a varios. En total, quizás una veintena… Creo que son diecinueve, exactamente. Cualquiera de ellos es capaz de competir con usted…, y, posiblemente, de vencerla. Ninguna mujer, eso sí. Lo cual acrecienta el mérito de usted, puesto que, se diga lo que se diga, el espionaje efectivo, el espionaje audaz y verdaderamente productivo en cualquier momento, es cosa de agentes masculinos.

—Una teoría muy discutible, Profesor. ¿Qué fue de esos diecinueve agentes?

—¿Se refiere a esos hombres que podían haber estado cobrando treinta mil dólares en OCTOPUS?

—Claro.

—Bien… A eso iba. Esos diecinueve hombres hoy día podrían estar trabajando para OCTOPUS, cobrando treinta mil dólares mensuales. Es una cantidad respetable. Sin embargo… Bueno, he observado durante algún tiempo que los espías son… gente rara.

—Gente rara —musitó Brigitte—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Pues… Quizá le parezca sorprendente, pero a algunos espías el dinero no les interesa de un modo… primordial, absoluto. Algunos de ellos aceptaron el… empleo en OCTOPUS. Igual que usted, apenas participar en las clases lo arrollaron todo. Lo sabían todo. No cometían un solo fallo jamás. Eran tan eficaces que todo resultó una pena.

—No comprendo.

—OCTOPUS no es un juego de niños, créame. Hay en juego muchos millones de dólares. Mmm… Inversión que, naturalmente, está destinada a centuplicar las ganancias. Octopus es el artífice de todo. Desde el primero al último detalle del montaje de la organización. Todo es obra de su mente prodigiosa. Pero, claro, necesitó muchos millones. Y los tuvo.

—¿Se los proporcionaron Octopus6, Octopus1, Octopus8…?

—Exactamente. Los demás Octopus le proporcionaron los muchos millones que hacían falta para montar todo esto. Al mismo tiempo consiguieron interesar a otras personas: grandes millonarios, industriales en gran escala…

—¿Industriales de productos bélicos?

—Entre otros —admitió el Profesor—. Es usted en verdad inteligente, Am222. Sí, hay… mucha gente interesada en la buena marcha de OCTOPUS. Son muchos los millones a repartir si el plan sale bien.

—¿El Plan Uranio?

—En efecto.

—Ayer, Octopus me ofreció la jefatura del grupo que…

—Lo sé todo, naturalmente. Digamos que yo soy el segundo hombre de la organización OCTOPUS. Es obvio que Octopus y yo no tenemos secretos el uno para el otro. Es más: nos consideramos obligados a comunicarnos de inmediato cualquier suceso

importante. Cada tarde tenemos un cambio de impresiones generales.

—Me parece bien. Pero no comprendo, Profesor… ¿Está tratando de decirme algo… especial?

—Así es. Insisto en que usted es el único agente de OCTOPUS que va a cobrar treinta mil dólares. Nosotros, claro está, no nos llamamos a engaño. Un buen agente suele estar, por lo general, al servicio de su país. Sabemos que los buenos agentes están… muy mimados. No se les regatea nada. Es una buena política, desde luego. Nosotros, o sea, OCTOPUS, también pensamos que un agente capaz de resolver en un par de días… o un par de semanas una difícil cuestión internacional, merece vivir el resto del año como un emperador. Quizá sea un poco absurdo esto, pero… Bueno, imaginémonos una orquesta. Están tocando algo muy hermoso… Algo que, en determinado momento, requiere la nota de la flauta. Una simple nota fina, dulce, suave… Los demás miembros de la orquesta cumplen bien su cometido. Bien, simplemente. Pero no se encuentra un buen flautista, que es, precisamente, el que da la nota maravillosa en el momento oportuno. El profano pensará que ese flautista perfecto no debe cobrar igual que los demás músicos, que se pasan el tiempo soplando el trombón y dándole al piano… Sin embargo, esa sola nota del flautista perfecto consigue que la interpretación de toda la orquesta sea maravillosa. La pregunta es ésta: ¿debe cobrar el flautista igual que los demás miembros de la orquesta, debe cobrar más, o debe cobrar menos?

—Yo creo que debe cobrar más —rió Brigitte—. Claro que esto lo digo porque, según parece, yo soy el… flautista de OCTOPUS.

—Exacto. Ahora, vuelvo a insistir en que, antes que usted, hemos tenido otros… flautistas. Hombres bien preparados. Cada uno de ellos ofreció explicaciones muy convincentes respecto al porqué abandonaba la CIA, el MI5, la MVD. Y cada uno de ellos, uno a uno, inexorablemente, fueron atrapados.

—¿Atrapados? ¿Por quién?

—Por OCTOPUS. Supimos que ellos estaban mintiendo. Eran de esa clase de espías… patrióticos, que entraban en la organización sólo para buscar el modo de destruirla. Uno a uno, esos diecinueve hombres fueron cayendo en la trampa de sus propias mentiras, o quedaron desenmascarados por los informes que nosotros íbamos

recibiendo. Y así, a medida que íbamos consiguiendo agentes de treinta mil dólares mensuales, los íbamos perdiendo.

—¿Los mataron… a los diecinueve?

El Profesor sonrió astutamente.

—No. No, no… ¡Claro que no! Pero creemos que ellos están deseando que los matemos.

—No… no entiendo…

—A veces un agente de OCTOPUS ha caído en manos de la CIA, del Deuxième Bureau…, de diferentes servicios de espionaje. El trabajo de ese agente de OCTOPUS les ha parecido… incomprensible. Lo han interrogado, pero nuestro agente aprende a callar… hasta cierto límite, claro. Antes de que lo ablanden, OCTOPUS ha hecho ya su oferta a la CIA o a quien sea.

—¿Qué oferta?

—Cambio de ese agente por uno de los suyos. Un canje.

—¿Devuelven entonces al agente de la CIA a cambio del agente de OCTOPUS?

—Así es. Por supuesto, al agente de OCTOPUS sólo lo queremos ya para matarlo.

—¿Y el agente que devuelven…?

—Digamos que… devolvemos un hombre que en pocas horas será un cadáver.

—¿Retienen a los agentes de otros países sólo para canjearlos si es necesario por otros de OCTOPUS? ¿Y los devuelven ya envenenados?

—Así es. En la actualidad, tenemos unos cuantos de agentes de diversos servicios secretos estatales que están esperando ser canjeados. Y todos ellos, Am222, son de los que, para su desgracia, eran agentes de primera categoría… Igual que usted precisamente.

Brigitte se quedó mirando impasible al Profesor, pero notando en su interior un frío estremecimiento.

—¿Me está dando a entender que…?

—No doy a entender nada —la atajó el Profesor—. Simplemente, la pongo al corriente de algunas de las… interioridades de OCTOPUS. Por mi parte, nada sería tan grato para mí como disponer, al fin, de un jefe de grupo para realizar el Plan Uranio. A este respecto debo decirle que los diez hombres seleccionados empiezan a admirarla sinceramente. De modo que es más que

posible que si pasa la prueba fijada por ellos sea elegida de un modo definitivo.

—¿Qué prueba será ésa?

—No lo sé. Ellos son los que van a jugarse la vida a sus órdenes, de modo que ellos serán quienes elijan la prueba. Por si le interesa mi opinión, le diré que seguramente querrán verla matar a alguien.

—Ya maté a dos hombres en Miami…

—Ellos querrán verlo con sus propios ojos. No concederán importancia a la víctima elegida. Sólo la mirarán a usted. Es de suponer que sacarán en claro alguna consecuencia interesante… ¿Otro martini?

—No… No, gracias. Creo que iré a almorzar, y luego descansaré un rato… ¿A qué hora empiezan las clases de la tarde?

—A las cuatro. Pero no creo que las necesite —sonrió él.

—Asistiré —Brigitte se puso en pie—. Ha sido muy amable al invitarme, Profesor. Hasta luego.

—Hasta luego, 222.

La acompañó hasta la puerta. Luego, regresó al gran salón, fue hacia una de las paredes, quitó un cuadro y dejó visible una pantalla de televisión, bajo la cual se veía el objetivo de una cámara que había estado funcionando hasta entonces. Apretó un botón y casi enseguida apareció la imagen de Octopus, sentado en un sillón del salón de su propio habitáculo, mirando pensativamente hacia el objetivo.

—¿La has visto, Najo? —murmuró el Profesor.

—He asistido a toda la entrevista… ¿Qué opinas de ella, realmente?

—No lo sé. Nosotros disponemos de muchos medios, pero la mente de un espía auténtico es algo… muy sutil.

—¿Te parece que ella puede estar mintiéndonos?

—Es posible. Sabes que eso es siempre posible. Nosotros mismos enseñamos a nuestros agentes a mentir… No creo que los enseñen peor en la MVD.

—Cierto… ¿En verdad es tan buena como me habéis notificado?

—Es más que óptima. Es una máquina perfecta, Najo. Es como… como un robot, como un cerebro electrónico…, salvando las limitaciones, claro está. Pero dentro de ese límite su cerebro responde siempre lo justo, lo adecuado. Le expuse algunos de mis

problemas de exterminación y dio la solución acertada en todos. Venció en judo a As108, a Am066 en pistola, a Af034 en obtención de microfotos, a…

—Ya sé todo eso. ¿No te parece que todo es demasiado perfecto, demasiado… agradable para nosotros para ser cierto, Sitko?

—Sí… Lo he pensado.

—¿Crees que puede mandar la expedición del Plan Uranio?

—No sé —musitó el Profesor—. Dame un día más. O un par de días. Los blanquísimos dientes de Octopus destellaron en la pantalla.

—Todos estamos esperando para saber a qué atenernos con esa mujer. Por el bien de ella, sería conveniente que no nos hubiese mentido… Me ha hecho ya concebir muchas esperanzas. Si me ha engañado, te aseguro que lo va a pasar peor que Yuri Sivonov.

—Ella se lo habrá buscado.

—Ciertamente. ¿Te parece que almorcemos juntos?

—Sí… Voy para allá. Así podremos cambiar más impresiones respecto a esa Nina Fedorovna, la agente maravillosa, mágica, que hemos estado esperando durante meses.

—La agente mágica —sonrió de nuevo Octopus—… Sí, ésa es la definición exacta con respecto a ella… Te espero, Sitko.

Capítulo X

Los dos hombres la llevaron hasta la puerta del aposento privado de Octopus. Uno de ellos apretó el botón que pedía entrada libre, y el otro la cacheó rápidamente.

Luego, como casi veinticuatro horas antes, la dejaron sola dentro de la casa, Brigitte se adentró en ella hacia el gran salón sin adornos de ninguna clase, pero confortable.

Octopus, que estaba ante el bar, se volvió hacia ella, y sonrió amablemente.

—¿Con guinda?

—Sí… Sí, gracias, Octopus.

—Siéntese, por favor. ¿Ha tenido un día duro?

—No demasiado. Lo que ocurre es que hace tiempo que dejé unos entrenamientos tan intensivos. Últimamente asistía sólo un par de veces al año a la… academia, con el fin de pasar la revisión física y ponerme al corriente de los nuevos métodos que siempre existen. Una semana cada vez era suficiente.

Octopus se acercó a ella, le tendió la copa de champaña frío con una guinda y se sentó a su lado, en el sofá, con su copa de *kirsch* en la mano derecha, siempre inmóvil la izquierda.

—He tenido informes sobre usted, Am222. Y debo decirle que son de lo más satisfactorios. En el transcurso de las clases de esta mañana y las de la tarde ha conseguido usted admirar incluso a sus profesores. Especialmente, al Profesor. Y le aseguro que eso no es cosa fácil.

—Lo creo. Pero supongo que no va a decirme usted lo mismo que él, todo eso referente a los diecinueve agentes que tienen prisioneros esperando un canje.

—No, no… No me gusta insistir demasiado. Además, creo que con lo que le ha dicho el Profesor está ya suficientemente enterada. Mi propósito al llamarla ha sido para conversar con usted.

—¿De asuntos… personales? —sonrió Brigitte.

—Ésos… vendrán luego. En el supuesto de que no se sienta tan cansada como ayer.

—Me siento mucho menos cansada.

—Magnífico —brilló intensamente el único ojo verdadero de Octopus—. Pero ya hablaremos luego de eso. Ahora, quisiera mostrarle algo, y pedirle su opinión. Estoy seguro de que será la adecuada.

—Es usted muy amable.

Octopus sonrió torcidamente. Se puso en pie, fue a la gran pantalla de televisión y apretó uno de los botones. Casi enseguida, la pantalla se iluminó, y por un segundo Brigitte se crispó, aterrada. Pero al instante recuperó su habitual expresión de niña cándida y dulce.

Sin alterar ya aquella expresión, se quedó mirando el pavoroso cuadro que aparecía en la pantalla: una docena de hombres, casi desnudos, encerrados en un cuarto pequeño, sentados en el suelo con ambos pies sujetos a la pared por unos grilletes con cadenas. Sus rostros destacaban palidísimos a través de las espesas barbas, hundidos los ojos, mortecina la expresión cercana a la impavidez total. Se veían en sus casi desnudos cuerpos las huellas de numerosos golpes, y se podían contar las costillas. De cuando en cuando, alguno se movía para rascarse lenta, fatigosamente. Era un cuadro medieval, cuando los prisioneros permanecían años y años en las mazmorras, encadenados, olvidados de todos. Sólo había una pequeña bombilla en lo alto del techo, fuera del alcance de ellos. El suelo estaba sucio por sus propias deyecciones. No había ventana, ni el menor objeto en parte alguna. Sólo las cadenas con grilletes, sólidamente clavadas en la pared.

Octopus apretó otro botón, y la imagen cambió. Ahora, la visión fue todavía peor. Sólo siete hombres, en pie, sostenidos más por las cadenas que por sus propias fuerzas…, suponiendo que pudiesen quedar fuerzas en aquellos cuerpos mutilados bárbaramente. Estaban en peores condiciones todavía que los anteriores; habían sido torturados mucho más a fondo, con más saña.

—¿No se siente impresionada? —indagó Octopus.

Brigitte dejó la copa de champaña y juntó las manos en el regazo, apretando fuertemente una contra otra.

—Creo… creo que ya no me viene de gusto el champaña —dijo con voz tensa.

—Eso está mejor —sonrió él diabólicamente—. Me gusta que mis agentes sean duros, implacables; pero un exceso de indiferencia ante algunas… escenas me parecería poco… natural.

—¿Son los diecinueve agentes de los servicios de espionaje de varios países?

—Sí. Rusos, franceses, americanos, italianos, alemanes, ingleses, chinos, canadienses… Digamos que tengo una representación muy poco airosa del espionaje mundial. Y sin embargo estos hombres, hace algún tiempo, eran unos agentes perfectos, como usted. No, no, no insisto en intentar amedrentarla, o en amenazarla. Sólo he querido que supiese exactamente las cosas. Los doce primeros hombres están ahí esperando el canje o la muerte. Los otros siete jamás saldrán de aquí… ¿Sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque quisieron engañarme… demasiado. Se adentraron demasiado en OCTOPUS, y estaban ya trazando planes para volar la isla.

—¿Qué isla?

—Estamos en una isla. ¿No lo había pensado aún?

—No me detuve a pensar en ese detalle, ya que supongo que en un momento u otro sabré lo necesario. Por otra parte, considero que es imposible salir de aquí sin un submarino, y yo no sabría gobernarlo.

—Entiendo. Y su actitud es la correcta. Bien: ¿qué opina de esos hombres?

—No lo sé. Me parece buena la idea de tener ahí a los que pueden ser canjeados en determinado momento, y, por tanto, prestar una cierta utilidad a OCTOPUS. Pero ¿por qué mantener vivos a los otros siete?

—Oh, no son una gran molestia… De cuando en cuando se les proporciona un poco de agua y algo de comer. Las sobras de OCTOPUS, naturalmente. Tendría que ver con qué apetito devoran los platos en los que los empleados de OCTOPUS han dejado ya los huesos, mondaduras de frutas, el agua con que se han enjuagado la boca, algunas colillas en ocasiones… No miran nada, se limitan a comer, comer, comer… Se lo comen todo, sin mirar, sin respirar.

—¿Se dedica usted a observar esas escenas?

—Las encuentro… divertidas. ¿Y usted?

—Repugnantes.

—Es cierto —admitió Octopus, suspirando—. Es cierto, sí. Hay que asombrarse del bajísimo grado animal al que puede llegar el hombre cuando todas sus necesidades se reducen a comer, como las de cualquier animal salvaje. A veces he pasado horas enteras mirándolos. Al principio hablaban entre ellos, e incluso hacían planes para una posible fuga. Luego fueron callando, callando, callando… Ahora apenas cruzan una docena de palabras al día.

—Esos hombres estarían mejor muertos, Octopus. Puesto que jamás van a recuperar su libertad, mátelos. ¿Quiere que me encargue de eso?

—No, no… Seguirán ahí, maldiciendo el día en que intentaron engañarme… Y deseando morir de una vez, claro. Pero todavía tengo algo mejor que enseñarle.

—¿Mejor… o peor?

—Para mí mejor. Vea —su dedo se quedó quieto sobre el otro botón—… No. Eso quiero que lo vea directamente, al natural vamos a verlo. ¿No termina el champaña?

—No podría tragarlo.

—Como quiera. Venga conmigo.

Salieron los dos de la casa. Cuatro hombres con monos amarillos esperaban ya delante de la puerta y cuando Octopus y Brigitte empezaron a caminar se colocaron de modo que quedaron entre ellos. Fueron en silencio hasta donde desembocaban los túneles que llevaban al muelle. Pero no tomaron ninguno de ellos, sino otro a cuyo extremo opuesto no llegaba la luz. Los cuatro hombres quedaron fuera y Octopus encendió una luz y fue pasillo adelante. Casi enseguida encontraron dos hombres más, con mono negro sentados en sillones a un lado del pasillo, cada uno con una metralleta colgando sobre el pecho.

—La uno —dijo Octopus.

Los dos hombres se movieron como centellas abriendo una de las gruesas puertas que había en el fondo del pasillo. Uno de ellos llevó hasta allí un foco rodante, lo apuntó al interior y dio la luz, un rayo deslumbrante, cegador. Dentro de la celda maloliente, doce hombres alzaron los brazos para proteger sus ojos del feroz

deslumbramiento.

—Éstos son los primeros, los destinados al canje. ¿Desde cuándo no han comido, 034?

—Hace dos días. Han pedido agua hace un par de horas. ¿Podemos dársela?

—Mañana. La dos.

La celda dos contenía a los otros siete hombres, los que ni siquiera podían permanecer sentados, ya que los grilletes no se lo permitían por la brevedad de las cadenas. También quisieron proteger sus ojos, pero las manos no alcanzaron allí, y sólo pudieron ladear la cabeza y cerrar los párpados con fuerza. Bajo aquella intensa luz parecían cadáveres blancoamarillentos. Sólo tenían piel y huesos en sus maltratados cuerpos.

—¿Y éstos?

—También llevan dos días sin tomar nada.

—Dadles un poco de agua. Todavía tienen que vivir unos cuantos años más. Por tanto —sonrió— hay que… cuidarlos bien. Vamos ahora a la celda especial.

Brigitte notó el leve estremecimiento de los dos hombres, y supo que iba a ver algo en verdad horrible; algo que, según dedujo, incluso los agentes guardianes de OCTOPUS repudiaban.

La celda especial fue abierta, y la luz dirigida adentro. Octopus ordenó que disminuyesen la potencia y señaló a Brigitte el interior. La divina espía entró, mordiéndose los labios, dispuesta a contener su reacción fuese lo que fuese lo que tuviera que ver.

Pero ni aun así lo consiguió. Su boca se abrió en un principio de alarido, y su dominio sólo alcanzó hasta convertirlo en una ronca exclamación de pavor, de miedo infinito, de un terror incontenible.

Había un solo prisionero en aquella celda. Estaba sujeto a la pared también por grilletes con cadenas, pero no sólo de las manos, sino también de los pies. Sus labios colgaban en una mueca horrible, y no había un solo diente en su boca. Estaba completamente afeitado: sin cabellos, sin cejas, sin pestañas. Le faltaba una oreja, un ojo, la mano izquierda… El muñón, mal cicatrizado, estaba fuertemente apretado por un grillete. Su rostro, toda la cabeza, estaba llena de cicatrices. Su único ojo parecía una grieta de dolor junto a la vacía cuenca del otro…

Brigitte volvió la cabeza, mordiéndose ahora los labios con toda

su fuerza, notando aquel dolor en ellos, aquella angustia en la garganta, aquel zumbido en las sienes…

—Éste es Yuri Sivonov —dijo fríamente Octopus—. Yuri y yo somos viejos amigos… ¿No es cierto, Yuri? ¿No es cierto? ¡Contesta! ¡Te ordeno que contestes!

Pero el ruso Yuri Sivonov permaneció silencioso, inmóvil. Su único ojo había mirado brevísimamente a Brigitte. Luego, volvió a abatirse, lentamente.

Octopus fue hacia un rincón, donde se veían diferentes aparatos de tortura, y cogió un látigo corto, de grueso mango y no menos de una docena de finas tiras de piel con unas bolitas de hierro en las puntas. Alzó el látigo y lo dejó caer rabiosamente contra el pecho y rostro de Yuri Sivonov, que se encogió, se crispó, pero no profirió ni siquiera un debilísimo quejido. Su único ojo quedó fijo en Octopus, y, de pronto, para sorpresa y terror de Brigitte, una risita breve, crispada, brotó de aquellos labios sumidos.

—Vas a… cansarte… sin… necesidad…, Najo… Ya no puedes hacerme… más daño, causar… causarme más… dolor…

Habló en ruso, roncamente, vacilante. Brigitte miró a Octopus y vio su rostro transformado en una horrible mueca de odio, jamás vista antes por ella en rostro alguno. Pareció que Octopus se volviese loco golpeando una y otra vez con el látigo a Yuri Sivonov, de cuyos labios no brotó un solo gemido. Brigitte se lanzó hacia Octopus, intentando detener el castigo, pero él la separó de un manotazo que la tiró contra la pared como lanzada por un cañón. Rebotó, cayó al suelo y se levantó de un salto, lanzándose de nuevo hacia el enloquecido Octopus.

—¡Basta! —gritó—. ¡Basta, basta…! ¡Lo va a matar!

Octopus se detuvo entonces en seco y quedó jadeante, mirando con un odio infinito a Yuri Sivonov. Tras unos segundos, se volvió hacia Brigitte.

—Gracias… Gracias por haberlo impedido, 222. No quiero matarlo… No, no… Eso no… Id a buscar al doctor.

Los dos hombres salieron de allí, y Brigitte habría jurado que al igual que a ella las piernas les temblaban violentamente. Le quitó el látigo a Octopus y lo tiró al rincón.

—Por favor… Por favor, Octopus, vámonos de aquí… Se lo suplico.

—Sí… Nos vamos. He perdido el control unos segundos. Eso es lo que él quiere… Está deseando que lo mate, por fin. Quiere morir ya, de una vez, y así escapar de mí… Pero no lo logrará, no… —Se volvió hacia la puerta, donde había aparecido presurosamente un hombre vestido con mono blanco—. Atiéndalo, doctor. Conserve su vida sea como sea. Y ya sabe: si él muere, usted muere. Todo su trabajo aquí es mantenerlo vivo después de mis visitas. Sólo eso tiene que hacer, de modo que hágalo bien. Lo quiero siempre vivo, recuérdelo.

El doctor era un hombre de unos treinta y cinco años, atlético, tan apuesto como todos cuantos trabajaban para OCTOPUS. Tenía unos hermosos ojos castaños, brillantes de inteligencia, que se posaron brevemente en Brigitte antes de acercarse a Yuri Sivonov. Lo examinó brevemente y se volvió, pálido.

—Váyase tranquilo: todavía vivirá, Octopus. Pero se lo advierto: si no lo deja tranquilo una temporada, lo matará.

—Usted cuide su vida. Le pago veinticinco mil dólares mensuales para que haga solamente eso.

—Lo sé. Pero no puedo hacer milagros. Tendrá que reprimirse un poco durante un par de semanas. De lo contrario yo nada podré hacer. Se lo advierto en serio. Y no me amenace con matarme a mí, que esa historia ya la conozco.

Octopus frunció amenazadoramente el ceño, pero de pronto dio media vuelta y salió de la celda. Brigitte se fue tras él, siguiéndolo con ciertas dificultades debido a las larguísimas y furiosas zancadas del dirigente de OCTOPUS. La personalidad de aquel hombre estaba adquiriendo unas proporciones aterradoras, satánicas.

Y, de pronto, Brigitte creyó que iba a rodar por el suelo, que sus piernas no iban a sostenerla. Un miedo profundo, espantoso, estuvo a punto de paralizar todo su cuerpo cuando pensó que quizás antes de tres días Octopus iba a recibir la noticia de que las fotos que él había enviado al hombre que trabajaba para OCTOPUS dentro de la propia MVD no correspondían a las que constaban en aquellos archivos, en la ficha de Nina Fedorovna. En un instante lamentó haber entrado allí, en aquel lugar del mundo del que no tenía la menor idea de su situación, ni la más remota posibilidad de recibir ayuda de nadie. Si Octopus recibía la noticia de que ella no era Nina Fedorovna…

Tenía que salir de allí.

Tenía que salir cuanto antes. Afuera, podría luchar, intentar algo… Allí estaba condenada irremisiblemente a muerte… ¿A muerte? La muerte no era nada comparado con lo que Octopus podía hacer con ella… Recordó la imagen de Yuri Sivonov, y de nuevo sus piernas perdieron fuerza, temblaron…

Cuando estuvieron de nuevo en el salón de la vivienda de Octopus, Brigitte Baby Montfort estaba lívida de miedo.

Un miedo como jamás lo había experimentado en su vida. Un miedo profundo, paralizante, angustioso… Un miedo frío que parecía congelarla.

—¿Otra copa? —ofreció Octopus como si nada hubiese pasado.

Baby tuvo la impresión de que estaba tragando espino, y de que su rostro se iba a romper en pedazos cuando sonrió.

—Sí, gracias… Creo que ahora la necesito. Pero… preferiría *whisky*.

—Por supuesto… ¿Le importa servirme otra a mí?

—Encantada.

Nunca como en aquella ocasión comprendió Brigitte el gran dominio que, efectivamente, tenía sobre sí misma: sus manos apenas temblaron al servir *whisky* en dos vasos.

Cuando Octopus tomó uno, se la quedó mirando fijamente, y, de pronto, sonrió.

—Está muy impresionada, ¿no es cierto?

—Así es.

—Es natural… Y al mismo tiempo es maravilloso el dominio que tiene de sí misma. Usted es la agente que…

En el tablero de mandos de la pantalla de televisión sonó un zumbido, y uno de los botones rojos se llenó de luz. Octopus frunció el ceño, pero fue allá y apretó aquel botón. Los diez agentes especialmente entrenados aparecieron en la pantalla, en su aposento, todos en pie.

—Hemos tomado ya una decisión unánime, Octopus. Aceptamos a Am222 para dirigirnos en el Plan Uranio.

—¿Ya han podido estudiarla todo lo necesario?

—Mañana no hará nada que no haya demostrado ya que sabe hacer. La decisión es unánime. Ahora usted tiene la palabra.

—Está bien. ¿Tienen preparada la prueba final o consideran que

no es necesaria?

—Se ha recibido un informe de la Sala de Radios. Am205 ha informado de que agentes de la CIA están rondando el domicilio de Octopus1. Son dos agentes. Queremos que sea Am222 la encargada de matarlos. Dos de nosotros iremos con ella.

—Han localizado a Octopus1 —musitó Octopus—. ¿Están seguros de eso?

—Absolutamente. La CIA, de un modo u otro, ha conseguido llegar hasta él. Pero nosotros no queremos tomar decisiones sobre Octopus1. Sólo queremos ver cómo Am222 elimina a dos agentes de la CIA.

—Entiendo… Les notificaré mi decisión final más tarde… De todos modos, ordene que preparen uno de los submarinos para salida en cualquier momento.

Apretó el botón y la imagen desapareció, la pantalla se apagó. Se volvió hacia Brigitte y se quedó mirándola pensativamente.

—Supongo que lo ha oído todo bien —gruñó.

—Desde luego.

Octopus se dejó caer en un sillón, preocupado.

—Es lamentable… Muy lamentable en verdad. Pero…

—¿Tengo que eliminar a Octopus1?

Hubo un rápido brillo en el ojo de Octopus.

—¿Cree poder conseguirlo?

—No sé. Pero alguien tiene que intentarlo.

—Es lamentable… No me gusta eliminar a los jefes continentales. Será la primera vez que esto ocurra. Y… Bueno, si muere Octopus1, alguien tendrá que ocupar su puesto. Se le montará una residencia en Nassau, se le proporcionará de todo…

—¿Me está ofreciendo el puesto?

—¿Le interesa?

—Me gusta. Pero sería muy peligroso para mí y para OCTOPUS. La MVD me localizaría muy pronto.

—Claro… Bien, hay que eliminar a Octopus1, que está vigilado, supongo que por turnos, por parejas de hombres de la CIA. ¿Cuándo puede salir?

—Ahora.

—Magnífico. El submarino la sacará a mar abierto. Allá un hidroavión los recogerá a usted y a los dos hombres que quieren

acompañarla.

—¿Por qué un hidroavión?

—Porque es mucho más rápido que el submarino. En poco más de una hora la dejará cerca de Nassau. Allá la recogerá una lancha, que la llevará a Prince George Wharf, a los embarcaderos. A partir de entonces se moverá a pie. Cuando termine el trabajo hará el camino a la inversa.

—De acuerdo. Pero… supongamos que los que me acompañan caen. Supongamos que no consigo luego ponerme en contacto con los hombres de la lancha, ni con los del hidroavión, ni con los del submarino… ¿Cómo regreso aquí? ¿Qué isla es ésta?

Octopus movió negativamente la cabeza.

—Todavía no, Am222. Lo sabrá más adelante. Si se viese en apuros, regrese a Miami y preséntese a Octopus6. Parece que por allí todo está bien, de modo que sería recogida inmediatamente y devuelta aquí. No se preocupe por eso, tenemos muchos recursos.

—Está bien.

—¿Necesita algo especial?

—Sólo mi maletín.

—Pues… buen trabajo, 222.

—Gracias. Y… hasta la vista, Octopus. ¿O Najo…? ¿Cómo lo llamó Yuri Sivonov…?

—Quizá más adelante le explique mi historia personal. Ahora, no hay tiempo más que de actuar. Yo sabré pronto si todo ha salido bien. Si así es, cuando regrese todo estará preparado para el Plan Uranio.

—Estupendo. Adiós, Octopus. Voy a divertirme a Nassau.

Capítulo XI

A las diez de la noche, Octopus1, en esmoquin y ya a punto de abandonar su quinta para ir a divertirse por Nassau, recibió la noticia, y se quedó mirando atónito a su mayordomo.

—¿Am222? —musitó—. ¿Estás seguro de que es ella?

—Naturalmente, señor.

—Bien… Hazla pasar, por supuesto.

El mayordomo salió, y Octopus1 corrió hacia un cuadro, lo separó de la pared como si abriese la tapa de un libro, abrió luego la caja fuerte que había detrás, y sacó una pistola que guardó a toda prisa en un bolsillo interior del esmoquin. Cerró la caja, colocó el cuadro en su sitio y se volvió hacia la puerta encendiendo un cigarrillo, hosco el gesto, fruncidas Jas cejas.

Pero cuando Baby Montfort apareció en el gran despacho el hombre mostró su más cordial sonrisa, agradablemente sorprendida.

—Ésta es una gran sorpresa, Am222. No se me avisó de su llegada…

Se acercó a ella tendiéndole una mano, que Brigitte aceptó sonriendo dulcemente.

—Todo ha sido de improviso, Octopus1. Un viaje relámpago en submarino, en hidroavión, en lancha… Misión especial.

—Claro. Tengo entendido que ha desbancado usted incluso al Profesor.

—Exageraciones —sonrió ella, como un angelito—. Todos son demasiado amables conmigo.

—Se lo merece —sonrió también él—. ¿Puedo saber qué está haciendo en Nassau?

—Órdenes directas de Octopus. Tengo que eliminar a tres de los nuestros. Han sido localizados por la CIA.

—¡No es posible!

—¿No? Bueno, si tiene ganas de perder el tiempo en beneficio

exclusivo de la CIA sólo tiene que llamar por la radio a la base… Me gustará saber qué le contesta Octopus.

—Han debido notificarme por radio su viaje a Nassau. Entienda que yo no soy un agente cualquiera, sino uno de los jefes continentales. ¿Quiénes son esos tres agentes localizados?

—Am098, Am114 y Am117. Los que mataron a aquel agente de la CIA en Miami y me capturaron a mí, pasándome luego por Octopus6 en Miami y los que luego me identificaron aquí para usted.

—Ya… ¿Por qué ha venido a verme?

—Porque necesito un coche. Y alguien que, cuando haya terminado el trabajo, me lleve al embarcadero a toda velocidad; allá tomaré una lancha que me llevará a un hidroavión, el cual me llevará hasta el submarino que me devolverá a la base. Pero primero tenemos que llegar hasta esos tres hombres y eliminarlos.

—Usted es una gran experta, ¿no es así?

—Eso parecen creer todos.

—Bien… Muy bien. La llevaré junto a ellos…

—Primero localícelos. Dígales que lo esperen en un sitio determinado. Y no mencione mi presencia en Nassau. Podrían sospechar algo.

—Entiendo, entiendo… Un momento, por favor.

Octopus1 fue de nuevo a la caja fuerte y sacó de ella un grueso fajo de billetes, que guardó de cualquier manera en un bolsillo.

—¿Por qué el dinero? —inquirió Brigitte.

—Quizás haga falta. Podemos salir inmediatamente, pues tengo el coche preparado. Iba a salir dentro de unos minutos.

—Lamento haberle estropeado la velada.

—No importa —sonrió el hombre—. No importa, de veras. Primero es OCTOPUS que cualquier diversión personal. ¿Vamos?

Salieron los dos de la casa. Brigitte iba mirando de reojo a su acompañante. Por supuesto, no podía adivinar que Octopus1 había comprendido la verdad. Tampoco podía saber que aquel hombre, que intuía que OCTOPUS le había condenado a muerte, sólo quería escapar. Para conseguir lo cual nada mejor que ceder ante ella, llevarla en el coche, matarla en cualquier sitio y desaparecer con el dinero cogido de la caja fuerte… Siempre era mejor un hombre pobre vivo, que un millonario muerto…

Octopus1 se puso al volante, sacó el coche de la quinta, y lo dirigió hacia Farrington Road, alejándose de Ardastra Gardens hacia Lake Cunningham. En pocos minutos estuvieron rodando por una carretera despejada, bordeada de palmeras y pinos.

Y, de pronto, Octopus1 lanzó una exclamación.

—¡No he llamado a Am117…!

—Un olvido desastroso, Octopus1.

—Sí… Es que estas noticias no me gustan… Voy a parar a un lado del camino y los llamaré por el teléfono del coche.

—Buena idea. Siempre hay una solución para todo, ¿verdad?

Octopus1 detuvo el coche pocos segundos después a un lado de la carretera junto a un frondoso bosquecillo de pinos. Sonrió a Brigitte de aquel modo tan agradable, y cuando se disponía a sacar la pistola, se dio cuenta de que ella, si bien lo miraba con dulcísima expresión, tenía la mano derecha dentro de aquel maletín…

—Los llamo ahora mismo —musitó.

—Estupendo.

Octopus1 descolgó el teléfono, pidió el número a la central de radioteléfonos, y esperó.

—¿Dónde los va a reunir? —inquirió Brigitte.

—Les diré que me esperen en la habitación de uno de ellos…

—No, no. ¿En qué hotel están?

—En el Braemar.

—Bien. Dígales que lo esperen en la azotea. Que nadie los vea allí, naturalmente. Y sea convincente, de modo que ellos no se alarmen.

—Sí, lo haré… ¿Hola? ¿Hola? Oh, Joe… ¿Es cierto que pescaste ciento diecisiete truchas en una sola jornada?

—…

—Ajá. Ya me pareció una broma de Mike… Yo pesqué un pulpo, ayer, con arpón. Escucha, tendríamos que vernos… Es una broma que quiero devolverle a Mike… ¿Podéis ir los tres?

—…

—Una broma divertidísima, sí, hombre… Oye, necesito que me esperéis en la terraza de vuestro hotel…

¿Okay? Sí, sí, los tres… La broma va a dejar a Mike sin ganas de hacerlas él durante una temporada.

—…

—Pues… ahora mismo. Espero estar ahí antes de veinte minutos. Quizá media hora, como máximo…

¿De acuerdo? Pues hasta ahora.

Colgó el auricular y se quedó mirando a Brigitte.

—¿Satisfecha?

—Desde luego.

—¿Un cigarrillo?

Mientras hacía la pregunta Octopus1 movió la mano derecha hacia un bolsillo de su esmoquin, con toda naturalidad, como quien se dispone, efectivamente, a sacar el paquete de cigarrillos. Junto a él, risueños, veía los ojos de Brigitte.

Pero de pronto notó el duro contacto en su costado.

—Quieto, Octopus1. Yo dirijo el juego.

—Am222, escuche… Sé la verdad, la han enviado a eliminarme a mí, no a ellos… Quizás he fallado en algo… Pero podemos hacer un trato: diga que me ha matado, yo me esconderé… Octopus no sabrá la verdad. Y mañana… mañana mismo, o cuando usted quiera, le daré un millón de dólares en efectivo… ¡Un millón de dólares!

Brigitte había dejado de sonreír dulcemente. Sus ojos parecían entonces dos trozos de hielo.

—Si yo trabajase para OCTOPUS, posiblemente lograría convencerme. Pero no es así. Ya maté a Am112 y a Am119 por la muerte de Simón I… Y ahora voy a matarlo a usted, ya que, evidentemente, usted dio las órdenes…

—No… no entiendo… No conozco a nadie llamado Simón… Escuche, le daré dos millones… Dos, se lo juro.

—Centavos. Centavos, si lo comparamos con la vida de mis compañeros. Simples y cochinos centavos… Ah… ¿No sabe quién es Simón? ¿No? Se lo voy a decir: Simón es siempre ese muchacho desconocido que trabaja junto a mí, ayudándome, siempre a la espera, dispuesto a intervenir cuando las cosas no le vayan bien a Baby. Yo soy Baby, Octopus1… Brigitte Montfort alias Baby en los ficheros de la CIA. Adiós, Octopus1.

—¡No, espere, le…! Plop.

Plop.

Octopus1 se enderezó bruscamente y, de golpe, cayó de bruces sobre el volante. Brigitte le alzó la cabeza tirando de sus cabellos, y

colocó dos deditos en la carótida. Cierto: adiós, Octopus1.

Guardó la pistola, tranquilamente, y sacó la radio.

—¿As108?

—Adelante, Am222.

—Hecho. Lo he matado en el coche, a un lado del camino… ¿Tengo detrás de mí el coche con los dos agentes de la CIA?

—Sí. Nos preguntamos cómo saldrá usted de ésta.

—Pues yo les daré la respuesta. No estoy actuando a tontas y a locas, sino que he pensado bien las cosas. Voy ahora a por los de la CIA. ¿A qué distancia los tengo?

—A unos ciento cincuenta metros. Deben de haber visto el coche apartándose de la carretera, y están esperando.

—Les ahorraré esa molestia. Voy a dar la vuelta al coche, llegaré a donde están ellos, y los mataré. Cuando vean acercarse mi coche al de ellos, acérquense, vean lo que ocurre, y sigan adelante. Yo cogeré de nuevo el coche de Octopus1 y lo llevaré más lejos de aquí. Espero estar en el embarcadero a la una de la madrugada lo más tarde. Pero si no salen mal las cosas estaré ahí bastante antes. Corto y…

—No corte, Am222. Deje la radio abierta.

—Pero…

—Queremos oír cómo hace eso. Si lo consigue, la felicitaremos de muy buena gana. Estudiaremos su técnica, además.

—Es una técnica muy simple…

—No importa. Los resultados son los que hacen buena o mala una técnica. Deje la radio abierta.

—Está bien.

Brigitte dejó la radio abierta y se mordió los labios; con aquello, los dos hombres que la estaban estudiando habían conseguido que no pudiese llamar ahora a sus compañeros de la CIA. Por tanto, a pesar de lo peligrosa que resultaba, tendría que utilizar, de momento, la clave de las balas. Era peligrosa, pero no tenía más remedio. Requirió de nuevo la pistola, sacó el cargador, y colocó dos nuevas balas. Cuando estuvo lleno de nuevo el cargador, fue sacando las balas una a una y grabando algo en ellas, en el plomo, con una de las llaves del coche. Las colocó nuevamente y se apeó, dirigiéndose a pie hacia atrás… Vio el coche, regresó al de Octopus1, subió, le dio la vuelta y lo dirigió hacia el que ocupaban

los agentes de la CIA.

* * *

—Ahora ha puesto en marcha el coche —dijo E066.

—Veremos qué tal lo hace —musitó As108—. Esa mujer me parece incluso… diabólica.

—Es muy efectiva. Y estoy seguro de que le gusta su trabajo. Si sale bien de ésta creo que no tendremos que esperar a más para llevar a cabo el Plan Uranio…

—Calla… Parece que el coche está frenando… Míralo… Se detiene junto al de la CIA. Escuchemos… Oyeron los frenos. Luego, el golpe de una portezuela. Por fin, la voz de Brigitte y el diálogo breve que siguió:

»–Hola, muchachos. ¿Quieren ayudarme en algo?

»–Seguro que sí, linda. ¿Algo va mal?

»–Sólo el coche. Si fuesen tan amables de…

»Plop. Plop. Plop. Plop. Plop…

—¡Lo ha hecho! —exclamó E066—. ¡Vamos para allá!

Puso el coche en marcha rápidamente, y en pocos segundos llegaron a la altura de los otros dos vehículos. Brigitte estaba junto a la portezuela, y dentro se veía a los dos hombres, pues ella había encendido la luz interior… Abrió la portezuela, y el hombre de la CIA que estaba al volante, con la cara llena de sangre vuelta hacia la ventanilla, cayó al exterior, blandamente, mientras el otro se caía de lado, ocupando todo el asiento delantero. Luego vieron a Brigitte entrar en el coche de Octopus1, que estaba entonces sentado en el asiento contiguo al del conductor… Por último, captaron las rápidas señas de Brigitte para que se alejaran de allí, y obedecieron rápidamente, con el gas a fondo, mirando por el retrovisor alejarse también el coche de ella.

—Demonios —resopló E066—. ¡A eso le llamo yo trabajar con ganas de hacerlo bien!

—Es fantástica esa chica… Pero larguémonos de aquí, y ella ya se reunirá con nosotros en el muelle. No quisiera estar aquí cuando llegue la CIA en busca de sus agentes.

* * *

Los dos agentes de la CIA, uno con la cabeza vendada y el otro con un brazo colgando del cuello por medio de un pañuelo, miraban atentamente a su compañero, el hombre que para Brigitte era Simón II.

—¿Tienes las balas?

—Sí. Son cinco en total. ¿Cómo van esas heridas?

—Ella fue muy considerada —gruñó uno—. Sólo comprendí que era Baby cuando, mientras hablaba, parecía acunar a un niño en los brazos… Habría sido divertido, si entonces no nos hubiese mostrado la pistola. Lo demás, fue fácil. Ella empezó a disparar, nos hirió, y nosotros extendimos la sangre por el cuerpo, por la cara… Creo que hicimos muy bien el papel de muertos. Era eso lo que quería, supongo.

—Exactamente eso. Ved las balas… Cada una de ellas tiene una señal. Las dos que os hirieron a vosotros llevan una cruz grabada en el plomo. Eso quiere decir: muertos. Por tanto, regresaréis a casa en ataúd, por si esa gente vigila.

—Es una gracia —gruñó el otro.

—Un poco de gracia sí tiene —sonrió Simón—. Ved las otras tres balas, las que disparó contra los asientos haciendo creer que lo hacía contra vosotros. Una de ellas tiene una raya que rodea completamente la base: eso quiere decir movilización general. La otra tiene también una raya que la rodea, pero subiendo en espiral, lo cual quiere decir calma y vigilancia con todos los medios. La tercera bala tiene otra raya, que también rodea la base, pero muy ondulada. Eso quiere decir, simplemente, mar.

Y no hay más.

—Es decir, que nosotros dos debemos desaparecer, y la noticia que circulará respecto a nosotros es que estamos muertos.

—Exacto.

—Las demás balas indican que estemos a la expectativa, en el mar, utilizando todos los medios de que disponga la CIA.

—Así es. De todos modos… ¡Está llamando!

Simón sacó rápidamente la radio de bolsillo, camuflada en el paquete de cigarrillos, y admitió la llamada.

—¿Baby? —Casi gritó.

—Hola, Simón. ¿Bien lo de las balas?

—Sí, sí… Ellos están conmigo ahora… ¿Dónde está usted?

—¿Ha entendido el mensaje de las balas? No he podido utilizar la radio hasta ahora.

—Creo que lo he entendido: los dos están muertos, y la CIA debe permanecer vigilando el mar con todos sus medios.

—Así es. Estupendo, Simón. ¿Tiene ahí un magnetófono?

—Puedo tenerlo en un minuto. —Hizo una seña al agente de la cabeza vendada, que salió como una flecha del cuarto—. ¿Está bien, Baby?

—Sí. Tienen que vigilar con más precauciones a los hombres que van descubriendo, Simón. Octopus supo que tenían vigilado a Octopus1.

—¿A quién?

—A Octopus1 —rió Brigitte—. Me refiero al hombre que tenían vigilado en la villa. ¿Cómo se llamaba, en realidad?

—José Saavedra, chileno. Llegó a Estados Unidos…

—No me interesa eso ahora. ¿Cómo se llama el de la quinta de Miami Beach?

—Nick Allyson. Espero que a éste lo estarán vigilando con más discreción.

—Así lo espero, porque de otro modo también tendría que matarlo, igual que a Octopus1…, quiero decir el tal José Saavedra.

—¿Qué está ocurriendo, Baby? Necesito saber… ¡Ya está aquí el magnetófono! ¿Bastará una cinta de una hora?

—¡Una hora! ¡Tengo que relatarles todo lo que sé en menos de quince minutos, Simón! Dígame cuándo empiezo la explicación.

—Un momento. —Simón acercó la radio de bolsillo al pequeño magnetófono que había traído su compañero, lo puso en marcha y avisó—: Ahora, Baby. Adelante: todo quedará grabado.

—Bien. Empezaremos por…

* * *

Catorce minutos más tarde, Baby Montfort informó que iba a cortar. Los agentes de la CIA salieron entonces de su asombro.

—¡Pero esto es fantástico! Díganos dónde está ahora, Baby, y buscaremos juntos esa isla…

—No. No, no, Simón… Quiero hacerlo a mi manera. No nos precipitemos. Ya tendrán noticias mías. Hasta entonces, buena suerte… Y perdón por los balazos, muchachos. Ya nos veremos, queridos.

—¡Baby, tiene que…! —gritó Simón II.

—Ha cortado —dijo uno de los heridos—. Esa chica está loca… Está metiendo la cabeza en la guillotina ella solita.

—Y ni siquiera sabemos dónde está, para ir a buscarla y ayudarla…

* * *

No muy lejos de allí, Baby Montfort, de pie en la acera, miraba críticamente el edificio del Braemar Hotel, especialmente hacia la azotea. Parecía que todo estaba bien, y que la cosa podría realizarse.

De modo que, por fin, fue hacia allá.

Entró en el vestíbulo con toda calma y se dirigió con naturalidad hacia el ascensor, al cual entró. Salió de él en un piso antes del último y continuó la ascensión por la escalera, silenciosamente. En el último piso, junto al ascensor, había una puerta de rejilla metálica que cerraba el paso a los escalones que conducían a la azotea. Como esperaba, aquella puerta había sido abierta ya. La abrió del todo lentamente, la ajustó luego a su espalda y continuó subiendo, siempre en silencio. Llegó por fin a otra puerta, de madera, y que también estaba abierta, lo cual comprobó tocándola con dos dedos. Sacó la pistola, se pasó el asa del maletín por la muñeca derecha y empuñó entonces la pistola. Se preparó, abrió la puerta de golpe y apareció de pronto en la azotea.

No vio a nadie, pero dominó su sobresalto y mantuvo la serenidad, con firmeza, apretando con fuerza la pistola.

—117 —llamó—. ¿Está ahí?

Un hombre apareció ante ella, de pronto, colocándole la pistola junto a la sien.

—Aquí estoy, Am222.

Brigitte miró su propia pistola y la bajó, simulando que le costaba un gran esfuerzo sonreír.

—Tenemos que irnos de aquí enseguida —dijo nerviosamente—.

¿Dónde están 098 y 114?

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está Octopus1?

—No vendrá. Vámonos… Ya les explicaré por el camino.

Guardó la pistola en el maletín y se dirigió hacia la puerta. Cuando se volvió, Am117 continuaba en el mismo sitio, ladeada la cabeza, entornando los ojos. Desde abajo llegaban las luces de colores de los luminosos de Nassau, y a lo lejos se veían las luces rojas y verdes de las embarcaciones… Una gigantesca luz roja se apagaba y se encendía cada segundo…

—Vamos —se crispó la voz de Brigitte—. ¡Tenemos que correr!

Am114 y Am098 aparecieron por el otro lado, ambos empuñando sus pistolas.

—¿Qué le ha ocurrido a Octopus1? —Gruñó 098.

—He tenido que matarlo. Vamos, no perdamos más tiempo… ¡Y guarden esas pistolas! ¡No vamos a ir por el hotel con ellas en las manos! ¡Deprisa!

Salió por la puerta de madera, pero reapareció apenas dos segundos más tarde, justo cuando los tres hombres estaban guardando sus pistolas. Ella les apuntó con la suya.

—Así, queridos —sonrió—. Quietecitos. Ahora, acaben de sacar las manos… vacías. Los tres hombres vacilaron, mirándose. Am098 tiró de su pistola de pronto… Plop.

Recibió el balazo en la muñeca, y la pistola saltó, deslizándose por la azotea, mientras 098 lanzaba un gemido de dolor y se encogía, sujetando su mano herida… La pistola de Brigitte continuaba apuntando firmemente a los tres hombres.

—No sean estúpidos —amonestó acremente—. Van a obligarme a matarlos.

—¿Acaso no es eso lo que quiere hacer? —murmuró Am114.

—Si no me obligan no. Vayan hacia allá y tiéndanse en el suelo, boca abajo. Cuando estén así, saquen sus pistolas y échenlas hacia un lado.

—¿Qué es lo que pretende?

—Dejarlos amarrados para que los recojan unos amigos míos. Pero si prefieren que mis amigos recojan unos cadáveres…

—¿Qué amigos…? ¿Quiénes son sus amigos?

—Unos buenos chicos. Hagan lo que les digo.

Am117 se pasó la lengua por los labios. De pronto se dirigió

hacia el lugar indicado por Brigitte y se tendió boca abajo. Am098 y Am114 le imitaron enseguida. Y todavía estaba Am114 tendiéndose cuando recibió el fortísimo golpe en la nuca, con la pistola. Acabó de caer de golpe, como muerto. Am117 se movió…, pero muy poco, porque la pistola de Baby Montfort golpeó ahora en su cabeza…, por dos veces, ya que el primer golpe no la convenció. Am098 estaba todavía arrodillado, y dio frente a Brigitte, mirándola fijamente, quizá pensando que si no volvía la espalda a él no le golpearía…

Recibió el golpetazo en la frente, y un puntapié que lo tiró de lado. Por último, el golpe definitivo, en la nuca, que lo aturdió por completo.

Brigitte los fue examinando a los tres, con precauciones, para convencerse de que, efectivamente, estaban sin sentido. Luego abrió el maletín y sacó un rollo de alambre. Con éste fue atando a los tres hombres, juntos, rodeándolos de tal modo que sólo cortando el alambre podrían soltarse. Cosa que, desde luego, no lo iban a lograr sólo con las manos. Una vez bien atados con el duro alambre, se incorporó. Se limpió las gotitas de sudor mientras buscaba su objetivo. No estaba muy lejos. Y, por supuesto, protegido por una funda metálica con una pequeña puerta. Fue allí, abrió la puertecilla con una ganzúa e iluminó el interior con la pequeña linterna. Allá estaba la palanca de control de la corriente eléctrica del edificio, junto a los transformadores y demás piezas. Regresó junto a los tres hombres, cogió por las piernas a uno y tiró de él hacia la puertecilla. Dejó de hacerlo cuando los tuvo a los tres a un par de metros. Luego, con otro trozo de alambre hizo un empalme en el que ataba a los tres, y dejó el otro extremo suelto. Sacó un cuchillo y unas pinzas, que dejó a su lado. Dejó la linterna encendida y apuntando hacia los mandos eléctricos, y, de pronto, asió la palanca y la bajó. Inmediatamente, hubo una disminución de luz a su alrededor, y oyó, lejanas, algunas voces de sorpresa… El Braemar Hotel había quedado a oscuras.

A partir de ese instante, Baby Montfort trabajó a toda prisa. Con el cuchillo arrancó uno de los cables de alta tensión y lo cortó y quitó su protección, raspando desesperadamente. Entonces, empalmó al cable de alta tensión el extremo del alambre que a su vez estaba empalmado con el que ataba a los tres hombres.

Hecho esto, sacó un frasquito, lo destapó y vertió parte de su contenido por los rostros de los tres hombres, que se agitaron inmediatamente, tosiendo… Todavía tardaron algunos segundos en recordar lo sucedido, y en distinguir a Am222 ante ellos, acuclillada.

—¿Me reconocéis?

No lo dijeron, pero era evidente que sí la reconocían. Brigitte Montfort sonrió cruelmente, entonces.

—Mi nombre auténtico es Brigitte Montfort. Trabajo para la CIA, y si algo hay que me saque de mis casillas es que asesinen a mis compañeros… ¿Recordáis que matasteis a uno, en Miami? ¿Y a otro, en Nassau? No los conocía, pero ellos eran mis amigos. Vosotros sois mis enemigos, y os habéis ganado la pena de muerte. La que a vosotros os gusta: electrocución… Lamento que no pueda ser en un ascensor, pero comprended que no siempre se puede hacer lo que uno quisiera. De todos modos, suponed que soy un tribunal cualquiera de los Estados Unidos, de la CIA, de mis amigos llamados Simón…, y en mi propio nombre os condeno a morir en la silla eléctrica… Juez y verdugo, fallo inapelable. Mal viaje al infierno, asesinos.

Los tres hombres estaban petrificados de espanto ya que mientras ella hablaba habían visto la instalación eléctrica, iluminada por la pequeña linterna.

No tuvieron tiempo de decir nada, porque Baby Montfort regresó la palanca de conexión a su lugar y la luz volvió al Braemar Hotel de Nassau. Volvió incluso a los cables de alta tensión y pasó por aquel alambre…

Alta tensión.

Y eso era todo.

Capítulo XII

Casi a las cuatro de la madrugada, avisado por la radio del submarino, Octopus acudió a recibir a Brigitte, bien despejado y ordenados sus largos cabellos y la espesa barba. Cuando ella apareció en el salón, se quedó mirándola atentamente, y, de pronto, sonrió con aprobación.

—Buen trabajo —elogió.

—Gracias, Octopus.

—¿Cansada?

—No demasiado. He dormido algo más de tres horas en el submarino, aprovechando que nos recogieron más cerca de Nassau de lo que esperaba. El viaje ha sido más largo, pero he dormido. ¿Todo bien por aquí?

Octopus volvió a sonreír, secamente.

—Parecemos ya dos estupendos aliados, 222. Empieza a haber una gran confianza entre nosotros… Y eso me gusta. ¿Quiere beber algo?

Brigitte se acercó lentamente al sofá, se sentó y miró con intención a Octopus.

—Creo que tomaré un poco de kirsh. Y… estoy tan cansada, de pronto, que me parece que ni siquiera tendré fuerzas para llegar a los aposentos.

Las manos de Octopus tuvieron una levísima vacilación mientras estaba sirviendo la bebida.

—Puede quedarse aquí, si quiere.

—Es una idea tan agradable como cualquier otra —sonrió Brigitte dulcemente—. Se está muy bien en este sofá.

—Hay comodidades mejores en este alojamiento —musitó él, roncamente, tendiéndole la copa—. Se convencerá pronto de ello.

—Así lo espero. La comodidad siempre ha sido muy de mi agrado.

Bebieron los dos, en silencio. Luego, Brigitte se puso en pie y se quedó mirando a Octopus, el cual, a su vez, miraba fijamente los hermosos ojos azules llenos de promesas. Dejó lentamente su copa y se dirigió hacia una puerta. Brigitte fue tras él, y se detuvo en el umbral cuando Octopus hubo abierto aquella puerta. Volvió a sonreír dulcemente mirando a Octopus y cruzó el umbral.

* * *

Octopus, en el salón, se volvió y vio a Brigitte caminando hacia él. Señaló la mesa, en la cual se veía un copioso desayunoalmuerzo.

—Son las tres de la tarde, hora exterior —dijo—. ¿Has descansado bien?

—Muy bien —sonrió ella.

Octopus señaló una de las sillas.

—Siéntate. Mientras comemos te iré explicando todo lo referente al Plan Uranio.

—Y tu historia —le amenazó Brigitte con un dedito.

Se sentó, y Octopus hizo lo mismo, sonriendo fríamente.

—También mi historia. Es una historia vulgar, simple. Me llamo Najo Vakan, soy armenio y tengo cuarenta años.

—¿Es todo? —rió Brigitte.

—No… Supongo que te has dado cuenta de que me falta la mano izquierda y el ojo derecho.

—Por supuesto.

—¿Sabes a quién se lo debo?

—Déjame pensar…, déjame pensar… ¿A Yuri Sivonov?

—¡Sí! ¡A ese maldito perro ruso que…!

—Cálmate. Sosiégate, Najo. Tú también eres casi tan ruso como él, como yo misma… Y recuerda siempre que no hay que ofender al enemigo —sonrió deliciosamente—: basta con matarlo.

—No he querido ofenderte a ti… Y no eres mi enemiga, aunque seas rusa blanca… ¿Matarlo? ¿Matar a Yuri Sivonov? Ah, no… Yuri va a vivir todos los años que el doctor pueda conseguir. Aunque me cueste trescientos mil dólares al año, Yuri Sivonov va a vivir cuantos más mejor… Y durante esos años yo iré torturándole más, y más, y más… Día a día…

—¿Qué ocurrió entre vosotros?

—Fue hace cinco años, al principio del enfriamiento entre Rusia y China comunista, cuando los occidentales aún no se habían dado cuenta de eso como tú debes saber. Al principio no le dieron demasiada importancia, considerándolo como… pequeñas rencillas familiares. Sin embargo, Rusia y China habían movilizado ya muy activamente a sus agentes secretos, en busca de información respecto al comportamiento o intenciones del otro… Por dinero, yo, un armenio, elegí trabajar para China. Era un buen agente, te lo aseguro… Durante unos meses estuve operando en la frontera turca. Luego fui enviado a Istanbul, a formar parte de una red que estaba funcionando con buen éxito allí… Entonces fue cuando Yuri Sivonov, de tu maldita MVD, dio conmigo. Me atrapó apenas llegar a Istanbul, y quiso saber quiénes componían la red y dónde encontrarlos… Le dije que no lo sabía. Lo cual era verdad, ya que a mí tenían que recibirme dos agentes que trabajaban para China, y entonces introducirme en la red de Istanbul. No conocía a nadie, estaba esperando el contacto cuando Yuri Sivonov me cazó. Y no quiso creerme… Le dije que yo sólo sabía que tenía que esperar el contacto, pero ese contacto ni siquiera se intentó, ya que los míos debieron de enterarse de que Sivonov, o la MVD, me habían atrapado. Sivonov no creyó nada de lo que le dije, y quiso arrancarme una verdad que yo… desconocía.

—¿Te cortó una mano? —musitó Brigitte.

—Y me… arrancó un ojo…, entre otras cosas. No se detuvo ante nada. Por fin, algunos días después, me tiró al Mármara, en una playa rocosa, riendo… No quiso matarme. Prefirió que me ahogase, convertido en una piltrafa.

—Entiendo… —susurró Brigitte—… Pero tú conseguiste salvar la vida. Él debió haber tenido en cuenta que tú eres un hombre muy fuerte, Najo… ¿Qué pasó luego?

—Salí adelante. Dos años después estaba trabajando de nuevo, por mi propia cuenta. Fui conociendo personas importantes… Importantes en cuanto a dinero, quiero decir. Yo tenía ya la idea de crear OCTOPUS, y… lo he conseguido. Trabajo para mí, no para los demás. Aquello terminó… Mis compañeros no me ayudaron cuando los necesitaba. Ni siquiera intentaron matarme, o salvarme… Cualquier cosa. Se limitaron a permanecer inactivos.

—Son cosas del espionaje.

—Ya lo sé. Pero si ahora me pasa algo parecido, al menos que todo haya sido en mi propio beneficio.

—Claro. En cuanto a Yuri Sivonov deberías matarlo ya y…

—No quiero hablar más de eso contigo, Nina.

—Bien —ella sonrió, comprensiva—. Lo entiendo. Hablemos entonces, por fin, del Plan Uranio. ¿Te parece?

La expresión de Octopus se animó; su ojo brilló codiciosamente.

—El mejor plan que se pueda idear para nosotros, Nina. Vamos a obtener ganancias de mil millones de dólares anuales, gracias a nuestra red de agentes en todo el mundo.

—Magnífico. Pero me parece un poco… fantasioso. ¿Cómo piensas conseguir todo eso?

—Provocando un enorme disturbio internacional que pueda ocasionar, por fin, la Tercera Guerra Mundial que todos están esperando.

Brigitte tuvo, por un instante, la sensación de que el corazón le daba un gran vuelco que iba a dejarla sin aliento. Supo que había palidecido un poco, pero conservó la serenidad.

—¿La Tercera Guerra Mundial? —musitó—. ¿Cómo esperas conseguir semejante cosa?

—Lo conseguiremos con el Plan Uranio. Tú lo realizarás.

—De acuerdo. Pero ¿en qué consiste?

Octopus entrecerró los párpados, y su imaginación se adelantó hacia el futuro.

—Cuando estalle esa guerra —murmuró— todos los países del mundo movilizarán sus servicios secretos, tendrán que ampliarlos. Para entonces, OCTOPUS podrá ya ofrecerles toda la información que quieran… Les facilitaré el trabajo a muchos. ¿Tiene intenciones Estados Unidos de invadir Cuba inmediatamente? Eso lo querrán saber los cubanos. OCTOPUS se lo dirá, junto con otras cosas…, por diez millones de dólares. ¿Piensa Rusia adentrarse en África y colocar allí enormes bases de proyectiles atómicos dirigidos hacia todo el mundo? Eso querrán saberlo Estados Unidos, Egipto, Argelia, Europa entera… Pues bien: OCTOPUS se lo dirá… por algunos cientos de millones de dólares. ¿Dispone China de proyectiles dirigidos en cantidad suficiente para alarmar a Rusia y al resto de Asia? OCTOPUS se lo dirá a Rusia, a Asia. Pero, sobre todo, OCTOPUS tratará con aquellos países asustados, pillados de

sorpresa, que no disponen de una CIA, una MVD o un MI5… Con esos pequeños países que han estado durmiendo, aletargados…, y que no sabrán a qué atenerse hasta que OCTOPUS les diga la verdad de lo que ocurre en el mundo, de lo que puede ocurrir: las intenciones de Rusia, las ambiciones de China, los deseos de Estados Unidos… Pero estos países disponen de unos servicios de espionaje fabulosos, nosotros lo sabemos, y quizá no precisen…, de momento, la ayuda de OCTOPUS, porque deben de saber tanto como OCTOPUS misma. Los países pequeños, sí. Querrán saber si los gigantes que tienen por vecinos van a invadirlos, con qué armas, si les lanzarán cohetes atómicos o no… Todos querrán saber muchas cosas… Y OCTOPUS complacerá a todos. ¿He dicho mil millones de dólares en un año? Bien…: Quizás he sido muy modesto.

—¿Te das cuenta de que, aunque tengas cerca de mil agentes en todo el mundo, eres sólo un… insecto comparado con la CIA, con la MVD, con el Deuxième Bureau, con el MI5, con el Servicio Secreto chino, con…?

—No tanto, no tanto —rió Octopus—. Por otra parte, ya te digo que serán los países pequeños, los asustados, quienes aceptarán inmediatamente las informaciones de OCTOPUS. Y estoy convencido de que también los colosos —sonrió astutamente— querrán saber qué es lo que sabe OCTOPUS, y qué puede proporcionarles a ellos. Y pagarán por saber todo eso.

Brigitte estuvo unos segundos pensativa. De pronto, no sentía el menor apetito; pero continuó comiendo, lentamente, con un esfuerzo.

—Parece… que puede realizarse.

—¡Claro que se puede realizar! Tengo hombres en todos los continentes. Hombres que han aportado… el capital, para la creación de OCTOPUS. Hombres a los que les interesa la guerra y el dinero, y que dirigen muchos agentes en sus respectivas demarcaciones: fabricantes de armas, de vehículos, de medicamentos, de uniformes, de calzado… Varios hombres que controlan mercados y que están trabajando para mí, como… como socios. Ellos quieren ganar esos millones. Y yo también… Ya te dije que ahora trabajo para mí. Lo que aprendí, lo estoy utilizando ahora en mi exclusivo beneficio.

—Es razonable por tu parte —murmuró Brigitte—. Pero me

gustaría saber cómo piensas desatar esa Tercera Guerra Mundial.

—El Plan Uranio.

—Ya sé, ya sé… ¿En qué consiste?

—Dices que conoces Nueva York… Muy bien. Dime un edificio políticamente importante al que se pueda llegar por mar… Más datos aún: se puede llegar por río. Exactamente el East River, a la derecha de Manhattan. ¿Qué edificio políticamente…, internacionalmente importante hay junto a la orilla derecha del East River?

Brigitte palideció ahora intensamente.

—¿La… la ONU?

—¡La ONU, exactamente! Tú y los diez hombres preparados para esta misión vais a volar ese edificio. Y precisamente cuando esté lleno de políticos de todos los países, reunidos en Asamblea General.

La mandíbula inferior de Brigitte comenzó a temblar convulsivamente. La comida que tenía en la boca pareció convertirse, de pronto, en el más amargo de los venenos. Pero, en un instante, la idea de que si ella no realizaba aquel «trabajo», otro agente de OCTOPUS sería el encargado de realizarlo pasó por su mente. Fue como un fogonazo brillantísimo, que la mostró a ella misma encerrada en una de aquellas celdas por no haber realizado el Plan Uranio, o por haber flaqueado… Y mientras ella esperaba en aquella celda maloliente la llegada desde Rusia de la noticia de que no era Nina Fedorovna Sakian, nacida en Kalinin, Rusia, el ocho de agosto de mil novecientos cuarenta y uno…, mientras ella esperaba eso, con grilletes en las manos y los pies, diez hombres mandados por el undécimo elegido por Octopus volaban el edificio de las Naciones Unidas…

Su mandíbula se movió entonces para continuar masticando la comida, su gesto se relajó, su mirada se calmó.

—Es un plan muy ambicioso, Najo.

—Me ha parecido que te impresionaba demasiado…

—No, no…

—¿Estás segura de que puedes llevarlo a cabo?

—Espero que sí. Dime cómo.

—Uno de mis submarinos os llevará a ti y a tus hombres hasta cerca de Nueva York. Por allá abordaréis un pesquero que está

esperando hace semanas actuando normalmente en todo momento. A ese pesquero, desde el submarino, serán trasladados dos pequeños y ligeros cañones, que inmediatamente serán camuflados en la cubierta. Y también dos pequeñas granadas con carga atómica. Una carga muy pequeña, Nina…, pero suficiente para no dejar ni rastro del edificio de la ONU.

—Ni de una buena parte de Manhattan —deslizó Brigitte.

—Obviamente. Serán las primeras víctimas de la Tercera Guerra Mundial… ¿Crees que podrás dirigir ese pesquero justo hasta delante mismo de la ONU?

—No veo la dificultad por ningún lado. Excepto que esos diez hombres y yo también moriremos.

—No, no —rió Octopus—. Iréis provistos de equipos que os aislarán de las radiaciones. Además, efectuaréis los disparos a la vez, apuntando a la base del edificio…, y os tiraréis al río, cada uno con su equipo de hombrerana, de material protector. Tendréis que nadar durante una hora río abajo, subir a una lancha que tendréis preparada y navegar hasta el punto convenido con el submarino. Ten en cuenta que esas granadas atómicas son ínfimas… Para vuestra seguridad, deberíamos emplear otro explosivo. Pero no hay ninguno que pueda derribar, con dos pequeñas granadas disparadas por dos pequeñísimos cañones, un edificio de esa naturaleza. Iréis lo bastante bien equipados como para no tener preocupación ninguna. ¿Puedes hacerlo?

—Sí.

—¡Magnífico! Tú y tus hombres disponéis de todo el día para poneros de acuerdo en los detalles que creáis necesarios. Les avisaré ahora mismo de que…

—Un momento, Najo. Quiero la máxima seguridad para mí. Supongamos que no puedo llegar a la lancha, que pierdo a esos hombres, que no llego al submarino… Ya sé que una de las cualidades del jefe del grupo debe ser la capacidad de recorrer aunque sean mil kilómetros por sus propios medios y en malas condiciones. Puedo llegar a Miami, estoy segura de eso… Pero anoche regresé de liquidar a Octopus1… ¿Quién me asegura que Octopus6 no ha tenido que ser liquidado en ese tiempo, o que está vigilado por la CIA, igual que lo estuvo Octopus1? ¿Qué hago yo entonces, Najo?

Octopus se puso en pie, fue a la pared y tiró de una anilla, bajando un gran mapa protegido por cristal que abarcaba toda la zona de las islas Bahamas. Su dedo se posó sobre un pequeño punto de color tierra.

—Éste es el Arrecife de las Gaviotas. Desde el exterior es sólo un asqueroso islote lleno de gaviotas que vienen aquí a criar y a defecar. Está exactamente a veintitrés grados de latitud norte y a setenta y dos grados y medio de longitud oeste. A su izquierda y un poco arriba, como a cincuenta y cinco kilómetros, el Kayo Samana. Al sur, y aproximadamente a esa misma distancia, la isla Magaguana, perteneciente a Jamaica. Las tres forman un triángulo casi equilátero. El Arrecife de las Gaviotas es, pues, fácil de localizar… cuando ya se le conoce y se le da la debida… importancia.

—¿Estamos en el Arrecife de las Gaviotas?

—Debajo de él —sonrió Octopus astutamente.

—Entiendo… ¿Pero sólo se puede entrar aquí por debajo del agua?

—Hay algunas grietas en el techo. Pero me gustaría ver quién es capaz de entrar por ahí… Y, sobre todo, por qué se le iba a ocurrir semejante tontería…, en el supuesto de que localizase esas grietas.

—Claro… ¿Qué ocurre si otra embarcación se acerca al arrecife?

—Nuestro radar nos tiene siempre bien informados. Si la visita nos pareciese peligrosa, uno de nuestros submarinos puede hundir a cualquier navío en dos minutos. No un acorazado o un portaaviones, por supuesto, pero sí embarcaciones de menor importancia. Se hunde el navío indisreto…, y aquí no ha pasado nada.

—Arrecife de las Gaviotas: veintitrés grados latitud norte, setenta y dos grados y medio longitud oeste… No lo olvidaré.

—Estupendo. ¿Algo más?

—No. ¿Conocen ya esos diez hombres el plan?

—Ellos y el Profesor te pondrán al corriente de todos los detalles. Hay un submarino esperando hace semanas. Revisa todo el equipo, asegúrate de que todo está bien, convéncete de que no se te escapa ningún detalle… No podemos fallar, Nina.

—¿Nina… o Am222?

—Ahora eres Am222.

—Entiendo, Octopus.

—Podéis salir esta misma noche. Viajaréis a la velocidad justa y precisa para llegar a Nueva York mañana por la noche. Os estará esperando el pesquero con el cual comunicaréis por radio, utilizando la frecuencia que ellos establecen en su radio de seguridad cada noche, de doce a doce y un minuto. Lo demás tienes que resolverlo tú.

—Lo resolveré. ¿Sigue en pie lo del medio millón de dolares?

Najo Vakan, alias Octopus, sonrió con intención.

—Si continúas a mi lado, como pareces estar dispuesta a continuar, no debes pensar en eso. Es una miseria comparado con lo que puedo ofrecerte.

—Oh… ¡Maravilloso, querido!

Octopus se acercó a Brigitte y la besó en los labios.

—Ya conoces a Najo Vakan y conoces su Plan Uranio… ¿Puedo contar contigo… para siempre, Nina?

—Mientras estés vivo —sonrió Baby Montfort— te aseguro que no pienso perderte de vista, Najo Vakan.

Capítulo XIII

Casi a las doce de la noche, hora exterior, Brigitte agitaba la mano hacia el muelle desde el puente del submarino, en despedida sonriente a Octopus, junto al cual estaba el Profesor, aparte de la guardia personal del dirigente principal de OCTOPUS. Luego penetró por la escotilla al interior del submarino. La escotilla fue cerrada, sonó la sirena de inmersión, y todos los tripulantes entraron en actividad.

Brigitte, maletín en mano, se dirigió hacia el pasillo de los camarotes del comandante y segundo de a bordo. Esperando en el camarote del comandante estaban los diez hombres que componía su dotación para llevar a cabo el Plan Uranio.

Segundos después aparecía el propio comandante.

—Estaremos en mar abierto dentro de medio minuto. Hay que ir despacio por aquí… ¿Alguna orden especial, Am222?

—Sí. No debemos ser molestados por ningún pequeño contratiempo. Quiero que lleguemos los once a Nueva York en perfectas condiciones físicas, sin molestia, sin sueño… Ellos ocuparán el compartimiento de la tripulación durante veinticuatro horas, usted y el segundo de a bordo ocuparán el camarote de él, y yo ocuparé éste. La tripulación dormirá en sus puestos. ¿Entendido?

—Entendido.

—¿Cuántos hombres hay en total?

—Doce.

—Está bien. Dé las órdenes oportunas, comandante. Ustedes, vengan conmigo a su camarote común, y ordenen sus cosas en las literas. Asegúrense una vez más de que no les falta nada. Y harán lo mismo dentro de veinticuatro horas, antes de desembarcar.

Salió del camarote, pero siempre llevando consigo su maletín, que la propia OCTOPUS le había proporcionado, así como el libre acceso a Aprovisionamientos, donde la divina espía internacional se

había equipado a su gusto y antojo para aquel viaje.

El dormitorio de la tripulación no era precisamente amplio, pero calculado para doce hombres permitiría una estancia relativamente cómoda y sobre todo tranquila, de aquellos diez agentes. Éstos obedecieron en silencio y de buen grado las disposiciones de Brigitte, la cual, una vez más, revisó los diez equipos.

—Todo conforme. Ahora, tenemos que dormir. Si alguno está inquieto, o siente insomnio, que tome la píldora adecuada. Por encima de todo tenemos que llegar a nuestro destino en perfecto estado. Habrá que nadar una hora por el East River…, y les aseguro que eso no va a ser agradable. Si ocurre cualquier cosa durante el viaje, uno solo de ustedes vendrá a notificármelo a mi camarote. ¿Necesitan algo?

—Nada —sonrió Af047—. Ya vemos que estamos muy bien atendidos. Brigitte sonrió y alzó amistosamente una mano, abandonando su seriedad.

—Buena suerte, muchachos.

Salió del dormitorio con literas y fue al suyo. Cerró la puerta, colocó el maletín sobre la litera, y también se aseguró de que todo estaba en orden allí. Una dura sonrisa pareció resbalar por los hermosos labios, desapareciendo enseguida. Una cosa era segura: el menor fallo ocasionaría inmediatamente que jamás volviese a hablarse en el mundo de Brigitte Baby Montfort.

Miró la hora en el relojito de Nina Fedorovna. Luego encendió un cigarrillo, se sentó en la litera y se dispuso a esperar. La paciencia es una de las primordiales cualidades del espía.

* * *

Cuando miró de nuevo el relojito, eran las tres. Teniendo en cuenta que viajaban a unos cuarenta nudos, la isla de Nueva Providencia, y por tanto la ciudad de Nassau, debía de distar en aquellos momentos unos doscientos kilómetros al sur del submarino.

Por tanto, había llegado el momento.

Apagó el último cigarrillo, cogió su maletín y sacó de él un frasco y una gruesa jeringuilla de larga aguja. Torció ésta un poco y luego pinchó la tapa del frasco, en cuyo interior no se veía absolutamente nada. Hecho esto sacó un rollo de vendas, aspiró

hondo y se vendó fuertemente la boca y la nariz, pasando varias veces la venda por la nuca. Hizo un rápido nudo. Cogió de nuevo la jeringuilla y estiró bruscamente del émbolo.

A partir de entonces, actuó poco menos que corriendo, ya que sabía que no podría estar más de noventa segundos reteniendo el aire en sus pulmones. Llegó a toda prisa, descalza, hasta la compuerta del dormitorio de la tripulación, metió la aguja por un diminuto orificio de engrase y apretó también bruscamente el émbolo. Inmediatamente regresó corriendo a su camarote, se encerró en él y se quitó las vendas de un tirón, respirando con ansiedad. Se tendió en la litera, suspirando…

Quince minutos después volvió a consultar el relojito. Y de nuevo salió de su camarote. Fue al dormitorio de la tripulación, abrió la compuerta y entró. En el aire quedaba todavía un ligerísimo olor a gas…, y los diez hombres de OCTOPUS yacían tranquilamente dormidos en sus respectivas literas. Del equipo de cada uno sacó el rollo de alambre y los fue atando de pies y manos con varias vueltas, sujetando luego el resto del alambre a la litera, de modo que el que quisiera separarse de ella podía cortarse las manos o los pies con el fino y durísimo alambre. Invirtió casi una hora en la operación, y acabó sudando copiosamente, tensa y cansada. Le dolían las manos por el manejo del alambre.

Otra vez regresó a su camarote, y estuvo en completo relax durante diez minutos. Transcurridos éstos, cogió su maletín y salió, dirigiéndose ahora a la cabina de mandos.

Cuando apareció allí, el comandante, el segundo y seis miembros de la tripulación volvieron la cabeza hacia ella. Ocho en total. Nueve, contando el radarista. Entonces, puesto que había dos hombres en la sala de máquinas, el radio tenía que estar solo…

—¿Ocurre algo? —Frunció el ceño el comandante.

—Nada. Tengo ganas de moverme. ¿No puedo?

—Usted sabrá. Está dirigiendo la operación, ¿no es así?

Brigitte sonrió y cruzó la cabina de mandos. Pasó por delante del cuarto de la radio y vio al hombre de espaldas… Poco después veía, en un plano inferior, a los dos encargados de las máquinas. Éstos no se iban a enterar de nada…

Regresó en dirección a la cabina de mandos, pero al pasar ante la puerta del cuarto de radio se detuvo, pareció pensar algo y entró

allí. Cerró la puerta y se acercó tranquilamente al hombre que estaba al mando de la radio. Metió la mano dentro del maletín…, y en aquel momento el hombre volvió la cabeza.

—¿Quiere enviar algún mensaje?

—Sí… Sí, gracias.

—Estoy a sus órdenes.

—Vamos a ver… Sí… Curse lo siguiente:

> Estamos navegando en un submarino enano, en dirección a Nueva York, para llevar a cabo el Plan Uranio, que consiste en volar el edificio de las Naciones Unidas. Espero emerger a unos setenta kilómetros al este de Nueva Providencia, quizás unos pocos kilómetros al sur. Vamos a terminar con la organización OCTOPUS.

El hombre la estaba mirando con los ojos saltando de las órbitas.

—¿Quiere enviar ese mensaje a la base…?

—A la base, no; a la CIA.

No le dio tiempo ni siquiera a asombrarse. Sacó la mano del maletín, empuñando un extraño tubo de acero negro, y le golpeó con tal contundencia que el hombre pareció fundirse hacia el suelo, instantáneamente. Brigitte lo llevó a un rincón, arrastrándolo, y lo dejó allí, con la cabeza abierta por el terrible golpe, llena la cara de sangre.

Enseguida, se sentó ante la radio, manipuló en ella, movió la clavija y empezó:

—Atención, CIA con base en Nassau: está hablando Baby… Atención CIA con base en Nassau, Baby pide contacto… Atención… Cambio.

—Adelante, Baby. Cambio.

—Avisen a Simón II. Necesito su presencia, al mando de todos los efectivos que haya podido reunir, de acuerdo al informe que le facilité. Estoy navegando hacia el norte en un submarino enano. Ignoro la situación exacta, pero vamos a emerger a unos setenta kilómetros al este de Nueva Providencia, unos quince hacia el sur, aproximadamente en Estrecho Exuma, entre Cat y Eleuthera. Cambio.

—¿Están en ese punto ahora? Cambio.

—No. Estamos navegando más directamente hacia el norte, alejados de las Bahamas. Pero voy a tomar el mando del submarino y emergeremos en el punto indicado. Asegúrense de que los agentes que van a intervenir vayan provistos de equipos de hombrerana. Se precisarán cuantos más hombres mejor, ya sea en helicópteros, hidroaviones, lanchas… Recurran a todo. ¿Entendido? Cambio.

—Entendido, Baby. Estamos ya preparados. ¿Algo más? Cambio.

—No. Cambio y fuera.

Brigitte movió de nuevo la clavija, y luego desconectó la radio del sistema de baterías. Colocó el maletín sobre el soporte del aparato destinado a escribir los mensajes recibidos, y sacó aquel tubo de acero negro con el que había golpeado al «radio» de OCTOPUS. Luego sacó una culata de madera, una caja de mecanismos y un largo cargador completo de balas. En veinte segundos quedó montada la metralleta. Se pasó el asa del maletín por una mano hasta la muñeca, empuñó la metralleta, abrió la puerta y recorrió el corto trecho de pasillo hasta la cabina de mandos. Todos los hombres que la ocupaban se quedaron mirando boquiabiertos a Brigitte, sin comprender su actitud ni la presencia de aquella arma.

—Rumbo al oeste —dijo secamente la divina—. Y un poco hacia el norte. Tenemos que estar dentro de una hora, o menos, en Estrecho Exuma.

—¿Qué está diciendo? —barbotó el comandante, dando un paso hacia ella.

—Quieto, comandante. Nos vamos ahora a la superficie, para viajar más deprisa. Dé las órdenes oportunas.

—¿Está loca?

—Arriba —ordenó Brigitte—, a respirar aires sanos, compañero.

—No pienso emerger. Si cree que me asusta…

Mientras hablaba llevó la mano hacia el bolsillo de atrás del pantalón, como al descuido. Brigitte apretó brevísimamente el gatillo de la metralleta, y el comandante fue lanzado por el corto chorro de balas contra el radarista, mientras un par de balas destrozaban la pantalla y todo se llenaba de chispas azules…

El radarista quedó sentado en el suelo, con el cadáver del comandante encima de él, abiertos los ojos y un hilillo de sangre en

un lado de la boca…

La mirada de Brigitte se clavó brevemente en el segundo de a bordo.

—He dicho arriba, muchacho. ¿Okay?

El segundo de a bordo miró al comandante, se pasó la lengua por los labios y luego miró a uno de los tripulantes.

—Emersión —musitó.

—Así me gusta —aprobó Brigitte—. Pase aviso a máquinas y hágalo con mucha naturalidad. Quedan veintiséis balas aquí dentro —movió apenas la metralleta—, y ya habrán observado que sé aprovecharlas… Arriba con tranquilidad. Despacio, sin brusquedades. Tenemos una hora de tiempo, y vamos a dedicarla al silencio y al buen comportamiento.

Una hora después, Brigitte se movió. Hasta el momento había parecido una estatua, firme en sus manos la metralleta, alerta la mirada en todo momento, como si fuese capaz de mirarlos directamente a todos a la vez. Señaló el cuarto de la radio con la metralleta.

—Uno a uno hacia allí. Abran la puerta y entren. Tengan en cuenta que van a estar un poco amontonados, de modo que es aún más difícil que desperdicie una sola bala. Muévanse ya.

El segundo de a bordo fue el primero en obedecer, mansamente, y los demás fueron tras él. Afortunadamente aquellos hombres no eran de los entrenados por OCTOPUS para la acción directa, sino simples marinos que hacían su trabajo. Una vez hubieron entrado todos en el cuarto de la radio, Brigitte cerró la puerta y corrió a la sala de maquinas. Ni siquiera dio tiempo a los dos hombres a hacer preguntas.

Al primero de ellos le abrió a cabeza con un seco golpe del cañón de la metralleta. Al segundo tuvo que golpearle primero en el estomago y luego en la nuca…

Hecho esto, corrió hasta la escotilla, la abrió…, y una mano grande y fuerte se tendió hacia ella.

—Arriba, Baby.

Aceptó la mano, y fue sacada de un tirón. Se encontró en los brazos de Simón II, completamente relajada, tranquila, mirando a aquella docena de hombres que iban saltando al interior del submarino pistola en mano, y a los dos que quedaban en la lancha

que navegaba junto al submarino. Oía junto a ella la voz de Simón, dando ordenes. Luego, fue viendo las otras embarcaciones: más lanchas, dos hidroaviones, dos torpederas, patrulleros guardacostas…

Y de pronto se encontró con la enjuta faz de Simón ante la suya, y notó aquellas manos amistosas en los hombros, y la amable mirada.

—¿Está bien, Baby?

—Sí… Pero muy cansada, Simón.

—Es natural… La pasaremos a la lancha y descansará un rato en la cubierta. Luego hablaremos del ataque final.

—Sí… Gracias, Simón. Es usted… un ángel.

Simón iba a decir algo, pero en aquel momento uno de los hombres que había entrado en el submarino apareció en la escotilla y alzó una mano, con el pulgar hacia arriba. Simón asintió con la cabeza sonrió a Brigitte y le dio un pellizquito en la barbilla.

—Y usted un demonio encantador, Baby.

Capítulo XIV

Los cuatro hombres de OCTOPUS llevaron a Brigitte al alojamiento privado de Octopus. Como siempre, ella entró sola y se dirigió al salón directamente. Apenas entrar allí vio a Najo Vakan sentado en aquel extraño trono presuntuoso y grotesco.

La mirada del único ojo maligno quedó hoscamente fija en la espía internacional.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —Gruñó ásperamente.

—Querido —sonrió ella—, ya te lo dije: tuvimos una avería en los motores. La radio estuvo averiada durante casi dos horas… El radar se estropeó… Estuvimos a punto de estrellarnos contra un arrecife… No creo que seas incapaz de comprender que en esas circunstancias no convenía proseguir el viaje.

—¡Hay Asamblea General en la ONU precisamente mañana! —estalló coléricamente Octopus—. ¡Y no sabemos con exactitud cuándo volverá a suceder eso!

—¿Estás culpándome a mí de los fallos de un submarino de OCTOPUS? —replicó acremente Brigitte.

—¡Nunca había sucedido esto! ¡Tengo cincuenta hombres cuidando esos tres submarinos, diariamente lo revisan todo, mantienen todas las dependencias en perfecto estado…! ¡El comandante de esa nave va a pagar muy caro su descuido, su desidia…! ¿Qué está haciendo él ahora? ¿Por qué no ha venido contigo?

—Está… interesado en los fallos mecánicos. Y… Bueno, no quiero deslumbrarte, pero…

—¿Deslumbrarme? ¿A qué te refieres?

—Creo que… que Yuri Sivonov tiene algo que ver en esto.

Octopus se puso en pie de un formidable salto, y su ojo pareció proyectarse hacia delante.

—¿Yuri Sivonov? ¿De qué estás hablando?

—Bueno… Ya he dicho que no quiero deslumbrarte, pero… he observado ciertos… detalles en el comandante del submarino. Yo diría que obedecía… ciertas órdenes completamente opuestas a las tuyas… Bien, no estoy segura…

—¡Habla de una vez!

—No me pongas nerviosa. Najo. No soy una estúpida que hable sin saber lo que dice. Prefiero siempre tener la seguridad completa de que lo que…

—¡Quiero oír lo que tengas que decir! ¡He estado meses organizando el Plan Uranio, he invertido millones de dólares en él, tengo una organización que depende del logro de ese plan, hay mil hombres en todo el mundo esperando su momento y mis órdenes…! ¡Habla de una vez!

—Está bien. Yo diría que oí al comandante del submarino comentar algo respecto a Yuri Sivonov. Decía… decía que Sivonov, de un modo u otro, siempre se las arreglaba para ganar.

El feo rostro de Octopus enrojeció tan violentamente que pareció a punto de estallar. Fue como si dentro de él hubiese reventado de pronto una carga explosiva. Quedó mudo de rabia, temblando su mandíbula pilosa y su mano derecha, agitados sus párpados por un tic velocísimo.

—¡Voy…!

—Cálmate. ¿No lo comprendes, Najo? Si Yuri Sivonov ha conseguido algo dentro de OCTOPUS a pesar de ser una ruina, a pesar de estar encadenado y muerto en vida, eso significa que no está solo… Debe de contar con mucha ayuda. Y, naturalmente, esa ayuda debe asentarse en los agentes procedentes de la MVD, o simplemente de Rusia, que se han infiltrado en OCTOPUS. Se ha estado burlando de ti, soportándolo todo, sabiendo que el triunfo final tenía que ser para él… Si consigue que fracase el Plan Uranio te habrá arruinado, habrá vencido a OCTOPUS, él solo, encadenado, torturado, tuerto, manco, desorejado, moribundo… Puede que ése sea su juego, Najo.

Octopus había cogido un vaso del bar, que de pronto estalló en su mano en mil fragmentos. Unos hilillos de sangre resbalaron por entre los dedos del gigante. Su faz estaba lívida ahora, demudada, desencajada…

—No… No lo voy a matar —siseó—. Eso es lo que él quiere…

No voy a matarlo, no… Voy a…

—Vas a hacer lo que yo diga, Najo. Conserva la serenidad, como yo. Tenemos todavía dieciséis horas para llegar a Nueva York con otro submarino. Quizá basten con quince. Dame una hora de tiempo, y yo intentaré solucionar esto.

—¿Cómo?

—Quiero ir a las oficinas. Quiero que la máquina electrónica me proporcione las fichas de todos los agentes de OCTOPUS procedentes de la MVD, o de Rusia. Las voy a examinar… Yo voy a descubrir cuál de ellos está mintiendo.

—¿Y si no lo descubres?

—Le haremos una visita a Yuri Sivonov tú y yo.

—Es perder el tiempo.

—Haré que me traigan aquí al comandante del submarino…

—No ha salido aún de la nave. Está… estudiando las averías. No ha salido nadie aún de allí, Octopus. Déjame hacer las cosas a mi manera durante una hora. Ellos no podrán escapar, sean quienes sean… Y si llegamos a saber quiénes son, todo será mucho más simple y rápido… No creo que nos convenga otro sabotaje interior si llegamos a partir hacia Nueva York con otro submarino.

—Sí… Tienes razón. Hay que… arrancar la raíz. Pero todos mis agentes han sido examinados, ninguno puede ser traidor…

—Tienes diecinueve hombres en unos calabozos. Ellos, aunque por poco tiempo, te engañaron. ¿Por qué crees que no han podido hacerlo otros, Najo?

—Es cierto. —El solitario ojo lanzó destellos crueles—. Es cierto, Nina. Está bien: tienes una hora de tiempo para hacer las cosas a tu manera.

—Bien. Llama a Oficinas. Diles que voy para allá, y que quiero que la máquina electrónica me proporcione los datos de todos los agentes de OCTOPUS procedentes de Rusia o de la MVD. Es cuestión de minutos solamente.

—Bien… Voy a hacerlo. Ya puedes ir para allá.

—De acuerdo.

Octopus se dirigió a su gran pantalla con el tablero lleno de botones rojos. Cuando oprimió el de Oficinas, Brigitte había salido ya de la casa y corría hacia allá. Cuando llegó había dos hombres en la entrada, ataviados con mono negro, que le cedieron el paso sin

un solo gesto o comentario. En pocos segundos, la espía llegó a donde los cuatro hombres estaban atendiendo las necesidades de la máquina para que les proporcionase las fichas que Octopus había solicitado. Alzaron la cabeza un instante, pero no dijeron nada. Dos minutos más tarde empezaron a introducir fichas perforadas en una ranura de la máquina, y al poco por otra ranura comenzaron a salir informes de los agentes de OCTOPUS procedentes de la MVD.

—Estará en un minuto —dijo uno de ellos.

—Magnífico… ¿La máquina está preparada para dar respuesta a todas las fichas perforadas?

—Claro. Si ahora continuásemos introduciendo cartulinas perforadas el cerebro electrónico iría devolviendo fichas escritas y completas de todos los agentes de OCTOPUS.

—Más que magnífico. Sigan introduciendo fichas.

—¿Qué…?

El hombre se calló. Su mirada quedó fija en la pistola que empuñaba Baby Montfort. De pronto lanzó un grito y quiso abalanzarse contra la máquina… Un silencioso disparo lo empujó, girando sobre sí mismo, hacia el lado opuesto, y cayó sobre las máquinas de escribir y perforar, con los brazos colgando, los abiertos ojos fijos en el suelo.

—Ustedes tres vayan hacia aquel rincón —brotó fría la voz de Brigitte—. Y sólo se muevan si quieren morir igual que su compañero. Espero que esté bien claro. —Abrió el maletín con la mano izquierda y sacó una pequeña radio de bolsillo, que accionó —. ¿Simón?

—Aquí me tiene.

—Cuatro hombres a Oficinas. Con toda urgencia. Y cuidado: hay dos de OCTOPUS con mono negro en la puerta.

—Peor para ellos. Envío a cuatro.

La máquina estaba en marcha, pero ya no proporcionaba fichas. Todas las de agentes rusos afectos a OCTOPUS sobresalían ya por la rendija de información, en un largo papel que llegaba y se doblaba varias veces sobre sí mismo en el suelo. Los tres hombres permanecían inmóviles, mirando fijamente a Brigitte, esperando un descuido que no se produjo.

Y apenas cuatro minutos más tarde, dos hombres con mono negro entraban allí, y uno de ellos alzaba el pulgar en dirección a

Brigitte.

—Hecho.

—Apuntad a esos tres. ¿Qué ha pasado con los de afuera?

—Están durmiendo.

—¿Y Simón?

—Está dominando la situación. Los hombresrana que entraron agarrados al submarino han sorprendido al personal del muelle adicto a OCTOPUS. Han salido también los nuestros que han llegado en el submarino. Han requisado todos los monos negros y amarillos, y los hombres de OCTOPUS están siendo echados al interior del submarino amarrados con alambre, como usted sugirió.

Brigitte asintió con la cabeza y de nuevo utilizo la pequeña radio.

—¿Simón?

—Hola.

—Todo bien aquí. ¿Y ahí?

—Dueños de la situación, por ahora.

—Bien —miró su relojito—. Mande veinte hombres armados con metralletas al gimnasio. Los discípulos están ahora en relax, completamente desarmados todos. Hay cinco japoneses y…

—Recuerdo todo eso que me explicó.

—Estupendo. Veinte hombres allá, con metralletas. Es el mejor momento para atrapar a esos cincuenta discípulos. Conseguido esto los meten en el submarino Y esos veinte hombres que patrullen por toda la base en busca de los enemigos que queden en las distintas dependencias. Que sigan utilizando el mono negro, o el amarillo.

—Correcto. ¿Y usted?

—Pues… le voy a echar unas cuantas fichas perforadas a una bonita máquina. Si todo va bien dentro de quince minutos tendré los nombres, residencias y filiación completas de más de ochocientos agentes de espionaje de OCTOPUS distribuidos en todo el mundo… Hasta es posible que la CIA pueda utilizarlos.

—Eso vale una medalla presidencial, Baby.

—Sé cómo va eso de las medallas.[2]

Llámeme cuando sepa algo del resultado del gimnasio y demás.

—Okay. Hasta ahora.

Brigitte se guardó la radio, se acercó a la máquina, y la estuvo estudiando durante un par de minutos. Luego fue al fichero

metálico, empezó a sacar carpetas que fueron amontonándose, y finalmente de cada una de ellas fue sacando la cartulina perforada, que fue introduciendo en la ranura del cerebro electrónico…, el cual devolvía, por la otra ranura, todos los datos ya escritos y escrupulosamente especificados.

Quedaban solamente unas treinta fichas cuando la radio de bolsillo de Baby emitió un zumbido.

—Diga, Simón.

—Todo bien. Somos dueños de la base. ¿Y ahora?

—Vengan a Oficinas y recojan todo el material. En un minuto acabo mi trabajo aquí. Después quiero ver hombres con mono negro por todos lados, pero a distancia. Voy a ir a buscar a Najo Vakan… ¿Tienen al Profesor?

—Sí.

—Formidable, Simón. Sólo queda el corredor de los calabozos… Yo me encargo de eso. ¿Hemos tenido bajas?

—Nosotros, no.

—Entiendo… Y lo celebro —sonrió la divina—. Dentro de veinte minutos nos veremos en la explanada central. Asegúrense de que tienen toda la base dominada. Hasta luego.

Acabó de conseguir las filiaciones de los agentes de OCTOPUS, las amontonó, las arregló, y las señaló sonriendo irónicamente.

—OCTOPUS se ha tomado mucho trabajo para facilitar ochocientas fichas a la CIA. Es un material fabuloso, señores. Muchas gracias. —Se dirigió hacia la puerta y una vez allí miró a los dos agentes de la CIA disfrazados con aquellos monos negros, y señaló hacia los tres hombres—. Si intentan algo mátenlos.

Salió de Oficinas, caminando presurosamente hacia el alojamiento privado de Octopus. Cuando entró allí, sonriendo al no ver ya guardia alguna en la puerta, Najo Vakan se volvió como una centella, en el bar.

—¿Resultado…? —inquirió ansiosamente.

—Ninguno. Tendremos que ir a ver a Yuri Sivonov.

—¿Y el comandante del submarino?

—Todo por orden… Pero tú eres quien manda, y si quieres hacer las cosas a tu manera…

—Lo mismo da una manera que otra —gruñó fríamente Octopus —. Quien tenga que morir, morirá. Nadie podrá escapar de aquí sin

mi permiso.

—Claro… ¿Vamos a ver a Sivonov?

Najo Vakan acabó de un trago su matutina copa de kirsh y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta del salón. Al cruzar la de la casa miró a ambos lados con el ceño fruncido al no ver a sus guardias personales. Abrió la boca y pareció a punto de decir algo, pero optó por echar a andar hacia el pasadizo que llevaba a los calabozos. Desde allí veía a sus hombres, unos con mono amarillo otros con mono negro, según su categoría… Al final del pasillo que llevaba al muelle vio a otros, dedicados a su trabajo normal…

Recorrieron velozmente el pasadizo, y, como la vez anterior, dos guardias con mono negro se pusieron vivamente en pie al ver a Octopus.

—La especial —dijo él.

Los dos guardias fueron hacia la puerta, la abrieron, y Octopus se precipitó dentro. Los dos guardias iban a seguir, pero la voz de Brigitte los contuvo:

—Cierren la puerta y retrocedan de espaldas. Puedo matarlos a los dos en un segundo si no obedecen. Uno de ellos volvió la cabeza, vio la pistola, y se apresuró a obedecer, como si se hubiese olvidado de que, colgada del cuello, llevaba una metralleta. Cuando la sólida puerta se cerró, empezó a oírse la iracunda, furiosa voz de Octopus. Pero Brigitte y los dos hombres estaban muy ocupados. Ella, golpeándoles con la pistola…, y ellos cayendo al suelo como sacos vacíos, desvanecidos… La espía fue a uno de los sillones, cogió las pistolas que los guardias dejaban siempre allí al hacerse cargo de las metralletas, y las metió debajo de aquéllos. Luego se colgó del cuello una de las metralletas, empuñó la otra tras pasarse con su gracia habitual el asa del maletín por el bracito, y abrió la puerta de la celda.

Octopus se encontró ante la boca de la metralleta… y con la más fría y perversa sonrisa femenina que había visto en su vida.

—Nina, ¿qué…?

Brigitte le tiró las llaves.

—Quítale los grilletes a Sivonov, Najo. Ahora.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué…? —De pronto los párpados de Octopus se entornaron malignamente—. Entiendo… Eres de la MVD, y jamás has pensado en traicionarlos… Has venido a libertar

a Yuri Sivonov, a destruirlo todo… Lo pagarás… Lo pagarás caro, Nina…

—Te he dicho que le quites los grilletes. Obedece, Najo.

—Sí… Voy a obedecer… Lo voy a dejar libre… Así podrá volver al mundo, exhibir sus mutilaciones, su horroroso aspecto…, si es que se atreve… Sé lo que hará Sivonov: se esconderá, o se matará él mismo… Claro que voy a soltarlo. Nina… Es magnífico: él volverá afuera, destrozado, convertido en un monstruo…

Lo iba soltando mientras hablaba. Apenas quitó los grilletes que sujetaban los brazos del ruso éste se vino abajo, como muerto… Y Najo Vakan se echó a reír…

—Ponte los grilletes, Najo.

—¿Qué…?

—Digo que te pongas los grilletes.

—¡No! Podrás matarme, pero no conseguirás eso… No vas a conseguirlo, perra rusa…

Se lanzó contra ella, y cuando Brigitte estaba a punto de dispararle algo se interpuso entre los dos. Un atlético hombre vestido con mono amarillo, que frenó a Octopus de un brutal puñetazo en plena boca, tirándolo contra la pared, contra las cadenas… Octopus rebotó y se puso en pie inmediatamente… En el suelo, partida, estaba la blanquísima dentadura postiza, y sus labios se hundían patéticamente hacia dentro, a pesar de su gesto de locura infinita.

Pero apenas puesto en pie el hombre del mono amarillo le colocó un puntapié ferocísimo en el bajo vientre, otro punterazo en la cara cuando se inclinaba y un tercer punterazo en el hígado cuando Najo Vakan rebotaba de nuevo contra la pared. Dos escalofriantes puñetazos al estómago y un golpe en la yugular con el canto de la mano lo dejaron completamente inutilizado para la pelea…

Y cuando quiso darse cuenta, el hombre del mono amarillo lo había esposado a la pared con los grilletes. Empezó a gritar, enloquecido, pero la voz de Brigitte pudo oírse claramente en la celda:

—Han sido unos buenos golpes, Simón. Quédese aquí mientras voy a liberar a los prisioneros.

Regresó poco después con los diecinueve hombres. Apenas la

mitad de ellos podían sostenerse en pie, y se apoyaban unos en otros como formando un rebaño doloroso, humillado, vencido… Fueron entrando a trompicones en la celda, y se quedaron mirando, atónitos, al hombre que durante meses los había estado manteniendo vivos en una angustia sin fin… En menos de un segundo las miradas se fueron llenando de odio… De un odio casi bestial, irracional, definitivo… Fue como el último latigazo que habían de recibir, y pareció darles fuerzas para mantenerse en pie aunque vacilantes.

—Él es Octopus —musitó Brigitte—. Quiero que lo conozcan bien; su verdadero nombre es Najo Vakan; es armenio; ha sido él quien ha organizado OCTOPUS, quien la ha estado dirigiendo… Pero quiero que lo conozcan bien, tal como es en realidad.

Se acercó a Octopus, agarró con fuerza sus cabellos y dio un brusco tirón… La larga y espesa cabellera ondulada quedó en la mano de Baby Montfort, que la tiró a un lado y entonces pudo verse mejor el calvo cráneo de Najo Vakan, lleno de espantosa cicatrices blancas, tremendos costurones rosados… Con otro tirón arrancó la barba, y se puso entonces más de relieve que le faltaba también una oreja, y se pudo ver que toda su cara, igual que el calvo cráneo, estaba llena de cicatrices… Brigitte le quitó entonces el ojo de cristal y aquella imagen se convirtió en horrenda… Tan horrenda como la de Yuri Sivonov, del cual era una réplica exacta: tuerto, con una mano menos, carente de una oreja, sin cabellos ni barba, lleno de cicatrices, sin un solo diente…

Najo Vakan empezó a gritar, y poco a poco sus gritos fueron convirtiéndose en un extraño llanto tragicómico, mientras intentaba ocultar aquel horrible rostro mutilado, machacado…

Y de pronto, como un silbido agudo, se oyó una risa tan extraña como el llanto de Najo Vakan: la aguda risa de Yuri Sivonov, que miraba con su único ojo al hombre que cinco años antes mutilase tan bárbaramente, y del cual había recibido exacta venganza.

—Ese… eres tú, Najo Vakan… Tú, monstruo asqueroso…

Najo Vakan empezó de nuevo a gritar, tirando de las cadenas, a pesar de que debía de saber muy bien que era completamente inútil. Brigitte le dirigió una fría mirada y señaló hacia la puerta.

—Todos afuera —dijo—. Nos vamos de aquí.

—No… No —gimió Yuri Sivonov—. Yo no quiero salir… Quiero

morir… morir ahora… Tú eres rusa… Quiero que me mates… Te suplico que me mates…

—No soy rusa, Yuri Sivonov; soy una agente de la CIA.

—¡Mejor! Mejor… aún… Mátame, yanqui. Somos enemigos… Tú tienes que matarme, porque somos… enemigos…

—Estás equivocado: no me siento enemiga tuya.

Yuri Sivonov se arrastró por el suelo, hacia los pies de Brigitte.

—Mátame… Mátame…

—No puedo hacerlo. Lo siento.

—Yo… yo sí puedo… hacer eso por… por Yuri…

Brigitte se volvió y se quedó mirando a aquel prisionero que había hablado. Lo estuvo mirando atentamente unos segundos. Luego, miró a Simón, y de nuevo al hombre que se ofrecía como verdugo… piadoso.

—¿Eres ruso?

—Sí…

Brigitte vaciló visiblemente. Por fin, inclinó la cabeza. Sacó la pistola, quitó todas las balas menos una y la entregó al ruso. Luego, señaló a los demás.

—El resto, afuera. Los de la CIA, que empiecen a caminar pasillo adelante… si pueden. Si no pueden, que se sienten aparte, en un lado del pasillo. Afuera todos.

Salieron todos los hombres, excepto el ruso que quería matar a Yuri Sivonov. Antes de salir, Brigitte sólo oyó unas pocas palabras, en tono suplicante:

—Anton, mátame pronto… Pronto… Pronto, Anton… Y gracias…

—Adiós, Yuri.

Oyó el apagado plop del disparo. Por el pasillo llegaban los hombres de la CIA, reclutados en todo el sudeste de Estados Unidos a toda prisa, todos ellos con monos amarillos o negros. A un lado del pasillo, tres hombres se habían sentado en el suelo y los miraban a ella y a Simón con una profunda luz de vida en el fondo de los ojos…

De pronto, en el interior de la celda se oyó un espantoso alarido, y al instante un intenso olor a carne quemada… Brigitte se precipitó adentro, lista la metralleta…

Ante ella, el ruso llamado Anton, provisto de un pequeño

lanzallamas que ella había visto casualmente en su visita anterior tirado en un rincón de la celda junto al látigo de varias colas y otros instrumentos de tortura, estaba lanzando la llamarada hacia Najo Vakan, a menos de un metro de distancia… Para cuando ella entró Najo Vakan había dejado de gritar y colgaba inerte de las cadenas, abrasado, convertido en un estremecedor cadáver…

—¡Suelte eso! —gritó Brigitte.

El ruso se volvió, todavía con el lanzallamas funcionando, y sonrió dificultosamente.

—No va con usted, yanqui —susurró—. Se lo dice Anton Masarik.

Tiró el lanzallamas a un rincón y se dirigió con paso vacilante hacia la puerta. Simón se colocó junto a Brigitte un instante. Luego se acercó a Najo Vakan, alias Octopus, y lo examinó profundamente impresionado. Se volvió hacia la espía, movió negativamente la cabeza y su mano se cerró, invertida, de modo que el pulgar señaló hacia abajo. Brigitte dio media vuelta y salió de la celda.

* * *

Dieciséis hombres fueron reunidos en cubierta. Todos ellos silenciosos, sombríos. Enseguida vieron a Brigitte Montfort, apoyada en la borda, fumando un cigarrillo; junto a ella, aquel hombre alto, de hombros anchos y duros, vestido con pantalones y jersey negro, de mirada penetrante y gesto duro.

—Estamos apenas a medio kilómetro de la isla Acklin, de las Bahamas —dijo de pronto la divina, tras tirar el cigarrillo al agua—. Es una distancia muy pequeña; desde Acklin a Cuba hay unas cien millas de mar. Todos ustedes van a ser provistos de un bote hinchable, por nacionalidades, y con provisiones suficientes para subsistir siete días. Todos, agrupados según la organización en la que han estado trabajando, dispondrán de esas ventajas. La CIA les concede ese tiempo para desaparecer de América… y sus alrededores. Aborden sus botes, remen sacando fuerzas de flaqueza, y… buena suerte. Es todo, señores.

Los dieciséis espías quedaron unos segundos inmóviles, mirando incrédulamente a Brigitte Montfort. Cierto que ellos ya jamás podrían volver a ser útiles al MI5, a la MVD, a cualquier servicio de

espionaje… Pero ¿la CIA los dejaba marchar?

Uno de ellos dio un paso hacia la borda, se asomó y vio los botes hinchables abajo. Se agarró débilmente a la escala de cuerda, miró a Brigitte fijamente y empezó a descender.

Los demás le siguieron enseguida hacia los botes, casi temblorosos. Todavía estaban muy débiles. Pero tenían muy buena vista…, y jamás olvidarían a aquella mujer que los ponía en la puerta de la libertad y la vida.

Anton Masarik se quedó el último, seguramente a propósito. Al llegarle el turno, se detuvo más tiempo del necesario junto a Brigitte. Luego miró a Simón y musitó:

—Recordaremos siempre este gesto de la CIA.

—¿De la CIA? —Gruñó Simón, mirando de reojo a Brigitte—. Oh, sí, claro…, de la CIA. Claro, claro… Anton Masarik comprendió. Pero no dijo nada más. Miró por última vez a Brigitte y luego se apresuró a descender por la escala de cuerdas.

Poco después la lancha se alejaba de aquel lugar, dejando seis botes que se dirigían lentamente pero llenos de esperanza, hacia una isla desde la cual podrían saltar hacia la libertad, el regreso al hogar.

Y en la cubierta de la lancha, apoyados en la borda, Brigitte y Simón contemplaban aquellos puntos que se iban empequeñeciendo.

—Yo no los habría soltado —dijo de pronto Simón—. Y la CIA tampoco, Baby.

Brigitte le sonrió dulcemente.

—Siembra trigo y recogerás pan, Simón —sonrió dulcemente Brigitte—. ¿Nunca oyó esto?

—Yo, sí. Sólo espero que ellos —señaló hacia los botes— lo hayan oído también.

—Si nunca lo oyeron, ahora lo habrán aprendido… ¿Qué hay de nuevo, Simón?

El agente de la CIA que se había acercado a ellos señaló hacia el interior de la lancha.

—Noticias frescas. La están esperando en Nassau.

—¿El presidente?

El flamante Simón soltó una risita.

—Tan sólo un avión especial que la llevará al cuartel general.

Quieren que se presente allá lo antes posible con todas las fichas conseguidas del cerebro electrónico… La acción comenzará inmediatamente en todo el mundo.

—¿Eso es todo? —se decepcionó Brigitte—. ¿Ni una sola palabra de elogio, de esperanza, de ánimo, de felicitación…?

—Ni una sola, Baby.

Brigitte suspiró tan graciosamente que los dos hombres sonrieron encantados ante tanta belleza y dulce y simpatía.

—Bien… Creo que ya es hora de que me vaya acostumbrando definitivamente a estas cosas de la CIA. ¿Cómo están mis tres muchachos salvados de OCTOPUS?

—Han comido, han bebido y están durmiendo como angelitos.

—¿De veras? Pues… Bueno, con eso ya estoy pagada. Al diablo la CIA y sus implacables sistemas burocráticos y de represión… Esos muchachos merecen vivir.

—¿También aquéllos? —señaló Simón a lo lejos, hacia donde habían quedado los botes hinchables.

—También, Simón. Eran unos pobres espías. —Sonrió luminosamente y dijo como para sí—: Pobres… Pobrecitos, los espías…

Este es el final

—¡Hurra! —gritó Frank Minello entrando como una tromba en el salón—. ¡Por fin te encuentro! ¡Calla, Cicero! ¡Maldita sea, hombre, digo perro: yo te traje de Méjico y te coloqué en tan buenas manos…! ¿Eso no merece agradecimiento?

El diminuto chihuahua propiedad de Brigitte (y muy mimado) ladeó la cabeza y sus grandes ojitos de ratón parecieron expresar una profunda reflexión respecto a lo que Minello había dicho… Momento que aprovechó éste para sentarse junto a Brigitte y cogerle impetuosamente las manos.

—¿Dónde has estado, amor mío? —exigió saber.

—De vacaciones —sonrió la divina.

—Vaya… ¡Y yo trabajando como una bestia! Emmm… ¿De verdad has estado de vacaciones?

—En las Bahamas.

—¡Zambomba! Pues… Bueno, he visto a Grogan, a ese negrero indecente que dirige el cochino periódico en el que trabajamos. Estaba loco de alegría leyendo unos papelotes… De color azul y perfumados…

—Ah, sí… Es un pequeño artículo que escribí durante mi estancia en las Bahamas.

—¿Pequeño artículo? ¡Lo menos había cuarenta páginas!

—Se me fue la mano.

—Ya. Bueno, he venido varias veces por aquí, pero Peggy sólo sabía decir que no estabas… ¿Lo has pasado bien?

—Regular.

—¡Regular! —bufó Frank Minello—. ¿A qué te has dedicado?

—Oh, pues… A pequeñas cosas: nadar, tomar el sol, salir de compras, bailar, asistir a salas de fiestas… He conocido muchachos encantadores, he estado en una isla llena de gaviotas, he navegado… Cosas sencillas y corrientes, Frankie.

Minello se arrellanó en el sofá y soltó un furioso resoplido.

—Maldita sea… ¡Yo debí nacer mujer! Te largas cuando quieres, haces lo que quieres, disfrutas de la vida, te diviertes un horror… ¡Qué demonios, así da gusto vivir, encanto!

Baby Montfort le dirigió una plácida mirada cariñosa, con unas chispitas de ironía en el fondo de sus maravillosos ojos.

—Sí… Claro, Frankie: así da gusto vivir…

FIN

Notas

[1] *Mr*. Cavanagh, jefe del Grupo Mundial de Acción de la CIA, es un viejo amigo de Brigitte, que apareció por primera vez en la aventura titulada Viaje de placer, y es un personaje habitual en las aventuras de Baby, de la cual es su jefe directo. <<

[2] Alusión a determinada escena de la aventura titulada El príncipe y la reina. < <